

7649

Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada

Sección 6.<sup>a</sup>

RECREATIVA

LOS  
DOCE ALFONSOS

ROMANCIERO HISTÓRICO

POR

D. RAMON GARCÍA SANCHEZ

MADRID

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Doctor Fouquet, 7

Tip. de Estrada

1649

DOCK ALBANY

ALBANY, N.Y.

1849

Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada

Sección 6.<sup>a</sup>—RECREATIVA

---

LOS

DOCE ALFONSOS

---

ROMANCERO HISTÓRICO

POR

D. RAMON GARCÍA SANCHEZ



MADRID

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Doctor Fourquet, 7

---

Esta obra es propiedad del Editor de la Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada, y será perseguido ante los tribunales al que la reimprima sin su permiso.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

Á LA SOCIEDAD  
ECONÓMICA MATRITENSE  
DE AMIGOS DEL PAIS

legítima representante

de los intereses morales y materiales del país

DEDICADA

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Socio

GREGORIO ESTRADA



## INVOCACION

Manes ilustres de la patria mia,  
permitid os invoque y os alabe,  
que vuestros hechos con amor recuerde,  
que vuestras glorias con orgullo cante.  
Durmiendo el sueño de la eterna vida  
dejais correr Edades tras Edades,  
sin que el silencio de la helada tumba,  
guardian de vuestros restos inmortales,  
ose turbar el eco de la envidia,  
siempre cruel y siempre miserable.

El cielo os guarda y os venera el mundo.....  
¡Evoco ese poder! Sabios magnates,  
hijos del pueblo, á cuyo genio un dia  
la fama universal erigió altares;  
vasallos que lograsteis del tirano  
abatir el orgullo repugnante;  
esclavos que rompisteis la cadena  
de la opresion maldita y miserable;  
escritores ilustres que rendisteis  
culto divino al habla de Cervantes;  
artistas que ostentais, cual noble escudo,  
el pincel de Murillo y de Velazquez;  
sacerdotes que serlo habeis sabido;  
emperadores, reyes, capitanes,

cuyas hazañas, á la vez que espanto,  
causan admiracion en todas partes;  
caudillos de *una idea generosa*,  
que habeis comprado á precio de la sangre;  
políticos profundos que extendisteis  
vuestro poder más lejos de los mares.....  
todos, en fin, los que á la patria un dia  
con fe, virtud, valor y ciencia honrasteis,  
despertad un momento; dadme fuerzas,  
y vuestra santa inspiracion prestadme.

Y tú, Musa divina del poeta,  
que diste á Calderon alas gigantes,  
el fuego de Thirteo al gran Quintana,  
y á Quevedo la gracia y el donaire,  
no me niegues tus dones... dame aliento.....  
*Canto á mi patria, mi segunda madre!*

## INTRODUCCION

### I

Ayes de espanto y de duelo  
aún murmura Guadalete,  
y por montes y collados  
su lúgubre voz se extiende.

Corre el árabe orgulloso  
talando las rubias mieses,  
y hollando tan noble tierra  
con los piés de sus corceles.

Sus gritos son de combate;  
siembra por doquier la muerte,  
y deja sangrientas huellas,  
que tarde desaparecen.

El genio del mal les guía;  
pero al genio del bien vencen,  
porque la traicion les diera  
lo que faltára á la suerte.

Caro paga el rey Rodrigo  
su conducta cruel y aleve,  
Venganza terrible llora  
¡ay! la visigoda gente.

Maldicion sobre el impío,  
que no sabe, ó no pretende  
ocultar en una tumba  
la deshonra, que le hiere; ,

Y olvidando que á su patria,  
ántes que al ódio, se debe,  
por no vivir mancillado,  
se mancilla nuevamente!

Mal haya la dama impía  
que á locas pasiones cede!  
Mal haya el padre ofendido  
que á sus compatriotas vende!

¿Qué culpa tuvieron ellos  
de que indigna la hija fuese?  
Si guardarla bien no supo,  
su poco celo lamente!

## II

Allá en la escarpada sierra  
que entre las nubes se esconde  
dominando fértil valle,  
álzase gigante un monte (1).

En sus anchas quebraduras  
medrosos séres se esconden,  
miéntras cruzan, por el llano,  
carros, caballos y hombres.

De pronto, rumor confuso,  
hendiendo los aires, se oye,  
que á unos llena de alegría  
y á otros de temor impone.

Sobre un alazan soberbio,  
seguido de algunos nobles,  
llega el duque de Cantabria  
y se restablece el órden.

Blanco pendon en la diestra  
ostenta el gallardo jóven,  
mientras en la izquierda brilla  
tajante y macizo estoque.

Y á la vista de la cruz,  
que se levanta en el monte,  
las gentes de la comarca  
le aclamaban por *Rey* á voces.

*Si así lo quereis—les dice—  
sea; juro por mi nombre  
hemos de lavar la ofensa  
que á la patria hiciera el conde (2).  
Preparaos á luchar,  
mis valientes campeones,  
que no hay que perder momento,  
y el muslimé hácia aquí corre.  
Es enemigo de Dios  
el que á nuestra ley se opone;  
nuestra causa es santa y grande;  
¿qué esperais?... llega la noche,  
y ántes que la luz del día  
se pierda en el horizonte,  
hemos de morir luchando  
como luchan los leones!*

Dijo; y ardiendo en coraje,  
partió, y partieron veloces  
tras el ilustre caudillo  
los entusiastas peones.

El estruendo del combate  
y de las armas el choque,  
después del clarín, se oyeron  
en distintas direcciones.

De muerte infinitos ayes,  
bramando el viento llevóse,  
y luego.... tendió sus alas  
el fantasma de la noche.

### III

El sol de la libertad  
luce con la nueva aurora,  
y huyendo, murmura el moro:  
*«Covadonga!... Covadonga!  
Tumba de mis bravos hijos,  
tumba de mis grandes glorias,  
ignominia de mi suerte  
y de mi nombre deshonra:  
Yo me vengaré algún día  
de tan horrible derrota,  
y haré, para mis infieles,  
de tus cristianos alfombra.»*

En tanto, el valiente astur  
himnos de alabanza entona  
al Dios, que amparó su brazo,  
á quien debe la victoria,

---

y lleno de noble gozo  
al gran Pelayo corona,  
jurándole lealtad,  
y cual lo jura, la otorga.  
Anímase con su ejemplo;  
va tras él con ansia loca,  
demostrando en cien combates  
que ha sonado al fin la hora,  
en que nace un nuevo pueblo  
á la vida y á la historia,  
que será envidia del mundo  
por sus empresas heróicas.



# ALFONSO I EL CATÓLICO

739—757

## I

Siendo menores los hijos  
del difunto Don Favila,  
en Alonso de Cantábría  
recayó la noble insignia  
de la majestad real,  
fundando una dinastía  
que ha de brillar en Leon,  
y en Astúrias y en Castilla.  
No bien ciñe la diadema  
Alfonso, da pruebas vivas  
del genio que le acompaña  
y del valor que le anima.  
Noble soldado, en la guerra  
solaz encuentra su vida;  
cristiano, no puede ver,  
sin rubor en sus mejillas,  
junto á la cruz sacrosanta  
la media luna maldita;  
y animoso y confiado  
en la estrella que le guía,  
jura extender sus dominios  
y se lanza á la conquista.  
Deja el palacio de Cangas, (3)  
y con huestes aguerridas  
intérnase, sin temores,  
por los llanos de Galicia,

dejando marcadas huellas  
de su paso en la campiña,  
que es la lucha á sangre y fuego,  
y fuego, sangre y cenizas  
no pueden servir de albergue  
á los hijos del *Califa*,  
que soñó hacer de esta tierra  
un nuevo *Eden* de delicias.  
Atraviesa el Mondoñedo  
sin que á sus huestes resistan  
los que á traición derrumbaron  
la gótica monarquía,  
y en Lugo oponerse intentan;  
pero..... ¡resistencia indigna!  
fiados en las murallas  
que cierran ciudad tan rica.  
El rey católico avanza  
al pié de la ciudad misma,  
y en breves horas ondea  
en sus muros la divina  
enseña de Covadonga,  
espanto de la morisma.  
Pasa despues por Orense;  
llega á Tuy, á su vista  
escapan despavoridos  
los que retáronle un día;  
y da la vuelta á su córte  
llevando, por comitiva,  
legiones de esclavos moros  
y preciosas mercancías.  
Mas no contento el caudillo  
con ser dueño de Galicia,  
desciende con los soldados,  
que impávido y bravo guía,  
á los llanos de Leon  
por sus quebradas colinas.  
Toma tan noble ciudad,  
dobla Astorga la rodilla,  
y desde el Vierzo al Amaya  
extiende sus correrías,

sembrando, por donde quiera,  
desolacion, muerte y ruinas.  
Al año siguiente, corre (4)  
del Pisuerga las orillas,  
llega del Duero á mirarse  
en las aguas cristalinas,  
y saquẽando á Zamora,  
que á su paso se oponia,  
saluda de Portugal  
la frontera, y se retira,  
no sin haber conquistado,  
en hazañas infinitas,  
láuros para su memoria,  
glorias á la monarquía.  
Tras de Clunia, Osma y Aranda,  
que se levantan altivas  
al pié de los montes de Oca,  
sin dificultades pisa  
las calles de Salamanca,  
Avila, Segovia, é ínfimas  
aldeas, que le reciben  
con lágrimas de alegría.  
Torna á Cangas el monarca,  
y por montes y campiñas  
una aclamacion resuena  
general, grande, magnífica.  
Astúrias viste de gala,  
todo es paz, contento y dicha,  
y el rey Alfonso se entrega,  
olvidando sus fatigas,  
á dictar leyes, que al pueblo  
invariablemente rijan,  
y al par que el deber le marquen,  
le defiendan sus franquicias.

## II

Medroso el *muslin*, no daba  
señales de su existencia,  
y adorado de sus súbditos  
el rey católico era.

Mas como la triste envidia  
 fué siempre humana flaqueza,  
 y ayer, como hoy y mañana,  
 será desventura eterna,  
 quiso la negra fortuna  
 —y es poco llamarla negra—  
 que el pueblo astur no gozase  
 de felicidad completa.

El rey *García Jimenez*,  
 que á la sazón impusiera  
 leyes á *Navarra*, quiso  
 demostrar..... ¡triste imprudencia!  
 que las conquistas de Alfonso  
 no tan generales eran;  
 y al efecto, organizadas  
 sus tropas, marchó á la guerra  
 en busca del rey de Astúrias,  
 sin comprender que pudiera  
 favorecer con su ultraje  
 del moro la causa horrenda.  
 Maldita acción, que bien cara  
 hubo de pagar sin tregua,  
 pues batido y acosado  
 viéronle entrar en su tierra,  
 llorando su desventura,  
 maldiciendo de su empresa.

Aquel mismo año, en *Cangas*,  
 debilitadas sus fuerzas,  
 y vencido por la edad, (5)  
 Alfonso bajó á la huesa.  
 Su santo fervor cristiano  
 y su celo por la Iglesia,  
 el dictado conquistáronle  
 de *Católico*, que lleva;  
 á la vez que sus hazañas,  
 que á lo fabuloso llegan,  
 en el libro de la historia  
 la inmortalidad le dieran.

• • • • •  
 Mas ¡ay! el postrer aliento  
 lanzaba de su existencia

el que fuera de la *fe*  
caudillo, y rayo en la guerra,  
cuando vil revolucion,  
allá en Damasco la *bella*,  
echaba de los *Omniadas* (6)  
el poderío por tierra.

*Abderrahman* heredero  
de aquella familia negra,  
que diera esplendor al trono  
y al árabe gloria diera,  
como el sér más desgraciado  
que no halla quien le proteja,  
pasaba de Oriente al Africa  
á favor de las tinieblas.  
Que en tanto el hombre puede algo  
aplausos y amigos cuenta;  
mas la adulacion acaba  
donde el infortunio empieza.  
Solo, triste, abandonado  
de los que sus deudos fueran,  
á su corcel fia el moro  
su pregonada cabeza:  
«Corre, mi leal amigo;  
¡ánimo!... ¡no te detengas!»  
exclama con voz de trueno,  
que en el espacio resuena.

El *bruto*, cual si el lenguaje  
de su dueño comprendiera,  
cruza el desierto orgulloso,  
y no corre, sino vuela;  
mas cuando el príncipe mira  
que ha salvado las fronteras  
de aquel país, que era suyo  
y hospitalidad le niega,  
lanza un profundo suspiro,  
y abandonando las riendas,  
enjuga con blanco lienzo  
el sudor del potro, y vuelta  
la vista hácia el horizonte  
que en lontananza se ostenta,

con ayes, que al viento fia  
para que á su patria vuelvan,  
*Adios—dice—mi Damasco;*

*adios, mi cuna risueña;*  
*adios, mi corte y mi reino.....*

*¿Dónde fué tanta grandeza?*

*¿Dónde los hermosos dias*  
*de la alegre primavera,*  
*de una edad, que me brindaba*  
*goces y dichas eternas?*

*¿Dónde las tibias auroras*  
*en que el crepúsculo apénas*  
*un rayo de luz me daba*  
*para ver á mi Zulema?*

*¿Dónde las cálidas tardes?*

*¿Dónde las noches serenas,*  
*cuando al fulgor de la luna*  
*y á la luz de las estrellas,*  
*el ídolo de mis sueños,*  
*libres al viento las trenzas,*  
*con ojos enamorados*

*se mostraba á mi presencia*  
*como la hurí misteriosa*  
*de los cielos del Profeta?*

*¡Ay! ¿Qué fué de tanta dicha?*

*¿Qué fué de ilusion tan bella?.....*

*Ya no llegan á mi oido*  
*las armoniosas endechas*  
*del ángel de mis amores;*  
*ya en mi frente pura y tersa*  
*no se posarán sus labios*  
*filtrando el fuego en mis venas.*

*Ya no veré los jardines*  
*en que mi niñez corriera,*  
*y mis piés, en vez de alfombras,*  
*pisan la candente arena:*  
*ya mi pueblo me maldice*  
*y me ódia como á una fiera.....*

*¡Ah! ¡venganza!..... la venganza*  
*puede mitigar mis penas;*  
*solo, triste, fugitivo,*  
*no más la muerte me resta;*

pero ántes de que yo humille  
 á la muerte la cabeza,  
 demostraré que mi sangre  
 de roja tornóse negra,  
 y otros pagarán las culpas  
 á que el hado me condena.

Calló; en sus ojos de fuego  
 el iris de la tormenta  
 brilló un momento; sus labios  
 dibujaron, cual de hiena,  
 feroz sonrisa, expresion  
 de las terribles ideas  
 que cruzáran por su mente  
 en aquella hora suprema.  
 Irguióse sobre el estribo,  
 picó al caballo la espuela,  
 y rápido, cual *Simóun*,  
 que derriba cuanto encuentra,  
 desapareció á la vista  
 entre un bosque de palmeras.

## ABDERRAHMAN (7)

### I

No corre, vuela el caballo  
 del proscripto *Abderrahmán*,  
 nubes inmensas de polvo  
 levantando por do vá.  
 Teme el furor del *califa*,  
 porque conoce á *Abdallah*, (8)  
 y sabe que su egoismo  
 es mayor que su crueldad,  
 y hasta que el *Egipto* cruza  
 no duerme una noche en paz,  
 ni puede su ánimo triste  
 el sosiego recobrar.  
 Allí, al pié de las pirámides,  
 monumento colosal,

tumba de los *Faraones*  
y honra de la antigüedad,  
vuelve á hacer el juramento  
que hiciera muy poco há,  
y «*He de ser muerto—repite—  
ó me he de saber vengar!*»

Mas, como anhela ante todo  
vivir en la soledad,  
por si alguien pudiera, al verle,  
de su origen sospechar,  
errante por el desierto  
vaga con celoso afán,  
y corre de valle en valle  
y de lugar en lugar.

Y aquel ilustre proscrito  
criado en el oriental  
esplendor de su palacio,  
mimado como el que más;  
el ídolo de la corte  
más grande de aquella edad,  
acaso el único orgullo  
y la gloria del *Islam*,  
vive, como el beduino,  
sin lecho, casa ni pan,  
abrigándose de noche  
en un miserable aduar.

Mas ¿quién gana en gentileza,  
ni quién en agilidad,  
ni en destreza, en el manejo  
de un caballo sin domar,  
al que, hijo de reyes, vaga  
sin saber á dónde va,  
con el solo patrimonio  
de su santa libertad?

¿Quién iguala en mansedumbre,  
para sufrir todo mal,  
y frente á frente al peligro  
en noble serenidad,  
al único descendiente  
de aquella familia real

de los *Omeyas*?... ¿Quién osa  
oponerse á Abderrahman?  
Cuantos le tratan le admiran;  
cuantos le llegan á hablar  
ven la modestia en sus labios  
y en sus frases la humildad.  
Despiértase el entusiasmo  
entre las gentes, que van  
corriendo de boca en boca  
la aparicion singular;  
y como llega el elogio  
á noticia del sultan,  
tiene de aquellas comarcas  
el príncipe que escapar.  
Siguenle siete varones,  
casi de su misma edad,  
resueltos á defenderle  
en cualquier trance fatal,  
y de desierto en desierto,  
y de aduar en aduar,  
oyendo el feroz rugido  
del león y del chacal,  
llegan tras de mil fatigas  
á los valles de *Thabart*, (9)  
donde los bravos *Zenetes* (10)  
asientan su capital.  
Y los *jeques* de la tribu,  
sus dotes al admirar,  
ofrécenle proteccion  
y eterna seguridad.

Y más tarde llega á España  
ante el clamor general  
del *alarbe*, que le ofrece  
el trono, sin sospechar  
que entre Alfonsos y Fernandos  
su dominio mermarán,  
y á las costas africanas  
derrotado volverá.



# ALFONSO II EL CASTO

791—842

## I

No contaba veinticinco  
primaveras todavía,  
cuando al lado de *Bermudo*,  
rey de Astúrias y Galicia,  
el jóven Alonso diera  
muestras de tal bizarría,  
que el pueblo depositára  
sólo en él sus simpatías.  
En la desgracia educado,  
casi era la virtud misma;  
para los suyos afable;  
para la fiera morisma  
terrible; en la lucha intrépido,  
noble en la paz, añadía  
á más prendas de carácter  
y de génio, que le hacian  
ser admirado de todos  
y del enemigo envidia.  
Prudente y cauto, abrigaba  
solo una ambicion santísima,  
la del engrandecimiento  
de la *Fe* pura y divina,  
por los hijos del *Profeta*  
mancillada y perseguida.  
Por no ser ingrato, célibe  
dejó trascurrir sus dias,

que para él fuera pecado,  
que no se perdonaría,  
privar al noble Ramiro (11)  
del trono, herencia legítima.  
Celoso de que su reino  
no se desmembrara un día,  
instituyó la nobleza  
de los *Condes* en Castilla,  
que, fieles representantes  
de su autoridad, vigías  
del territorio, que en mando  
y delegación tenían,  
domeñando con presteza  
las árabes correrías,  
dieran esplendor y gloria  
á la egregia monarquía.  
Y una vez su autoridad  
por todos reconocida,  
y la paz asegurada,  
y su conciencia tranquila,  
trocó la calma dichosa  
por las guerreras fatigas,  
y en busca fuese anhelante  
del moro de Andalucía.

## BATALLA DE LUTOS

*Hissem*, hijo y sucesor  
de *Abderrahman* el primero,  
ha jurado exterminar  
al noble y cristiano pueblo.  
Sus fanáticos secuaces  
se confían á su genio,  
y hacen para la campaña  
innumerables aprestos.  
Organizadas las tropas,  
pone á su frente al guerrero  
*Mugeit*, su lugarteniente,  
y de carácter sangriento.

Toma orgulloso el camino  
de Galicia, sin recelo,  
y avanza, cual si creyera  
al enemigo durmiendo.  
Pero *Alonso* con su gente  
le sale pronto al encuentro;  
finge una fuga, le atrae  
con hábiles movimientos,  
cuando revuelve de súbito  
sus parciales con denuedo,  
si por el número débiles,  
temibles por su ardimiento.  
Y, cargádoles con brio,  
les derrota por completo,  
sembrando el miedo, el espanto  
y desolación entre ellos;  
A sesenta mil ascienden,  
segun la historia, los muertos,  
y pocos llegan á Córdoba  
de la nueva mensajeros.  
Donde es fama, que al saber  
*Hissem* tan triste suceso,  
rabioso como una fiera  
arrastróse por los suelos,  
de *Mugeit* y sus tropas,  
y su estrella maldiciendo,  
pero jurando vengarse  
del noble y cristiano pueblo.

## LA CONSPIRACION

Gozando tranquilamente  
del sueño el monarca está  
en mullidos almohadones  
de seda del *Indostan*.  
Con sus conquistas pasadas,  
con otras nuevas quizá,  
con el esplendor del trono  
ó de su pueblo la paz,  
sueña acaso el rey Alfonso,  
y es tan dulce su soñar,

que dibújase en sus labios  
contracción angelical,  
dulce sonrisa que inspira  
encanto y felicidad.

De pronto, turba el silencio  
de la cámara real  
ruido extraño, de unos pasos  
vacilantes por demás,  
y, como negros fantasmas  
en la densa oscuridad,  
aparecen unas sombras,  
que rectas al lecho van.

—*¡Es nuestro!*—dice una de ellas  
con acento sepulcral.

—*¿Dormido sigue?*—se atreve  
otra voz á preguntar.

—*Sí*—responde la primera—  
*bebió el tósigo mortal,*  
*y lo ménos en diez horas*  
*el rey no despertará.*

—*¡Animo pues!*—á una dicen  
los que osaron penetrar;  
y cogiéndole en sus brazos  
con saña crüel, brutal,  
salen con aquel tesoro  
como lograron entrar.

Es de día; el sol radiante  
pasó el meridiano ya,  
y todo es gresca y desórden  
y jarana, en la ciudad.

Como desbordado río  
corren de aquí para allá  
las gentes, y, tempestuoso  
se alza el rumor popular.  
Nadie se entiende: en palacio  
la consternación es tal,  
que los grandes, confundidos  
con la servidumbre, van  
recorriendo los salones  
con indecible ansiedad.

El rey ha desaparecido,  
ninguno de él nuevas da,  
y ni vivo, ni cadáver  
le puede nadie encontrar.  
*Théudio*, el valiente guerrero,  
que en más de un trance fatal  
salvó la vida al monarca  
con ciega temeridad,  
seguido de los señores  
principales, loco va  
corriendo de casa en casa  
por toda la capital.

Un triste presentimiento  
le hace temer la maldad  
de los que astutos se ocultan  
viendo la ira general;  
y cuando ya desfallece  
y empieza á desesperar,  
y comprende que sus fuerzas  
abandonándole van,  
á la puerta de un convento  
demanda hospitalidad,  
para reponer su espíritu,  
quebrantado por demás.

Pero al golpe seco y rudo  
del grosero pedernal,  
que de aldabon sirve, nadie  
responde; vuelve á llamar.....  
y el eco se va perdiendo,  
y nadie respuesta da.

Ebrio de coraje, el puño  
de su daga hace chocar  
contra la piedra..... y sucede  
un silencio sepulcral!

«¡Ira de Dios!»—grita el conde—

«¿Es que los monjes quizá  
también desaparecieron  
por arte de Barrabás?....

¡Lo veré!»—Y ya se dispone,  
con sus amigos, á echar

la puerta por tierra, cuando  
 asoma el Padre guardian,  
 y.... «*Hermanos*»—con voz melosa  
 dice—«¿*Qué es esto?... olvidais*  
*que esta es la casa de Dios,*  
*y aquí no podeis entrar?...*

«¿*Desde cuándo niega albergue,*  
 —replica, con ademán  
 descompuesto, el noble Théudio—  
*la Iglesia, al que de ella está*  
*necesitado?....*»—Y aquél  
 murmura sin vacilar:

«*Idos; no desafiéis*  
*la cólera celestial.*»

—«*Buscamos descanso, padre.*»

—«*Hay posada en la ciudad*  
*donde estareis más á gusto.*»

—«*¡Oh! ¿nos quereis alejar?!*»

Y en el semblante del conde  
 un relámpago fugaz  
 brilla; se vuelve á los suyos,  
 y con voz ronca:—«*¡Aquí está!*»  
 les dice.—«*No me ha engañado*  
*á mí el corazón jamás.*

Y corriendo tras el fraile,  
 que recogido el sayal  
 cruza los claústros, como alma  
 que se lleva *Satanás*,  
 llega á una puerta mezquina,  
 y se dispone á pasar  
 sin apercibirse de ella,  
 cuando resuena detrás  
 un prolongado suspiro  
 que hace al buen *Théudio* temblar.

Se para, examina, prueba  
 si cede la puerta, y.... ¡*zás!*...  
 de un solo golpe de maza  
 ábrese de par en par.

¡Triste cuadro!.... Es una celda,  
 mejor dicho, es un desvan,  
 que apenas mide tres varas  
 en cuadro, y la claridad

recibe por una altísima  
claraboya singular.  
Un monton de sucia paja  
cubre el suelo á la mitad,  
y encima de él, intranquilo  
Alfonso, durmiendo está.  
Ni más muebles, ni más lecho:  
un frio intenso y glacial.....!  
¡Miseria, hediondez horrenda  
y espantosa soledad!  
Échase á sus piés el conde,  
imitante los demás;  
abre los ojos el rey,  
y al verse en estado tal,  
—«¡Qué horrible sueño!»—murmura.  
—«No es sueño, que es realidad»—  
dice á su augusto monarca  
el cortesano leal.  
Y mientras aquél duda y duda,  
la nueva circula ya  
por toda la córte, y llega  
en masa el pueblo al portal,  
y le saca en triunfo, y vuelve  
loco, contento, á reinar.  
Pero en vano la justicia  
el secreto criminal  
que realizára la empresa  
busca con ardiente afan;  
la sombra le favorece,  
pues nadie logra encontrar  
en el santo monasterio  
alma humana... hasta el *guardian*  
sabe del justo castigo  
as uto y diestro escapar.

## LA CRUZ DE LOS ANGELES

Claro testimonio quiso  
Don Alfonso dar al cielo,  
en gracia de la fortuna  
con que libró de tal riesgo.

Concluida, por entonces,  
la basílica de Oviedo,  
pensó adornar su retablo  
con ofrenda de tal mérito,  
que igual no la concibiera  
jamás el humano ingenio.

Gran cantidad de oro y joyas  
hizo reunir al efecto,  
para labrar una *Cruz*  
con tan preciosos objetos;  
mas en vano convocára  
á los artistas del reino;  
nadie aceptaba una empresa  
tan difícil, aunque el premio  
del trabajo se dejaba  
del artífice al deseo.

Corrió la noticia todo  
el continente europeo;  
llegaron de todas partes  
los afamados plateros;  
mas ninguno se atrevia  
á labrar el santo leño.  
Afligido el Rey, pasaba  
meditando largo tiempo,  
y en sus tiernas oraciones  
pedir solia al Eterno,  
le concediera una mano  
tan hábil, como perfecto  
y grande y precioso era  
su atrevido pensamiento.

Pero los meses pasaban,  
y la catedral de ménos  
seguia echando la *Cruz*,  
que el rey forjára en sus sueños.  
Un dia, al salir de misa  
como un humilde plebeyo,  
acompañado no más  
de su buen amigo *Théudis*,

acercáronsele al paso dos jóvenes, cuyo aspecto y rostro predisponian en su favor desde luego.

Como vistieran el traje de peregrinos, al verlos Alfonso, les preguntó si eran acaso extranjeros. Ambos, en claro romance, á la vez le respondieron, que la *Santa Cruz* estaban á fabricarle dispuestos, y este era su único móvil; pero que tenían hecho de no descubrir á nadie su morada, juramento, y confiaban que el rey les dispensara el secreto.

Lleno de gozo el monarca corrió á palacio con ellos, y les instaló en un sitio inmediato á su aposento, dándoles los materiales necesarios, y ofreciendo que nadie, ni él mismo, iria á estorbarles un momento.

Mas como al siguiente dia no saliesen los mancebos para reanimar sus fuerzas con el preciso sustento, hubo de excitarse en todos la curiosidad, al ménos, y el mismo rey intentára calma dar á sus recelos, á no mediar la promesa formal, que les hubo hecho.

Trascurrió el segundo día;  
 lo mismo pasó el tercero,  
 y como nadie advirtiese  
 ruido alguno, decidieron  
 sorprender los cortesanos  
 á los extraños obreros.

Mas cual no fué su sorpresa  
 al ver el cuarto desierto,  
 y suspendida en el aire,  
 como por mágicos medios,  
 la *Cruz*, que al que la miraba,  
 le dejaba como ciego!  
 De tal fuerza eran los rayos  
 y encantadores reflejos  
 de las joyas incrustadas  
 entre las planchas de récio  
 oro, que constituían  
 un prodigio tan soberbio. (12)

Admirado quedó el rey,  
 sin comprender el misterio,  
 y cayó de hinojos, gracias  
 al *Creador* ofreciendo.  
 Bien pronto nueva tan grande  
 se hizo pública en el reino,  
 y corrió, como seguro  
 entre las gentes del pueblo,  
 que los misteriosos jóvenes  
 eran ángeles del cielo.

## DESCUBRIMIENTO

### DEL CUERPO DEL APÓSTOL SANTIAGO.

Era una noche tranquila;  
 la luna en carro de plata  
 con su ejército de estrellas  
 el firmamento cruzaba.  
 Ni el suspiro de la brisa,  
 ni el murmullo de las aguas

del arroyo cristalino  
 que entre flores se desata,  
 ni el rumor del manso viento  
 que jugar suele en las ramas  
 de la frondosa alameda  
 que pueblan mil aves várias.....  
 nada, en fin, se percibia,  
 todo era paz, todo calma.  
 Mas ¡ay! entre la aspereza  
 de un monte, que se levanta  
 á un extremo de Galicia,  
 al pié de una cruz sagrada,  
 que cerca de ermita humilde  
 extiende sus brazos, alza  
 al cielo, pobre ermitaño, (13)  
 su religiosa plegaria,  
 muda, elocuente, sublime,  
 como el lenguaje del alma.  
 Al punto profiere un grito  
 de admiracion; se levanta,  
 quiere moverse y no acierta  
 á andar, las fuerzas le faltan;  
 quiere gritar, y la voz  
 se le anuda en la garganta,  
 y exánime cae en tierra  
 como fria, inerte masa.  
 ¿Qué le pasa al ermitaño?  
 ¿Qué peligro le amenaza?

• • • • •  
 Muchas horas han pasado;  
 brillan los rayos del alba  
 sobre la cima del monte,  
 vistiendo el valle de galas,  
 y el pobre ermitaño yace  
 tendido sobre la escarcha;  
 pero, al fin, despiértale  
 el frio de la mañana,  
 abre los ojos, con cierto  
 extravío en la mirada,  
 lanza un profundo suspiro,  
 las manos lleva á su calva

cabeza, y—«¿Estoy soñando?»  
 con voz temblorosa exclama:  
 —«No, no; lo he visto; mis ojos,  
 por mi fe, que no me engañan—»  
 añade; y cruzando el valle  
 y subiendo la montaña,  
 llega á una ciudad y busca  
 el santo templo con ánsia,  
 y á los piés de *Theodomiro* (14)  
 se arroja, y así le habla:

«Hallábame, mi señor,  
 anoche, cual otras tantas,  
 á la oracion entregado,  
 cuando fijé mis miradas  
 en ese cielo, que esconde  
 de Dios la augusta morada.  
 ¡Ah! ¿cómo podré deciros  
 lo que entónces ví?..... Brillaba  
 con extraña claridad  
 la luna; luces de plata,  
 como lluvia de diamantes,  
 hasta la tierra bajaban;  
 luego, el firmamento azul  
 rasgábase, y ver dejaba  
 una mansion, que mi lengua  
 á describir no acertára.  
 Oro, perlas y brillantes,  
 flores, flecos, cintas, gasas,  
 rayos de luz y de fuego,  
 nubes de topacio y nácar,  
 y en medio de tal grandeza  
 y de maravilla tanta,  
 ángeles y serafines,  
 de hermosura extraordinaria,  
 descendiendo hasta la tierra  
 y subiendo hasta las gradas  
 del trono, donde se admira  
 la PROVIDENCIA magnánima.»  
 —«Eso es posible?... Por Dios,  
 que mejor parece fábula!»—

interrumpi6le el obispo.

El viejo sigui6 con calma:

—«*Ah! yo lo he visto, se6or;*

*os lo juro por mi 6nima;*

*no es cuento, no, yo lo fio*

*bajo mi honrada palabra.»*

—«¿*Qu6 m6s pas6?*»—el venerable

prelado a6adi6 en extra6a

entonacion, cual si dudas

dentro del pecho abrig6ra.

—«*No lo s6*»—replic6 el viejo:—

«*el resplandor, que brillaba*

*en el cielo, hiri6 mis ojos;*

*quise ver, mas no v6 nada,*

*y sin sentido d6 en tierra*

*con mi cuerpo.»*

—«*Que me pasma*

*tal suceso!... O eres un loco*

*6 un temerario, que chanzas*

*y burlas tienes conmigo.»*

—«*Libreme Dios que tal haga;*

*mis labios verdad digeron;*

*mirad, se6or, estas canas,*

*y ved que son todas ellas,*

*como la pureza, blancas.»*

Call6 el viejo; *Theodomiro*

examin6le con calma,

y al cabo de breve rato,

el silencio que rein6ra

interrumpi6, asi diciendo

con solemnidad marcada:

«¿*Est6s dispuesto 6 indicarme*

*el sitio, en que ayer rezabas,*

*y desde el cual presenciaste*

*maravilla tan extra6a?»*

—«*Que si estoy!... pues ya lo creo!*»

—«*Bien; esta noche, sin falta,*

*6 la hora en que la luna*

*en el firmamento marca*

la mitad de su carrera,  
 espérame; y, por si falsa  
 resultase la noticia,  
 teme la cólera airada  
 del PONTÍFICE ROMANO  
 y de la IGLESIA CRISTIANA.  
 Ahora, buen monje, salid.»  
 Dijo; y volviendo la espalda,  
 entre confuso y medroso,  
 al viejo dejó en la estancia.

. . . . .

La media noche sería,  
 y el ermitaño aguardaba  
 sin que el ilustre prelado  
 junto á la ermita llegára.  
 De pronto, sobre la selva,  
 que á lo lejos se ostentaba,  
 repitióse el espectáculo  
 fiel de la anterior velada,  
 á tiempo que el reverendo  
 posó en el valle la planta.

—«Mirad, señor.»—dijo el monje.  
 —«¿Qué he de mirar?... no veo nada.»  
 —«Allí, donde la robusta  
 arboleda se levanta,  
 y parece que confunde  
 entre las nubes sus ramas.»  
 —«Nada veo.»  
 —«Eso es posible?...  
 mirad, allí!...»  
 —«No veo nada.»

Y en balde el pobre ermitaño  
 con la diestra le indicaba  
 un punto en el horizonte  
 casi al pié de la montaña,  
 y en balde—«Mirad»—decía  
 su lengua torpe, agitada;

siempre el severo prelado  
«*nada veo*»—contestaba.

Llegó el día; *Theodomi*ro,  
torva la faz y crispadas  
las manos, como el que anhela  
saciar en alguien la rabia,  
—«*Sois un miserable loco,  
y habeis de pagar bien cara  
vuestra burla!*»—airado dijo,  
miétras tendido á sus plantas  
el viejo, depositando  
en ellas besos y lágrimas,  
—«*¡Piedad! ¡piedad!*»—con voz ronca  
tembloroso murmuraba:  
—«*Os juro que es cierto todo.*»  
—«*¿Aún más?*»

—«*Una idea me asalta,  
seguidme.*»—Y echando á andar,  
como si tuvieran alas,  
ambos, en breves momentos,  
junto á la selva se hallaban.

El viejo, como impulsado  
por inspiracion extraña,  
internóse en la espesura,  
y tras él, como una máquina,  
*Theodomi*ro, que la empresa  
tuviera por insensata.  
De repente, á un tiempo ambos  
sobrecogidos se paran,  
y un grito de admiracion  
sofocan en sus gargantas.

Entre el espeso follaje  
una capilla se alcanza  
á ver; se acercan á ella;  
es de mármoles labrada:  
se aproximan más y más;  
encuentran la puerta franca,  
penetran en el santuario,  
y de oro, sobre unas gradas,  
ven un túmulo que ostenta  
estas secillas palabras:

«DEL SANTO APÓSTOL SANTIAGO  
AQUÍ LOS RESTOS DESCANSAN.»

Y el viejo y el venerable,  
sin saber lo que les pasa,  
doblan la rodilla en tierra  
y dan al Eterno gracias.

Novedad tan portentosa  
corre en alas de la fama,  
y de miseras aldeas  
y de ciudades lejanas  
llegan las gentes, ansiosas  
de admirar lo que la fábula  
exageró en proporciones  
al recorrer las comarcas.

Tambien el rey Don Alfonso  
á visitar se prepara  
aquel modesto santuario,  
y lleno de fe cristiana  
funda un magnífico templo  
donde el sepulcro se alzara.

Desde entonces, los astures  
en sus excursiones várias  
contra el musulman osado  
que su independenciam ataca,  
se creen de Dios protegidos,  
y redoblan con más ansia  
sus esfuerzos y su celo,  
su valor y su esperanza.

Bajo el genio protector  
de Santiago, á quien aclaman  
y reverencian y nombran  
egregio patron de España,  
por invencibles se tienen  
en los campos de batalla.  
Su nombre es grito de guerra,  
y con tanta fe lo lanzan,  
que se enardece su sangre  
y su corazon se ensancha,  
é infunde pavor y espanto  
á la morisma fanática.

## VI

Pagado el tributo santo  
á la religion de Cristo,  
embraza el escudo y lanza  
el rey *Casto*; vuelve altivo  
á vestir la cota, y sale  
en busca del enemigo.

No muy lejos de *Viseo*,  
en un lugar fronterizo  
del *Duero*, y que *Estrema-duria*  
se le llama por lo mismo,  
un ejército de *alárabes*  
se halla casi de improviso,  
que deshace en un momento,  
con su acostumbrado brío,  
como las hojas del árbol  
lleva el viento en su camino.

*Alhacan*, el rey de Córdoba,  
al saber lo acontecido,  
arde en ira y en deseos  
de vengarse ó ser cautivo  
de aquél monarca orgulloso,  
á quien jamás ha vencido.  
Y ya á salir se dispone,  
fiando á *Aláh* su destino,  
con tribus, que no volvieron  
el rostro nunca al peligro;  
cuando la paz de su *Estado*  
le impone el cruel sacrificio  
de no abandonar la corte,  
si no quiere que sus hijos  
se vean desheredados  
del trono, que ha conseguido  
en las revueltas civiles  
conservar por un prodigio.

Maldice entonces su suerte,  
y tomando un pergamino,  
ordena sin dilacion  
á *Omar*, el fiero caudillo

de *Mérida*, que se interne  
en los cristianos dominios.  
Obedece aquél; el *Duero*  
atraviesa con sigilo;  
avanza hasta *Benavente*,  
y á la plaza pone sitio.

Mas ¡ay! Alonso, que en vela  
permanece de continuo,  
acude con sus valientes,  
da batalla al atrevido,  
le vence, le desbarata,  
y aquél, triste, fugitivo,  
entre ayes y maldiciones  
vuelve á repasar el rio.

Sabe *Alhacan* la derrota,  
lanza de terror un grito,  
y decide, al fin y al cabo,  
poner el pié en el estribo.  
Numerosos batallones  
le siguen en su delirio,  
y á las puertas de *Zamora*  
se presentan agresivos.  
Allí está esperando Alfonso,  
que, aceptando el desafio,  
párecelo, en su impaciencia,  
un segundo, todo un siglo.

Chocan con furia tremenda  
los soldados enemigos,  
y corre la sangre á mares,  
y el ¡ay! del muerto, al ruido  
de los sables y las lanzas,  
se mezcla y confunde; y tibios,  
pálidos, los resplandores  
del sol apagan su brillo,  
por no presenciar acaso  
tan espantoso exterminio.  
Al fin, cuando ya la noche  
tiende su velo sombrío,  
en el campo del cristiano  
álzase gran regocijo:

la victoria es suya; el moro,  
aterrado al ser vencido,  
firma paces, y se vuelve  
vergonzoso á su recinto.

Así, de hazaña en hazaña,  
extiende su poderío  
el rey Alfonso, dechado  
de virtud y de heroísmo;  
y sin que la edad le apene,  
ni le amedrente el peligro,  
cuando empuñar ya no puede  
el acerado cuchillo,  
da en *Lugo*, claras señales  
de su valor y sus bríos,  
no dejando un solo moro  
que no esté esclavo ó tendido. (15)

Algunos años despues,  
en los que con más servicios  
y nuevos lauros aumenta  
su corona de prodigios,  
comprende que le abandonan  
las fuerzas; llama á *Ramiro*,  
y presentándole al pueblo  
como bravo y noble y digno,  
que juren en él, consigue,  
al nuevo rey; rasgo pio,  
con el que evita á su reino  
dias de llanto y martirio.



# ALFONSO III EL MAGNO

866—910

## I

Jóven, apénas un niño  
en inteligencia y años,  
—solo diez y ocho contaba  
al comenzar su reinado—  
sobre la tumba del padre,  
á quien llorára temprano,  
subió el hijo, hasta las gradas  
del trono, que hubo heredado.  
Benéfico para el pobre,  
amigo del desgraciado;  
padre, en fin, para su pueblo,  
y de la fe santa esclavo;  
aquel niño, que infundiera  
esperanzas al malvado,  
bien pronto conquistará  
nombre glorioso de *Magno*.  
Grande por sus sentimientos,  
por sus empresas y actos,  
por sus virtudes y hazañas,  
por su ingenio vivo y claro,  
el rey *Alfonso tercero*  
ocupa un lugar preciado  
entre las grandes figuras  
que el trono español honraron.  
El fué el primero que al frente  
del noble pueblo asturiano

dió vista á Sierra Morena,  
infundiendo al moro espanto.  
Fué el primero que acampó  
sobre los fértiles llanos  
que se extienden á la falda  
del *Guadarrama*, y ufano  
fijó en el *Duero* los límites  
de su reino, encastillando  
las fronteras, á la vez  
que convirtiera los páramos  
y los secos arenales  
en pueblos, que el tiempo andando,  
á ser de riqueza emporio  
y ciencia y saber, llegaron.

## II

No bien la régia diadema  
ciñera á su excelsa frente  
el conde *Fruela Bermudez* (16)  
tan villano como aleve,  
en son de guerra traidora  
alzó pendones y gentes  
para arrebatár á Alfonso  
la corona, de las sienas.

Gozoso el rey, en su corte  
se hallaba tranquilamente,  
sin sospechar el peligro  
que le anunciaba la muerte,  
cuando fiero y arrogante  
se presentó de repente,  
á las puertas de la villa,  
el conde y su fiera hueste.

El monarca, confiado  
en su pueblo y en su suerte,  
se halló de improviso preso  
del traidor, entre las redes;  
y ántes que humillar su nombre,  
y ser del *Conde* juguete,  
juró morir ó vengarse;  
y aprovechando el solemne

silencio de noche oscura,  
sin que nadie lo advirtiese,  
salió de *Oviedo*, llevando  
ánimo de defenderse  
contra todo el que á su paso  
se encontrara ó se opusiere.

Solo, cual sombra, cual trago,  
en fiero alazan ginete,  
prados y valles corria  
pisando la alfombra verde,  
como el huracan violento  
que seca y troncha las mieses.

«¡Ah! ¡no jugará conmigo!»  
—va murmurando entre dientes—

«Alfonso soy, y un Alfonso  
amilanarse no debe.

*Aun tengo pueblos leales,  
y tengo vasallos fieles,  
que harán mi causa la suya  
decididos y valientes.*

*¡Conde traidor!..... Yo te juro  
que no se pondrá dos veces  
el sol, sin que tu cabeza  
del muro más alto cuelgue.»*

Y sigue cruzando valles,  
selvas, campos y vergeles,  
hasta doblar la colina  
que entre las nieblas se pierde.

En tanto, de nueva aurora  
los destellos refulgentes,  
cual prisma de cien colores,  
asomaban por Oriente;  
y *Fruela* y sus mercenarios,  
no hallando quien se opusiere,  
himnos de trinfo entonaban,  
entregándose imprudentes  
á toda clase de fiestas,  
y de orgías y placeres.

Mas, pasado el sobresalto,  
reunidos secretamente

los *grandes* de la ciudad,  
acordaron oponerse  
al intruso, que usurpaba  
el cetro de ilustres reyes;  
cuando Alfonso, el rey legítimo,  
de nuevas tropas al frente,  
dejóse ver á lo léjos,  
reflejando en los arneses  
de sus bríosos soldados  
el brillo del sol naciente.

Anímanse los *señores*  
de la capital al verle;  
los menestrales se unen  
á los magnates, y en breve  
la ciudad entera se alza  
contra el traidor y su gente;  
y cuando llega á los muros  
el jóven rey, se estremece  
al ver en ellos colgado  
del traidor el cuerpo inerte.

### III

No por esto escarmentaron  
los traidores ambiciosos.  
A poco tiempo, *Filon*,  
entre los suyos famoso,  
probó fortuna y pagó  
bien caro su intento loco,  
pues los mismos sublevados  
dejáronle luego solo.  
Más tarde, otro caballero  
principal, *Ano del Olmo*,  
y otro despues, que llevaba  
de *Hermenegildo* el apodo,  
conspiraron con tan poca  
habilidad, que su logro  
fué perder vida, y haciendas  
y honra, en instantes bien cortos.

Mas no sirvió el escarmiento,  
y de trastorno en trastorno,  
la ingratitude más impía  
tuvo que llorar Alfonso.

*Vitizza*, el conde *Adalpino*,  
*Sarraimo*, *Sandina* y otros  
en épocas diferentes  
subleváronse, de modo,  
que en continuadas revueltas  
y motines espantosos  
y escandalosas jaranas  
trajeron el reino todo.  
¡Qué más!.... hasta los hermanos  
del rey clemente y católico,  
renegando de su sangre,  
alzáronse contra el trono;  
mas ¡ay! que si fué inaudito  
su proceder, harto pronto  
castigo terrible hallaron  
sus proyectos alevosos.

Excepto uno, los Infantes  
de *Astúrias*, que sin rebozo  
atentáran á la vida  
del rey su hermano, orgullosos,  
presos en cárcel eterna  
y privados de los ojos,  
espiaron de su crimen  
el intento tenebroso.

*Bermudo*, el mayor de ellos,  
que pudo escapar, socorro  
ha implorado á quien de *Astorga*,  
—gracias al dinero y dolo—  
era dueño, y muy en breve  
fácil prestósele el moro,  
más que de ayudar su empresa,  
de vengarse codicioso;  
que ya en continuos combates  
le hiciera morder el polvo  
el rey de *Astúrias*, y nunca  
venció su denuedo heróico.

Mas, como el árbol copudo,  
 al cual el cierzo de *otoño*  
 va arrebatando las hojas  
 con el más ligero soplo;  
 ó como barren la playa  
 las ondas del mar furioso,  
 así sobre el desléal  
 con los suyos cayó Alfonso,  
 y *árabe* y *traidor* á un tiempo  
 convirtieron su alborozo  
 en maldiciones y lágrimas  
 de luto y de eterno oprobio.

## IV

Mientras la discordia impía  
 atizaba los rencores,  
 y el pueblo astur era objeto  
 de las locas ambiciones,  
 el rey moro procuraba  
 ayudar á los traidores,  
 para lograr, á su sombra,  
 sus pérfidas intenciones.  
 Pero Alfonso, que mostrára  
 grandes prendas desde jóven,  
 y á quien jamás impusieran  
 los actos de los *señores*,  
 del enemigo espíaba  
 las más pequeñas acciones,  
 y allí, donde aquél corria,  
 él se hallaba sin temores.  
 Y *Abulmundar* y *Alcanátel* (17)  
 con sus moriscas legiones,  
 en el *Vierzo* y en *Leon*  
 á un tiempo derrota doble  
 sufrieron, en vergonzosa  
 fuga, corriendo á su *corte*.  
 Con tan honrosa victoria  
 animoso el rey siguióles,  
 y por *Soria* atravesando,  
 llegó al pié de un alto monte,

donde el castillo de *Deza*  
alzaba en sus torreones  
la enseña del *africano*,  
dando al viento sus colores,  
Llegar y ponerle sitio  
y asaltarle aquella noche,  
y tras del *saco*, al incendio  
entregarle, y hasta el nombre  
dejar envuelto en cenizas,  
obra fué que realizóse  
en ménos que lo imagina  
el pensamiento del hombre.  
Y luégo en *Coria*, y más tarde  
en *Polvorosa* y en *Gozque*,  
y en *Llerena* y en *Zamora*,  
donde la sangre vertióse  
de tal modo, que de rojo  
tiñéronse valle y montes, (18)  
do quiera el *muslin* osado  
contra el cristiano atrevióse,  
cara pagó su osadía;  
dando esplendor y renombre  
al rey de Astúrias, Alfonso,  
fuerte y duro como el roble,  
invencible como el rayo,  
y bravo cual sus leones.

En cien combates seguidos  
jamás la suerte mostróse  
adversa con él, y cuando  
vencido por los rigores  
de la desdicha, el de *Córdoba*  
treguas le pidió, el muy noble  
Alfonso, á la paz del reino  
consagró sus atenciones,  
y á poblar los vermos campos,  
y á marcar lindes mayores  
al ya vasto territorio  
que obedeciera sus órdenes.  
*Orense*, *Braga* y *Oporto*,  
y cuantos pueblos se esconden

tras la márgen del *Mondego*,  
que al Sud de Galicia corre,  
debieron al rey de Astúrias  
mil beneficios y dones.

## V

Con Gimena de Navarra  
celebró sus esponsales,  
consiguiendo de tal modo  
que nuevo lazo estrechase  
entre *navarros* y *astures*  
las antiguas amistades.  
Mucho queria á su esposa,  
y jamás, al separarse  
de su lado, pudo hacerlo  
sin que, cual niño, llorase:  
mas no así la de Navarra  
pagára tantos afanes,  
que mientras su noble esposo  
consagraba con su sangre  
las victorias, que al *muslime*  
arrancaba á cada instante,  
ella, obedeciendo á impulsos  
de misterio impenetrable,  
dejaba crecer en su alma  
sentimientos miserables,  
que, si no su honor de esposa,  
mancharon su amor de madre.

Es fama, segun se dice  
y cuentan viejos anales,  
que al hijo de sus entrañas  
educaba con tal arte,  
que apénas creyó tener  
el príncipe años bastantes,  
fiero y altivo se alzó  
en armas contra su padre.  
Mucho sintiéralo Alfonso,  
porque le amaba cual nadie;  
mas la dignidad se impuso  
á su sentimiento amante,

y encerrando en el castillo  
de Gauzon, al que atentase  
contra su trono y su vida,  
olvidando su linaje,  
supo demostrar al mundo  
que eran para él iguales  
desde el misero vasallo  
al opulento magnate.  
Mas ¡ay! la chispa, lanzada  
por aquel hijo cobarde,  
en hoguera convertida  
apareció por mil partes:  
el rey, al ver la discordia  
otra vez enseñorearse  
de sus más ricas provincias,  
de sus más bellas ciudades,  
antes que pudiera el moro  
aprovechar tal desastre,  
dió libertad á su hijo  
perdonando sus maldades,  
y vencíendose á sí propio,  
como los héroes lo hacen,  
en Don García abdicó (19)  
cuando aun, si sus achaques  
eran muchos, prometia  
á su patria triunfos grandes.

## VI

En el salon principal  
de una casa solariega  
de Astorga, que á la sazón  
sirve de morada régia  
al hijo de Don Alfonso  
que ya en Astúrias gobierna,  
sentado está Don García  
en un sillón de vaqueta,  
mirando cómo á teñirse  
de sombras el cielo empieza.

La tarde espira; á lo lejos;  
por lo extenso de la vega,  
el campamento cristiano  
se dibuja, y á sus tiendas  
se retiran los guerreros  
ávidos de que amanezca,  
para entrar, contra los moros,  
por las castellanas tierras.  
Nada se escucha en la estancia  
ni en la villa; ni siquiera  
ensordeciendo los aires  
va el eco de las trompetas.  
Todo es misterio y silencio;  
y la soledad completa  
que por las calles se advierte  
y en que el monarca se encuentra,  
que algo extraño se prepara  
bien á las claras demuestra.  
De pronto, leve ruído,  
como si de pasos fuera,  
se percibe en el salon  
sin que *García* lo advierta,  
y de la pared, un lienzo  
como por encanto, deja  
en un segundo tan solo  
ver una entrada secreta.  
Un embozado aparece  
en el dintel de la puerta;  
y despues que con el mismo  
sigilo que abrió, la cierra,  
váse derecho al monarca,  
el cual, al mirarle, tiembla,  
y al ir á alzarse, comprende  
que le abandonan las fuerzas.  
—«¡Traicion!— exclama.—«¿Quién pudo,  
para entrar, daros licencia?.....»  
—«El que á vuestra casa viene  
no há necesidad de ella.»—  
descubriendo su semblante  
el encubierto contesta:  
—«¡Mi padre!»

—«Sí, Don Alonso,  
el que vuestro padre fuera,  
quien el sér os dió y la vida  
con la sangre de sus venas;  
el que vos aborrecísteis,  
y en hora triste, suprema,  
condenásteis al destierro,  
declarándole la guerra.  
Mas..... calmad vuestros temores,  
no vengo á pedir os cuentas,  
y lo pasado, al olvido  
ha dado ya mi conciencia.  
Sé que en guerra contra el moro  
os partís, y como quiera  
que es necesaria en el reino  
hoy, señor, vuestra presencia,  
vengo á demandar, de honor  
el puesto en esa contienda,  
y para ponerme al frente  
á suplicaros licencia.  
Soy viejo, más no por eso  
envejecieron mis fuerzas;  
vivo en soledad bien triste,  
y anhelo, con vida nueva,  
cambiar la monotonía  
de mi gastada existencia.  
No me negueis lo que os pide  
el que nombre y vida os diera;  
pensad, señor, que me anima  
la más generosa idea,  
y ántes de dar con mis restos  
en la miserable hüesa,  
quiero por última vez  
mirar al moro de cerca.»

Así hablára el padre al hijo,  
cual si tal padre no fuera,  
dando de respeto santo  
las más señaladas pruebas.  
Don García, que por cierto,  
no aguardaba tal escena,

sin atreverse á mirar  
al que ante sus plantas llega:  
—«¿Cómo pudiera negarme,  
si pedís de tal manera  
que mi sola negativa  
fuera padron de vergüenza?  
Salid, ordenad las huestes,  
dad al caballo la espuela,  
y disponed de mis tropas  
como mejor os convenga.»

Dijo, por fin, don *García*  
en llanto su alma deshecha,  
con tal fé, que por sí sola  
borrara antiguas flaquezas.  
Y á poco el hijo y el padre  
con entusiasmo se estrechan,  
y con un abrazo borran  
las ya pasadas ofensas.

A la mañana siguiente,  
cuando el sol dora las crestas  
de las vecinas montañas,  
confuso rumor retiembla  
en los espacios, de voces  
y atambores y cornetas  
y de las agudas lanzas,  
que chocan contra las piedras.  
En movimiento se ponen  
las tropas, y al frente de ellas  
va, como simple caudillo,  
el que ciñó real diadema,  
ostentando por corona  
las canas de su cabeza.

Piérdese el marcial estrépito,  
todo en silencio se queda,  
y Don *García*, que yace  
junto á la misma vidriera  
en que su padre le hallára  
en el sillón de vaqueta,

al ver cual desaparecen  
las huestes, que al viento ondean  
los atributos cristianos  
bordados en sus banderas:  
—«*Que Dios premie los esfuerzos  
del anciano, que las lleva!*»—  
exclama, y lanza un suspiro,  
y añade luégo con pena:  
—«*Infeliz del que á su padre  
con cariño no respeta!*»

Muy pocos dias pasados,  
el que contra el moro fuera  
camino de las Castillas  
daba de *Astorga* la vuelta,  
despues de haber arrasado  
*Avila* y *Segovia* enteras,  
vencido el *muslin*, las veces  
que le opuso resistencia.

Esta fué su gran jornada,  
y esta fué la vez postrera  
que Don Alonso de Astúrias  
hizo de valor proezas;  
pués pasado poco tiempo,  
un mes trascurrido apénas,  
exhaló en *Zamora* el último  
suspiro de su existencia, (20)  
sin poder llevar á su hijo  
de sus victorias las nuevas.



# ALFONSO IV EL MONJE

924-927

## I

Tras el período de luchas,  
algaradas y disturbios  
que desde Pelayo, es fama  
que entre los *Astures* hubo,  
sucedió rápidamente  
calma tanta, y en tan mudo  
reposo quedóse el reino,  
que nadie explicarse supo  
ni cómo el gozar tal orden  
ni vivir sin el tumulto.

Era el *astur* animoso,  
fiero, arriesgado de suyo,  
nacido para el combate  
y para el trabajo rudo:  
no le arredraba el peligro,  
ántes bien, si más apuros  
hallára al paso, más grandes  
fueran los esfuerzos suyos.  
Así, pues, á mal llevara  
y á duras penas, el uso  
de una inaccion, que sus fuerzas  
consumia, y de seguro  
de ella hubiera protestado,  
en daño del trono augusto,  
á no ser breve el período  
que en tal estado le tuvo.

Que era de ver, al soldado,  
que ayer arrogante anduvo,  
paséando por las calles,  
ora un turbante moruno,  
un alquicel, una banda,  
una lanza ó un escudo,  
y hasta la propia cabeza  
del que á su paso se opuso,  
hoy ébrio, insultante, loco,  
descuidado, roto y sucio,  
vagando y siendo la moia  
y el escándalo del vulgo.  
¿Por qué ya no resonaba  
el estrépito confuso  
de las armas, y el relincho  
de los poderosos brutos  
al piáfar de impaciencia  
por correr campos incultos?  
¿Por qué el moro solazábase  
soñando fáciles triunfos  
en la bulliciosa orgía,  
recordando con orgullo  
los nombres de Abderrahmán  
y de Mohamad segundo?...  
¿Por qué el estandarte santo,  
en vez de verse en los muros  
de fortaleza morisca,  
yacía en rincón oscuro  
del sagrado monasterio,  
cual si fuera su sepulcro?  
¿Por qué silencio tan grande,  
emblema de triste luto?  
¿Por qué calma tan horrible  
en pueblo tan bravo y justo?...

## II

¡Ay! es que el rey Don Alfonso,  
que el pueblo asturiano rige,  
junto con el de Leon,  
que su nombre al reino imprime, (21)

no abriga sino temores,  
Educado en la molición  
y en el ejemplo cruel  
de su padre, solo vive  
para alimentar pesares,  
para hacer gala harto triste  
de debilidad, que lloran  
sus vasallos, y maldicen,  
porque ven en ella augurios  
de días nada felices.

Celebra bodas el Rey  
con *Gimena*, y no consiguen  
ni el amor, ni la familia,  
despertar al que así extingue  
su vida lánguidamente...  
¡Fatal, lamentable eclipse!

Huelga el guerrero en las calles;  
llega el moro á los confines  
de *Leon*, y el soberano  
impávido y mudo sigue;  
ni de su pueblo se ocupa,  
ni del honor de su estirpe.

El brillo de la corona  
le ofende, y ni aún resiste  
sobre la calva cabeza  
su débil peso... ¡infelice!  
debió vestir la cogulla  
en vez del manto que viste;  
debió encerrarse en la celda  
en sus años juveniles,  
y no exponer á su genio  
débil un pueblo de *Cides*.  
Mas no es que le falte aliento,  
ni que en su pecho no vibren  
las fibras del entusiasmo  
nacional, ó que no inspiren  
de sus mayores los hechos  
á su mente actos sublimes;

es que un religioso instinto  
apártale de las lides,  
do á veces corre la sangre  
por cosas harto sutiles,  
y en la ley de Dios pensando,  
á ella dedica sus fines,  
domínale en absoluto  
y hace que todo lo olvide.  
Así es, que los obispos  
de Frominio y Leon, que viven  
ausentes del patrio suelo,  
del que desterrados gimen  
por órden del rey Frúela,  
nuevo mandato reciben  
de Alfonso, y presto regresan  
donde la paz les sonrïe.

## III

Rodeado de sus *grandes*  
hállase el rey en *Zamora*,  
sumido en amargo llanto  
por la muerte de su esposa.  
Dánle amorosos consuelos,  
en tan desgraciadas horas,  
los que por trajes de seda  
trocaron sus rudas cotas,  
que á tal rey, tales vasallos,  
y á tales gentes, tal honra.  
Como muchachos suspiran,  
como mujerzuelas lloran  
vástagos de ilustres casas  
que deben hacienda y gloria  
de sus nobles ascendientes  
á las hazañas famosas.  
De luto viste la *córte*,  
y áun de triste ceremonia,  
con que la iglesia celebra  
las funciones mortuorias,  
lleva los lúgubres ecos  
al palacio y á la choza,

cuando el monarca, rendido  
por el dolor que le agobia,  
manda llamar á su hermano,  
jóven de prendas notorias;  
y apénas *Ramiro* pisa  
del régio alcázar la alfombra,  
á presencia de su *córte*  
renuncia en él la corona.  
Y parte, como el maldito  
á quien persigue una sombra,  
el recuerdo de otros dias,  
del pecado la memoria;  
y medroso de sí mismo  
llama á las puertas piadosas  
del convento de *Sahagun*,  
y allí encerrado, sus ropas  
cambia por tosco sayal,  
con el que baja á la fosa,  
no sin que ántes purgue en vida  
el pecado de sus obras.

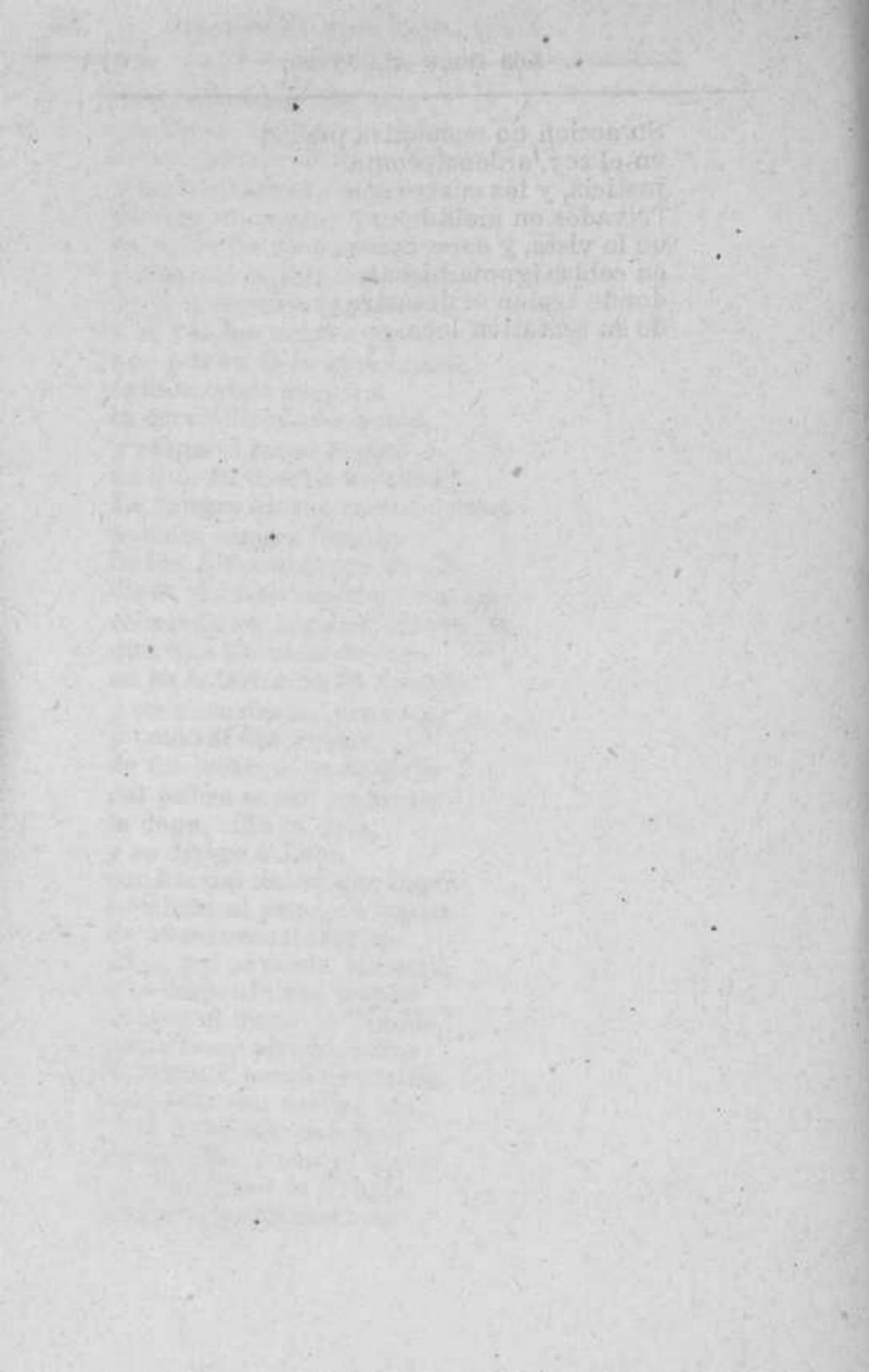
## IV

¡Pobre Alfonso! Las quimeras  
bullen en su mente loca,  
y duran lo que las brisas  
del otoño, breves horas.  
En el silencio del claustro,  
repasando su memoria,  
agitanle los recuerdos  
de una existencia dichosa.  
Ve de opulento palacio  
las cámaras suntuosas,  
el ajuar de plata y oro  
y el brillo de una corona;  
ve las purpurinas sedas  
de sus elegantes ropas,  
y los finos arabescos  
de aterciopelada alfombra;  
aspira el ambiente suave  
de las flores, y el aroma

de perfumadas esencias  
que llena la estancia toda;  
oye el clamor de su pueblo,  
y las continuas lisonjas  
de cien magnates que bullen  
en redor de su persona,  
y alzando la frente al techo  
de la mezquina mazmorra,  
y al ver las negras paredes  
que por su fe le aprisionan,  
exhala triste suspiro,  
la cerviz llorando dobla,  
y rasga el tosco ropon  
en que su cuerpo se ahoga.  
La sangre hierve en sus venas,  
aquella sangre famosa  
de los Alfonsos, que un dia  
diera al reino tanta gloria;  
recuerda su nombre; siente  
que una llama le devora  
en su interior, le da fuerzas  
y su entusiasmo provoca,  
y como si despertara  
de un letargo, se despoja  
del pobre sayal; abraza  
la daga, ciñe la cota,  
y se dirige á Leon  
con los parciales, que logra  
recobrar al paso, en busca  
de aventuras ilusorias.  
¡Mas, ay! es tarde. Ramiro,  
que disponia sus tropas  
contra el moro de Toledo,  
revuélvese airado, toma  
la ciudad, carga de grillos  
al que la paz turbar osa,  
y en profundo calabozo  
enciérrale, y con él lloran  
los tres hijos de Frúela  
jornada tan desastrosa.

---

Su acción no encuentra piedad  
en el rey, ordena pronta  
justicia, y los cuatro son  
privados en mala hora  
de la vista, y encerrados  
en celdas ignominiosas,  
donde espían el desastre  
de su tentativa loca.



# ALFONSO V EL NOBLE

999-1027

## EL RAPTO

### I

En una lujosa estancia  
del real alcázar, y en cuna  
de primorosas labores  
y de doradas molduras,  
gozaba tranquilo sueño  
angélical criatura;  
era un niño que contaba  
dos ó tres años en suma.  
Dormía, y tambien durmiendo  
la servidumbre sin duda  
se hallaba, pues ni el suspiro  
notábase de alma alguna.  
De pronto, tras el tapiz,  
que cubriera la segura  
puerta del fondo, una mano  
asomó, y trás ella, adusta  
faz, y luego encapotada  
y misteriosa figura.  
Llegóse al lecho del ángel,  
con esos pasos que acusan  
el mal, tendió por la estancia  
una mirada insegura,

y cogiendo entre sus brazos  
 al príncipe, con astucia  
 y presteza le ocultó  
 bajo su capa negruzca;  
 y ya con su noble presa  
 iba á salir con fortuna,  
 cuando atajóle los pasos  
 un paje, que con voz dura:  
 —¡Atrás!—le dijo.—¡Cobarde!—  
 Y con la daga desnuda  
 en el pecho del villano  
 iba á hundir la férrea punta,  
 cuando éste, que no soñára  
 semejantes aventuras,  
 rindióse y entregó el niño,  
 y confesó, como á un cura,  
 quién le impulsára á tal crimen,  
 y quién le prestase ayuda.

A la mañana siguiente,  
 la ciudad toda confusa  
 y afligida, comentaba  
 la extraña escena nocturna,  
 y *Adulfo*, uno de los grandes  
 señores, de fama y justa  
 reputacion, espiaba,  
 con la muerte, la locura  
 de haber querido robar  
 al niño Alfonso en la cuna.

## II

Con tan tristes precedentes,  
 y cuando contaba, escasos—  
 al suceder á su padre  
 el rey Bermudo—cinco años,  
 subió al trono Alfonso quinto,  
 más tarde el *Noble* llamado,  
 por sus heroicas acciones  
 de virtud y honor retrato.

Gobernadora su madre  
Doña Elvira, y por su ayo  
teniendo al conde *Menendo*,  
de recto y justo tildado,  
bien pronto adquirió las prendas  
de carácter bello y franco,  
que hiciéronle de su pueblo  
ser querido y respetado.

Generoso en la victoria  
como en el combate bravo;  
celoso del esplendor  
de la Iglesia, y soberano  
que de la ley los preceptos  
impusiera hasta en sus actos,  
supo dar dias de gloria  
al reino, que aniquilado  
recibió de sus mayores  
por mengua de sus cuidados.

El hizo frente al caudillo  
más grande del africano;  
al que tuvieran los suyos  
por invencible en el campo:  
él, de villas y ciudades  
las cenizas aventando,  
en las que viera el *muslin*  
recuerdos de su pasado,  
nuevas ciudades y villas  
alzó con mágica mano,  
que más tarde, de los árabes  
el fiero orgullo humillaron.

Los valientes leoneses,  
los astures y los cántabros,  
al ver rey de tales prendas  
de su inacción despertaron,  
y no huyeron ante el moro,  
como ayer, amedrentados,  
ni al riesgo dieron la espalda;  
antes llenos de entusiasmo  
por su joven rey, quisieran  
ser todos sacrificados.

## III

## SANCHO GARCÍA

Gobernaba por entonces  
 el condado de *Castilla*,  
 de *Garci-Fernandez*, hijo,  
 el bravo *Sancho García*;  
 el que en *Calatañazor*,  
 en *Quintos*, y en infinitas  
 batallas, hundió el orgullo  
 de la arrogante morisma.  
 El que en *Peñañiel*, *Montijo*  
 y *Sepúlveda*, tres villas  
 que en tierra de moros eran  
 baluarte de la maldita  
 árabe raza, el pendón  
 cristiano, sobre la cima  
 de los muros, colocó  
 con heroica valentía.  
 El que penetró en Toledo  
 y dió á Córdoba vista;  
 el que convocando á *Grandes*  
 y *Señores*, supo un día,  
 para premiar sus acciones,  
 establecer con justicia  
 fueros santos, y otorgarles  
 privilegios de valía.

—«*Caballeros castellanos,*  
*los de estirpe noble y limpia,*  
*de hoy más habeis señoríos,*  
*y dueños sereis de vidas*  
*y haciendas de vuestros bravos*  
*pecheros, mientras vos sirvan,*  
*y con arreglo á la ley*  
*les otorgareis justicia.*

*Yo mercedes vos concedo*  
*y vos consagro franquicias;*

*mas habeis de conquistarlas  
con las vuesas lanzas mismas,  
que no fuera bien honrado,  
ni por noble estimaria,  
al que aceptára de gracia  
títulos que se conquistan.»*

Así es fama que á los suyos  
en *Búrgos*, do se reunian,  
dijoles con voz solemne  
el conde *Sancho García*.

## IV

## ALMANZOR

Mientras el *Conde* dilata  
sus Estados con denuedo,  
y presta grandes servicios  
al ya floreciente reino,  
*Almanzor*, el gran caudillo  
de los hijos del Desierto,  
que donde pone sus plantas  
helado lo deja y seco,  
no puede ver sin envidia  
del *Conde* los nobles hechos,  
y no comprende que haya  
nadie en las lides más diestro,  
nadie en la paz más avaro,  
nadie en la guerra más fiero.

Y há tiempo que ya no duerme  
y que no encuentra sosiego,  
desque de *Sancho García*  
el nombre le lleva el viento.  
Y melancólico y triste  
y taciturno y soberbio,  
pasa las noches en vela  
y los dias en encierro  
absoluto, allá en el fondo  
de un camarín muy estrecho,  
llorando como un muchacho  
y forjando mil proyectos.

*¡Venganza!*—con voz más ronca  
que la ronca voz del trueno  
grita, y *¡Venganza!*—repiten  
en la estancia tristes ecos.

*Ese conde miserable—*  
añade, el brazo mordiendo  
en que apoya su cabeza—

*osa pisar mis terrenos,*  
*y arriesgadas correrías*  
*hacer imprudente en ellos,*  
*quizás porque mis vasallos*  
*llegáronle á tener miedo,*  
*ó porque piensa, ¡infelice!*  
*que el califa está durmiendo.*

*¡Ah! yó probaré á ese conde*  
*que Almanzor sigue despierto,*  
*y haré, para mis corceles,*  
*tirantes con su pellejo.*

Y alzó la frente arrogante,  
y en sus grandes ojos negros  
brilló un rayo, como en noche  
tormentosa brilla el fuego.

Luego se puso de pié;  
llamó á sus esclavos; cientos  
de órdenes, en un instante,  
les dió; desaparecieron:  
los jefes de tribu entraron,  
púsoles en movimiento,  
y cuando solo se vió,  
en divan de terciopelo,  
bordado de mil primores  
y recamado de flecos,  
dejóse caer, lanzando  
un grito maldito, horrendo.

## V

## JORNADA DE CALATAÑAZOR

Mas tampoco el castellano  
se aduerme con sus trofeos,  
que por confiarse un dia  
fué sorprendido y deshecho.  
A son de clarin convocan  
á sus valientes guerreros  
los principales señores  
que gozan de mando y fuero,  
y ya á la guerra se parten  
llenos de fe todos ellos.  
Navarros y Castellanos,  
y los de Leon y Oviedo,  
todos juntos por caudillo  
al noble conde eligieron,  
y dando al aire pendones  
benedicidos por el clero,  
del cristiano territorio  
salió tan brillante ejército,  
acampando entre Osma y Soria,  
á las orillas del Duero.  
Allí Almanzor se presenta  
al frente de airoso cuerpo  
de caballería *alarabe*,  
que hizo pasar el Estrecho, (22)  
llevando, á más de sus huestes,  
que suman miles de cientos,  
las de Mérida y Medina  
y Badajoz y Toledo.  
Y apenas del alba hermosa  
asoma el primer reflejo,  
el castellano levanta  
su campo, y el agareno  
hace lo propio, y cual rayo  
desprendido de los cielos,  
ó como flecha escupida  
por el arco más certero,

uno y otro se abalanzan  
al contrario con estruendo.  
Carga la caballería;  
toman los infantes puesto,  
y lluvia de flechas parte  
del campo por los extremos.  
Avanzan más; su coraje  
parece volverles ciegos,  
y se retan, y se insultan,  
y se encuentran, y cubierto  
se mira, por todos lados,  
de cadáveres el suelo.  
En medio de la batalla,  
montando un potro ligero,  
sable en mano, y como atleta  
despedido del infierno,  
entre las compactas filas  
enemigas, váse abriendo  
paso, con su propia daga,  
un cristiano caballero.  
«¿Dónde está?—grita anhelante—  
¿dónde está, que no le encuentro?»  
«¡Aquí, maldecido conde!»—  
responde airado y soberbio  
el jefe de la morisma,  
al paso de aquél saliendo,  
y sin decir más palabra,  
y sin lanzar un lamento,  
se arremeten, y retiembla  
la tierra debajo de ellos.  
Héroes son los dos, bien claro  
lo demuestran al momento,  
igual ódio les anima,  
iguales son sus esfuerzos;  
mas de pronto, el rey de Córdoba  
lanza un grito de despecho  
y de rabia, al ver que mana  
sangre su costado izquierdo;  
y quiere herir, mas las fuerzas  
le abandonan, cae al suelo,  
y sigue el valiente CONDE

la muerte en pos repartiendo.  
Los moros, llenos de rabia  
al ver herido á su dueño,  
juran vengarse allí mismo,  
y hacen el último esfuerzo.  
¡Horrible choque!..... Se mezclan,  
se confunden, cuerpo á cuerpo  
luchan, cuando ya no sirven  
para nada los aceros,  
y á las locas maldiciones  
únense los juramentos  
y el crugido de las lanzas,  
y de las mazas el seco  
y rudo golpe, y del sable  
el choque, al dar con el hierro,  
y de la flecha el silbido,  
y el ¡ay! fatal y postrero  
del infeliz moribundo:  
y cuando la noche el velo  
tiende, los campos son mar  
de sangre, y en él envueltos  
yacen tendidos, exánimes  
caballos y caballeros.

El árabe y el cristiano  
maldicen que haya tan presto  
huido el sol, y pernoctan  
sobre el mismo campo, ardiendo  
en ira, y clamando á voces  
que brille pronto el sol nuevo.  
Pero ALMANZOR, de su rapto  
pasado el primer momento,  
molestado por la herida,  
y nuevos males temiendo,  
á sus caudillos convoca  
á su tienda, en el silencio  
de la noche, para obrar  
en justo y comun acuerdo.

¡Oh, desengaño terrible!....  
acuden al llamamiento  
tan pocos, que aquél exclama,  
con extraña voz, al verlos:

«Comprendo mi desventura  
 y mi derrota comprendo;  
 en el jardín del Profeta  
 moran ya los que me dieron  
 esperanzas algún día;  
 marchemos de aquí, marchemos  
 á llorar nuestra vergüenza  
 donde nadie pueda vernos.»

Y seguido de los pocos (23)  
 que al lance sobrevivieron,  
 llegó á Medina-selim  
 de Sancho García huyendo,  
 donde, efecto de la marcha  
 y del grande sentimiento  
 que le causára la rota  
 de Calatañazor, presto,  
 recrudecida la herida,  
 al diablo entregó su cuerpo.

## VI

Jóven el rey Don Alfonso,  
 pero de genio y de brío,  
 entrar proyectaba há tiempo  
 en territorio morisco.  
 Formado el plan de campaña  
 y hechos los preparativos,  
 al frente de sus legiones  
 entró en Portugal altivo.  
 Atravesó por Zamora  
 el Duero; siguió del río  
 el cáuce, talando campos  
 y conquistando castillos,  
 y al dar la vista á Viseo  
 la puso al instante sitio. (24)  
 Era por el mes de Mayo;  
 el campo, fresco y florido,  
 con sus brisas y sus flores  
 halagaba los sentidos.

---

El rey Alfonso corria  
por entre vides y olivos,  
respirando el dulce ambiente,  
solo, felice y tranquilo,  
cuando, reparando en él,  
los astutos enemigos  
le hirieron de una saeta,  
que fué á clavarse en el mismo  
corazon, sin que pudiese  
exhalar el menor grito.  
Así murió aquel Alfonso,  
á los *treinta y tres* cumplidos  
de su edad, cuando del reino  
era esperanza y delirio.



# ALFONSO VI EL BRAVO

1065—1109

## I

Apénas el rey Fernando  
bajára á la tumba fria,  
dejando en sus cinco hijos  
la corona repartida,  
cuando ya los tres varones,  
Alfonso, Sancho y García,  
terminadas las exequias  
funerarias, emprendian  
la vuelta hácia sus Estados  
con su régia comitiva,  
abrigando mil proyectos  
de ambicion y de conquista.  
Mas Don Sancho, á quien tocára  
en patrimonio Castilla,  
y que, por ser primogénito,  
creyera reinar un día  
en los vastos territorios  
de Leon y de Galicia,  
llevó á mal, ver la corona  
de tal suerte dividida,  
y disimular no pudo  
que le cegaba la envidia.  
De la muerte de su madre  
apénas tuvo noticia,  
salió contra Don Alfonso  
con sus huestes escogidas,  
y en *Llantada* sorprendióle  
con tan brusca acometida,

que maltrecho el de Leon  
por la rota y la fatiga,  
de su corcel al galope  
tuvo que fiar la vida.

Que mal lo hubiera pasado  
sin la intervencion amiga  
de Doña Urraca, su hermana,  
á quien él tanto queria,  
y que logró de Don Sancho  
aplacar la ciega ira,  
dando á las hostilidades  
término allí, el de Castilla.

Mas trascurridos dos años, (25)  
segunda vez las campiñas  
de Leon vieron sus tropas  
en son de combate altivas,  
y el rey Alfonso, ayudado  
de su hermano Don García,  
en *Volpejares* dió frente  
á la legion enemiga.

Ruda fué la accion; lidiaron  
como bravos todo el dia,  
llevando los dos ejércitos  
las católicas insignias;  
mas, al declinar la tarde,  
gallega caballería,  
que de refresco llegaba,  
con su presencia imprevista,  
decidió en pró de Leon  
el combate, y á la huida  
los castellanos se dieron,  
y ya ciegos les seguian  
los soldados, victoreando  
al rey con *hurras* y *vivas*,  
cuando este noble monarca  
les detuvo con concisa  
y veráz frase, alegando,  
en prueba de su hidalguía,  
razones, que convencieron  
á los suyos en seguida.

*< Hermanos sois, no enemigos;  
vuestra causa es una misma,  
mal que otra cosa parezca;  
dad tregua, pues, ál a ira,  
y guardadla para cuando  
la demande la morisma. >*

Generosa humanidad,  
entonces mal comprendida,  
que á quien de ella dió pruebas  
causára en breve la ruina!

Sancho sus gentes reúne  
al pié de una alta colina,  
tras la cual, el leónés  
se entrega á gozar su dicha,  
y aprovechando las sombras  
de la noche, se aproxima  
á aquéllos, y descuidados  
los sorprende y aniquila,  
apénas por el Oriente  
del sol los fulgores brillan.

Fugitivo, triste y solo  
Alfonso á *Santa María  
de Carrion* llega, y asilo  
busca en la iglesia bendita:  
mas ¡ay! allí le sorprende  
su hermano, y preso le envia  
á Búrgos, para otorgarle  
por propia mano justicia;  
y á poco, en el Monasterio  
de Sahagun, se resigna  
á renunciar la corona  
en favor del de Castilla.

## EL DESTIERRO

Caballero el rey Alfonso  
en arrogante alazan,  
cual si alas le diera el viento,  
huyendo de Búrgos va.

No llora su triste suerte,  
porque no aprendió á llorar,  
ni jura venganza airada,  
que es noble, como el que más.

Desterrado de su reino,  
sin amparo y sin hogar  
el que ciñó una corona  
y vistió manto real,  
no tiene un palmo de tierra  
donde poder descansar,  
ni quien calme su apetito,  
ni á quien pedir caridad;  
y pasa un día, y la noche  
tiende su lóbrega faz,  
y no encuentra ni una piedra  
donde su frente apoyar.

Ríndele el sueño; se apea,  
ata el corcel á un nogal,  
y sobre la yerba humilde  
el monarca duerme en paz.

Apénas el alba asoma  
le despierta el piafar  
del *bruto*, los ojos abre,  
y un grito de gozo da.

A sus plantas, prosternados  
tres caballeros están,

—«*Los Ansurez!*»—dice Alfonso  
con indecible ansiedad.

—«*Los Ansurez*»—le responden  
los tres á un tiempo;—«*que irán  
donde su rey se encamine,  
pues quieren participar  
de su vida ó de su muerte.*»

—«*¡No, por Dios!... ¿Ciegos estais?*»—

aquél les replica—«*¿dónde  
conmigo podeis hallar*

*ni ventura, ni alegría,*

*ni acaso albergue, ni pan?*»

Mas vanas son las razones  
para que vuelvan atrás:

los tres, á su rey leales,  
donde va el rey, ellos van,  
y sirviéndole de escolta  
empiezan á galopar,  
y, jornada tras jornada,  
miran cumplido su afan  
al encontrarse á las puertas  
de la gótica ciudad,  
donde el rey Alimenon  
esperándoles está,  
y les ofrece segura  
y noble hospitalidad.

### MELANCOLÍA

Todo es silencio profundo  
del moro en el regio alcázar;  
la noche es clara y serena  
y apacible y dulce el aura.  
Acosado el pobre Alfonso  
por la pena que le embarga,  
respira el ambiente suave  
asomado á una ventana  
que da á un jardin, cuyas flores  
los espacios embalsaman.

Ya la luna, al otro extremo  
del *cénit*, corre entre gasas  
de blancas nubes, y tiende  
sus finas hebras de plata,  
cuando llega á los oídos  
del desgraciado monarca,  
primero un tierno suspiro  
y luego una voz que encanta.

Párase en sus reflexiones  
ALFONSO; busca con ansia  
el lugar, de donde parte  
el himno, que le embriaga

de amor y de dicha á un tiempo,  
y logra, allá en la enramada,  
adivinar una sombra  
angelical, pura y blanca.

Mas en vano sus deseos  
pretende saciar: ¡oh, rabia!  
se lo impiden del *ciprés*  
las verdes y frescas ramas,  
que cubren enteramente  
el sér, que al *laud* arranca  
notas llenas de ternura,  
que con la voz acompaña,  
haciéndolas más sonoras  
y más dulces y más gratas.  
Y mientras Alfonso sufre,  
y mientras la noche avanza,  
y mientras la guzla suena...  
el sér misterioso canta.

Y cesó la voz..... cesaron  
los dulces ayes del arpa,  
y deslizóse una sombra  
casi al pié de la ventana,  
á tiempo que en su semblante  
un rayo de luna daba,  
á cuya luz pudo Alfonso  
ver el rostro de una dama.  
Y cerrando los cristales  
y escondiéndose en la estancia,  
arrojóse sobre el lecho  
presa de angustias su alma.

## EL CERCO DE ZAMORA

Ya Sancho, de Don García  
arrebatará tambien  
el cetro, quedando solo  
de los tres Estados rey,  
cuando pensó que era mengua,  
para monarca cómo él,

consentir un señorío  
independiente á su ley.  
Demandó á su hermana Urraca,  
en forma nada cortés,  
que Zamora le entregase  
á cambio de otra merced;  
mas, como no respondiera  
á su demanda en un mes,  
juntó tropas, y camino  
de aquella ciudad se fué.  
Acompañábale, entre otros,  
Ruy de Vivar, con su grey,  
á quien *Cid* apellidaron  
los moros poco despues.  
Los valientes zamoranos  
no perdieron su altivez  
ni desmayaron, ejércitos  
tan poderosos al ver:  
que estimando á Doña Urraca,  
á más de su hidalga prez,  
por las virtudes que diera  
á su pueblo á conocer,  
decidieron defenderse  
y dar guerra sin cuartel  
al orgulloso Don Sancho  
hasta morir ó vencer.

Reunidos los caballeros  
y puestas de guerra en pié  
las huestes, que se alistaron  
dentro del recinto aquél,  
á Arias Gonzalo eligieron  
por sus timbres y valer,  
como caudillo, homenaje  
que aceptó el noble leonés.

Comenzaron los ataques  
sin que pudiera obtener  
ventajas el castellano;  
grande era su intrepidez,  
pero era grande el denuedo  
del zamorano tambien.

Y así pasaron los días  
 y los meses, hasta que  
 decidiera al fin Don Sancho,  
 en un acceso crüel,  
 rendir la plaza por hambre,  
 como recurso postrer.  
 Estrechó el bloqueo, y ya  
 el sitiado noble y fiel  
 segura creyó la muerte  
 sin maldecir su estrechez,  
 cuando un fanático, ciego,  
 loco, sin hacer saber  
 á nadie su plan, salió  
 de la ciudad, y se fué  
 camino del campamento,  
 ginete en fiero corcel,  
 diciendo á los zamoranos;  
 «¡Animo, yo os salvaré!»

## BELLIDO DOLFOS

«Piedad, señor rey Don Sancho;  
 tened de mí compasion;  
 vengo de la muerte huyendo  
 por buscar la vida en vos.  
 Me acusan los zamoranos  
 de cobarde y de traidor,  
 porque les propuse há poco  
 una honrosa rendicion.  
 Yo evitarles deseaba,  
 os lo juro por mi Dios,  
 nueva serie de amarguras  
 y de quebranto y dolor;  
 mas, por perjuro me tienen  
 y proclaman mi traicion;  
 yo juro que he vengarme  
 si alcanzo vuestro favor.  
 Zamora tiene un portillo  
 que dejan sin guarnicion,

porque á espaldas de la villa,  
por donde declina el sol,  
yace embutido y oculto  
en mitad del murallon.  
Por él, si os place, Don Sancho,  
podeis entrar sin temor,  
y sobre el muro, orgulloso  
colocar vuestro pendon.

Así un guerrero decía,  
de rostro enjuto y feroz,  
ante el rey arrodillado  
con servil adulacion.  
Don SANCHE, en quien la prudencia  
no fué la virtud mayor,  
soñando solo en el triunfo,  
acompañado salió  
de la tienda, solamente  
del locuaz y engañador,  
que ofreciera en un instante  
satisfacer su ambicion.

Mas cuando solo en el campo  
*Bellido Dolfos* le vió,  
y hubo tomado medidas  
de exquisita precaucion,  
por la espalda, con un dardo  
á Don *Sancho* atravesó,  
sin que siquiera pudiese  
lanzar al mundo un *adios*.

La nueva de boca en boca  
pronto en el campo corrió,  
y juntos los capitanes  
decidieron á una voz,  
por el consejo del *Cid*,  
que fué quien primero habló,  
levantar el sitio al punto  
y dirigirse á *Leon*.  
En tanto, por la ciudad  
levantóse gran clamor,  
maldiciendo al que tal triunfo  
con tal infamia les dió.

## ZAIDA

Há noches que el rey ALFONSO  
no puede en calma dormir,  
y siente profunda pena  
y exhala suspiros mil.  
A los *Ansures* ha puesto  
en cuidado, y descubrir  
no logran de su dolencia  
el misterio, al verle así.

El de *Leon* disimula  
cuanto puede, su sufrir;  
pero, apénas queda solo,  
corre anhelante, febril  
junto á la misma ventana  
donde acertó á ver y oír  
á *Zaida* la linda mora;  
y mudo, estático allí  
contempla cómo sus ecos  
difunde el viento sutil,  
y cómo de luna hermosa  
se ven los rayos lucir.

Despues recoge su aliento;  
ha visto á la bella *hurí*,  
y bajo su leve planta  
siente la arena crugir.  
Tiene miedo que le vea,  
y al verle, huya del pensil,  
y se oculta hasta que pasa,  
y alza la cabeza al fin,  
y recoge, como avaro  
que ve el tesoro lucir,  
las notas que de la *guzla*  
robán dedos de marfil.

Despues brillan en sus ojos  
rayos de rojo matiz,  
y como ladron nocturno,  
ó cual mísero reptil,

se desliza suavemente  
por la pared del jardín,  
merced á escala de seda  
que se ha podido adquirir.

Posa sus piés en el suelo;  
respira, enjuga infeliz  
su frente, en fuego bañada;  
una senda, que el jazmin  
y los claveles alfombran,  
sigue; procura no herir  
la calma, que se respira,  
con sus pasos, y por fin  
llega á la orilla de un lago,  
y espera escondido allí,  
tras canastillo de flores  
que envidiára el mes de Abril.  
¿Qué busca el rey de Leon  
en actitud tan ruin?

¡Ah! frente á frente, sentada,  
reflejando su perfil  
en el lago; como ondina,  
que logra con sonreír  
quebrar el cristal, que sirve  
á sus labios de carmin  
de fiel espejo; cual ninfa,  
como encatadora huri,  
cual ídolo de sus sueños,  
como ángel del porvenir,  
contempla ALFONSO á la hermosa,  
y al contemplarla es feliz.

Y la niña, que está lejos  
de sospechar, que hay allí  
quien espía sus acciones,  
deja á veces descubrir  
encantos en su descuido,  
que solo viera el *muslin*,  
cuando cautiva la trajo,  
cual rico don, para Ali.

Y cuando el alba su manto  
 extiende de oro y zafir,  
 y esparce, desde el Oriente,  
 encantos y dones mil,  
*Zaida* se vuelve á su cárcel....  
 y el rey la escala á subir.

## EL MENSAJE

A solas con sus pesares  
 y sus ensueños se encuentra  
 el desgraciado monarca  
 dentro de su cárcel régia,  
 cuando *Ansurez* el mayor  
 anhelante á sus piés llega,  
 reflejándose en su rostro  
 la alegría más completa.

*¡Señor, señor!*—dice *Ansurez*—  
*teneis de Zamora nuevas;*  
*tomad, y plegue á los cielos*  
*que de paz y dicha sean.*—

Y un grande pliego lacrado,  
 que timbre réal ostenta,  
 le ofrece, y ábrele *ALFONSO*,  
 y al leer, sin habla queda.  
 Con estupor *Pedro Ansurez*  
 un instante le contempla;  
 luego el temor le acomete,  
 cuando aquél le hace una seña,  
 y con acentos penosos  
 le dice de esta manera:

*De mi hermana Doña Urraca,*  
*que me anuncia la violenta*  
*muerte de Sancho segundo,*  
*á quien Dios en gloria tenga.*  
*Que corra pronto á mis reinos*  
*mi buena hermana me ordena,*  
*encargándome, ante todo,*  
*el secreto con la urgencia.*  
*¿Será verdad, caro amigo,*  
*que término habrán mis penas?*

¿Podrá ser que el desterrado  
otra vez al trono vuelva?...  
—¿Por qué no? dícele Ansurez

con palabra dulce y tierna  
en que á la vez que el amigo  
la alegría se revela.—

¿Por qué no, si sois amado  
del reino todo? ¿Qué negras  
nubes el cristal empañan  
de vuestra limpia conciencia?

—¡Ah! calla, mi fiel amigo,  
no prosigas; ¡si supieras  
qué negro abismo en el fondo  
de mi corazón se encierra....!

Mas, ¿por qué tener secretos  
contigo? Escúchame y tiembla.  
Sabes que al partir de Búrgos  
dejé en aflicción inmensa

á la hermosa doña Inés,  
con quien, si la suerte adversa  
no me condenára, habria  
contraído ya á esta fecha,  
el lazo matrimonial,  
que mi dulce ilusion era.

Noble, de bello carácter,  
de virtud y estirpe egregia,  
podia, honrándola mucho,  
honrarme al unirme á ella:

pues bien; de su amor mi alma  
ningun recuerdo conserva,  
porque ha borrado su imágen  
otra imágen pura y nueva.

Todas las noches, como ángel  
que descende hasta la tierra,  
por esos jardines vaga  
una mujer hechicera,

que me enloquece y fascina....  
á la vez que me avergüenza!  
La amo, sí; la amo cual nunca  
hacerlo mi alma pudiera!

*mas sin desdoro del nombre  
de mi raza y grey leonesa;  
sin que resuene en mi oido  
de Dios maldicion eterna,  
no puedo decirla cuánto  
por su amor profano diera!*

Calló ALFONSO, reprimiendo  
su emocion á duras penas,  
y el de Ansurez, confundido,  
no acertó á alzar la cabeza.

Pasados unos instantes  
de silencio, aquél dijera:

—; Y pensar que he de dejarla  
para volver á mis tierras!

¡Que por ceñir á mi frente  
de tres reinos la diadema,  
he de ahogar esta pasion  
que toda mi vida llena....!

¡Ah! ¿Por qué, bella cautiva,  
abandonaste tus rejas,

y sorprendiste mis sueños  
cuando más tranquilos eran?

¿Por qué el brillo de tus ojos  
volcan en mi alma encendiera?

¿Por qué tu voz es el eco  
de mi esperanza más bella?

¿Por qué te ví y te miré  
y te amé desque te viera?

¿Cómo apagar este fuego,  
en que arde mi mente enferma,

sin que el frio de la tumba  
hielè la sangre en mis venas....?

Zaida, mi Zaida querida,  
si al ménos cristiana fueras,

yo trocára por tu amor  
mi corona y mis grandezas.

Y sin poder dominar  
de su corazon la pena,

dejóse vencer al cabo,  
y lloró por vez primera,

## LA MARCHA

Confundidos en abrazo  
 cariñoso y fraternal,  
 ALFONSO y *Alimenon*  
 júranse eterna amistad,  
 y de esta manera se hablan  
 nobles los dos, á cual más:

— *Ya DON SANCHO DE CASTILLA,*  
*en la fosa sepulcral*  
*descansa, y á voz unánime*  
*me manda el reino á llamar;*  
*pudiera haberme escapado*  
*de vuestro alcázar real,*  
*sin daros conocimiento*  
*de lo que sucede allá;*  
*mas, noble nací y honrado,*  
*sé lo que os debo, y á más,*  
*sin ser ingrato, no puedo*  
*ocultaros la verdad.*

*En vuestras manos teneis*  
*al que un trono va á ocupar,*  
*en cuyo escudo se ostenta*  
*la cruz de la cristiandad;*  
*disponed como gustéis*  
*de mí, señor, que mandar*  
*podeis siempre al que la vida*  
*os debe, y la honra además;*  
*pues no partiré de aquí*  
*sin que vuestra autoridad*  
*lo consienta; que un ALFONSO*  
*no ha sido ingrato jamás.*

Calló el rey, y *Alimenon*  
 contestó sin vacilar:

— *Sabía que érais valiente*  
*y honrado á carta cabal;*  
*hoy sé que sois generoso,*  
*noble, y envidia me dais.*

*De vuestro hermano sabía  
la nueva triste y fatal,  
que siempre las malas nuevas  
no se pueden ocultar.*

*Partid, partid en buen hora  
á vuestro reino, y llevad  
por donde quiera, que fueseis,  
venturas y gloria al par.*

*Solo os pido, si es que en algo,  
rey Alfonso, me estimais,  
que mientras viva mi hijo,  
que mi trono heredará,  
conserveis, cual para mí,  
estrecha y franca amistad.*

Y luego que así jurára  
la alianza conservar,  
seguido de los *Ansures*  
el rey dejó la ciudad.

## LA JURA EN SANTA GADEA

*Búrgos* ostenta primorosas galas;  
todo es en él bullicio y movimiento;  
las calles y las plazas se contemplan  
inundadas de nobles y plebeyos.  
De *Galicia* y *Leon*, y de *Castilla*,  
váse en *Santa Gadea* á jurar dueño,  
y allí acuden obispos y magnates  
y príncipes, y grandes y pequeños:  
todos, según su alcurnia y su nobleza,  
en representación de cada reino;  
todos de lo que son y lo que valen,  
á cual más, poderoso alarde haciendo.  
Son de ver las brillantes comitivas  
que van llegando al átrio del convento,  
ostentando pendones, que recuerdan  
del árabe derrotas y trofeos;  
y son de ver los trajes primorosos  
y las riquezas y el boato inmenso  
de las damas más bellas de la Corte,  
que del sol oscurecen los reflejos.

Ya las nobles princesas de Castilla,  
hermanas del monarca, descendieron  
de sus ricas literas, entre vítores  
del entusiasta y apiñado pueblo:  
ya *Ruy Diaz*, el héroe castellano,  
roja cruz ostentando sobre el pecho,  
ginete en su *Babiaca* valeroso  
y seguido de célebres guerreros,  
á duras penas consiguió las gradas  
del augusto y sagrado monasterio,  
ansiedad y alegría reflejando  
en su tostado rostro al mismo tiempo.  
La multitud se estrecha á cada instante;  
suenan clarines y timbales; luego,  
de escuadron leonés se ven los cascos  
y bruñidos escudos á lo léjos:  
un grito general hiende los aires,  
grito de gozo y de entusiasmo lleno,  
y «¡Viva el Rey!»—se escucha por do quiera,  
y «¡Viva el Rey!»—repiten miles de ecos.  
Crece la confusion y el alborozo  
á medida que avanza *Alfonso sexto*,  
y es tal la muchedumbre, que no puede  
ni dar un paso su corcel soberbio.  
Manos de nieve en todas las ventanas  
agitan blancos y ondulantes lienzos;  
nube de flores embalsama el aire,  
que, cual rico tapiz, alfombra el suelo;  
y entre los gritos de entusiasmo loco,  
con que salen las gentes á su encuentro,  
deslizase el monarca, en su semblante  
más que ventura, reflejando duelo,  
pues, mientras el corazon se regocija  
al ver las expansiones de su pueblo,  
sabe que hay en la iglesia quien le espera  
decidido á exigirle juramento;  
y áun cuando su conciencia no le acusa  
resiéntese su orgullo por extremo,  
y deja ya, contra *Rodrigo Diaz*  
que le venzan el ódio y el despecho.

Llega por fin; á su derecha marcha,  
*Pedro Ansurez*, su amigo de *Toledo*;  
 á la izquierda el obispo de *Zamora*,  
 y detrás, de leoneses y gallegos  
*Condes y Fijos-dalgos*, sus blasones  
 ostentando los pajes y escuderos,  
 con tal gracia y donaire, que se llevan  
 al punto todas las miradas ellos.

Con el lujo mundano hace contraste  
 la augusta majestad del santo templo;  
 todo en su sencillez allí es grandioso,  
 todo es triste á la vez, todo severo;  
 todo eleva el espíritu del hombre  
 á la region sublime del ETERNO.

Vanidad y soberbia, de qué sirven  
 ante las gradas de su trono excelso!  
 Sobre un sencillo altar, que cubren paños  
 de finísimo oscuro terciopelo,  
 se ven una ballesta de madera,  
 un cerrojo especial de duro hierro,  
 un romano *misal*, que por el Cristo  
 precisamente se contempla abierto,  
 y una espada desnuda, la *Tizona*  
 del Cid, en armonía todo puesto.

Cuando ALFONSO y su corte se presentan  
 ya de las naves religiosas dentro,  
 del altar á los lados se colocan,  
 según su rango, en pié los caballeros.

Adelántase el Cid, toma la diestra  
 del monarca orgulloso, y con acento  
 solemne, que resuena entre las bóvedas  
 como en la inmensidad la voz del trueno,  
 «¡Arrodillaos!»—dice: y cae de hinojos  
 el de Leon humilde y en silencio:  
 aquél prosigue:—«*Ante el Señor bendito*  
*jurad, por estos santos Evangelios,*  
*por vuestro nombre y por la gloria excelsa*  
*de vuestro padre, que en el vil suceso*  
*de Don Sancho no hubisteis parte alguna*  
*ni pagásteis su muerte á ningun precio.»*

«*Amen,*»—dijo el monarca con voz ronca, pero segura y firme—«*¡por los cielos, que ántes la vida propia me arrancára que abrigar tan infame pensamiento!*»

Un grito de entusiasmo brota al punto de los labios de todos; pero un gesto del de *Vivar* el órden restablece, y queda todo en sepulcral misterio. Segunda vez repite sus palabras; repítelas también el rey, de nuevo, y por tercera y última, le exige que pronuncie el sagrado juramento; y cuando así lo logra, hace que presten doce de sus vasallos igual *pleito*, proclamándole, al fin, REY DE CASTILLA, del entusiasmo general en medio.

## DESPEDIDA DEL CID

En un lujoso aposento de la capital de *Búrgos*, cuyas paredes ostentan nobles blasones y escudos, ante un sillón recostada y teniendo al lado suyo dos niñas, cual dos luceros, que dieran envidia al mundo, yace la noble *Jimena*, retratándose el orgullo de ser esposa del *Cid* en su rostro hermoso y puro. De pronto, suena en la puerta un golpe seco, y robusto doncel en ella aparece con semblante taciturno.

—«*Mi Rodrigo, ¿qué te pasa que así te veo de mústio.....?*»—

dice la dama, fijando sobre sus ojos los suyos.

—«*¿Qué ha de pasarme? que el hado será siempre mi verdugo:*

*el rey Alfonso no olvida  
 que en Santa Gadea tuvo  
 que prestar su juramento  
 de mi tizona en el puño,  
 y hoy me destierra, porque hoy  
 que fuera mi rey, me plugo.  
 Adios, Jimena del alma;  
 adios, hijas, que yo os juro  
 conquistar para vosotras,  
 si cien mundos hay, cien mundos.  
 Seguido de mis parciales  
 y deudos, que no son muchos,  
 contra el moro hoy mismo parto  
 y sin despecho ninguno,  
 por mi REY y por mi PATRIA,  
 sin descanso, fiero, rudo,  
 animoso, he de lidiar  
 hasta labrar mi sepulcro.»*

Dijo; y besando la frente  
 de aquellos ángeles, luto  
 en su corazón sembrando,  
 salió de la estancia al punto.

## CONQUISTA DE TOLEDO

Muertos el rey *Al-Mamun*,  
 y su hijo en edad temprana,  
 subió al trono de Toledo  
 el príncipe *Muley-Yáhia*.  
 Educado en la molición,  
 en el odio y en la crápula,  
 á más de ser débil, era  
 de negra y feroz entraña.  
 El rey Alfonso, ya libre  
 de la promesa empeñada,  
 pasó con sus valerosos  
 soldados el Guadarrama,  
 y entró en las fértiles tierras  
 que el famoso Tajo baña.

El rey moro, que comprende  
el riesgo que le amenaza,  
toma, para su defensa,  
las medidas necesarias;  
mas Don Alfonso no duerme  
ni sosiega ni descansa;  
colocando va sus tropas  
en redor de la montaña,  
donde orgullosa se asienta  
Toledo, cual nido de águilas.  
Pasan dias y más dias,  
y semanas tras semanas,  
y la ciudad no se rinde  
y los cristianos se cansan;  
pues tras del combate, el sitio  
no les ha dado ventajas.  
Pero un dia corre ansioso  
á la tienda del monarca  
el obispo Fray Cipriano  
de Leon, que le acompaña,  
y con acento solemne,  
y con frases inspiradas,  
le cuenta un sueño que tuvo  
antes de romper el alba,  
en el cual San Isidoro,  
entre nubes de oro y grana,  
se le apareció, ofreciendo  
la rendicion de la plaza  
—si en el cerco perseveran—  
al cumplirse dos semanas.  
Corre por el campamento  
la nueva; préstale alas  
el entusiasmo, y á poco  
el contento y la algazara  
hacen olvidar las penas  
que el sitio á las tropas causa.  
Y mientras esto sucede  
en el campo, hasta el alcázar  
llegan en tumulto airados  
cientos de gentes, y claman

porque termine la lucha  
y se dé al cristiano entrada.  
Y Yáhia se ve vencido,  
porque el apoyo le falta  
principal, para hacer frente  
al peligro que le amaga.  
Que es siempre el amor del pueblo,  
para un rey, la salvaguardia,  
y ¡ay, del rey que sacrifica  
ese amor por otras causas!  
Llega el término fijado  
por Cipriano, y á las plantas  
de Alfonso, una comision  
de las gentes toledanas  
llega, homenaje le rinde,  
proposiciones entabla,  
y al fin, sin más condicion  
que la de abrir puerta franca,  
los de Toledo suscriben  
y vencidos se declaran.

## LA VIRGEN DE LA ALMUDENA

### I

Yáhia, el moro de Toledo  
de crueldad harto notoria,  
á su pueblo esclavizaba  
con maldad escandalosa.  
Aterrados sus vasallos  
de sus aventuras locas,  
cuando frescas aún estaban  
de su padre las victorias,  
al rey Alfonso acudieron  
en actitud respetuosa,  
pidiéndole les cubriera  
con su amistad protectora.  
Anhelaba el rompimiento  
ALFONSO, porque ambiciona  
aumentar sus propios timbres  
con los timbres de sus glorias:

y ordenando un llamamiento  
general para sus tropas,  
se dispuso á la campaña  
con prontitud asombrosa.  
Ordenes dió á los de *Avila*,  
*Valladolid* y *Segovia*,  
para que acudiesen presto  
de *Mad-gerit* á la toma. (26)  
Mas los tercios segovianos,  
retrasados muchas horas,  
porque hicieran las nevadas  
su marcha un tanto penosa,  
sublevaron al monarca  
de tal suerte y de tal forma,  
que al irle á pedir sus jefes  
alojamiento, con cólera  
les respondió: «*Si quereis  
dar descanso á vuestras tropas,  
en Mad-gerit os aguardan  
moradas harto suntuosas.*»  
Los caudillos ofendidos  
en su soberbia y su honra,  
juraron que al otro dia  
pondrian la órden por obra;  
y cuando el campo cristiano  
iluminaba la aurora,  
y se aprestaba á la lucha  
que consideraba próxima,  
en la puerta de la *Vega*  
ondeaban las banderolas  
segovianas, y la cruz  
de *Jesús* majestuosa. (27)  
Don ALFONSO entró en la villa  
con la más severa pompa,  
seguido de sus guerreros  
y de mucha gente mora,  
que cansada del tiránico  
poder, y de las monstruosas  
crueldades de su *califa*,  
de *Toledo* huyó gozosa.

## II

Corre de Noviembre el mes,  
es del año el *mil ochenta*,  
y á grandes copos la nieve  
va tapizando la tierra:  
el frío intenso la sangre  
del más valeroso hiela.  
¡Ay del mísero cautivo  
que suspira entre cadenas!  
Triste es la noche y sombría,  
no luce ninguna estrella;  
á lo léjos, del relámpago  
los fulgores centellean,  
y en la inmensidad vacía  
los ecos del trueno ruedan.  
*Madrid* duerme con el sueño  
de la inquietud, aunque velan  
del famoso *Cid* las gentes  
bien provistas y resueltas.  
Pero el moro no se aviene  
á que el rey ALFONSO tenga  
la llave de toda España  
en su poder, y se apresta,  
lo que perdió por descuido,  
á recuperar por fuerza.  
Aun no salió de *Toledo*  
ni lanzó el grito de guerra;  
mas el de *Vivar* es hombre  
que sorprende á la sorpresa,  
y ni duerme, ni descansa,  
las noches pasando en vela,  
por si el engaño ó la astucia  
hacerle traicion pudieran.  
A la luz de las antorchas,  
que siniestramente humean,  
cual si alumbráran cadáveres  
de la reciente refriega,  
se ve un grupo de cautivos

junto al cubo, que sustenta  
los dinteles murallados  
del *portillo de la Vega*.  
A pesar del frío que hace,  
y á pesar de la tormenta,  
y de la nieve que cae,  
y del vendabal que reina,  
trabajan los pobres moros,  
desnudos de brazo y pierna,  
por reponer las murallas  
que en la batalla cayeran  
á los golpes del *ariete*,  
y otros ingenios de guerra.  
De pronto, el gran cortinon  
del muro, junto á la *puerta*  
se derrumba y lleva el pánico,  
con su estruendo, por do quiera.  
Cunde por los arrabales  
exagerada la nueva,  
y los vecinos se esconden,  
y gritan las mujerzuelas,  
y los soldados acuden,  
al eco de las trompetas,  
donde suponen que el moro  
orgullosa se presenta.  
Mas ¡oh, maravilla! en vez  
del enemigo, se encuentran,  
sobre un pilar, construido  
de blanca y pulida piedra,  
una imágen de la *Virgen*,  
que majestuosa se ostenta  
como en alcázar divino  
formado de oro y de perlas.  
Escondida en lo profundo  
de un cubo, al venir á tierra  
el murallon, descubrióse  
alhaja tan santa y bella;  
y de hinojos adorando  
aparicion tan excelsa,  
los cautivos enmudecen,  
los cristianos no hallan lenguas

con qué ponderar el fausto  
 suceso; cunde la nueva,  
 y todo Madrid acude  
 á venerarla y á verla.  
 Con gran pompa y aparato  
 á la hermosa *Virgen* llevan  
 á la cercana mezquita,  
 convertida ya en *iglesia*,  
 donde se la rinde culto  
 desde entonces, y á do llegan  
 los desgraciados, ansiosos  
 de hallar alivio á sus penas.  
 Y crece la fé y cariño,  
 y la devocion aumenta,  
 y á todos amor inspira  
 la *Virgen de la Almudena*.

## AMORES REALES

*«Zaida, mi Zaida querida,  
 de mis sueños la ilusion,  
 yo que morir ya contaba  
 sin confesarte mi amor,  
 soy tan dichoso, que rompo  
 las rejas de tu prision,  
 y nueva vida de encantos  
 con la libertad te doy.»*

Así dijo el rey ALFONSO  
 cuando á *Toledo* llegó  
 y la ciudad hizo suya,  
 difunto ya *Alimennon*.

*Zaida*, que no comprendia  
 lenguaje tan seductor.  
 porque jamás sospechára  
 del monarca la pasion,  
 es fama que al verse libre,  
 de esta suerte replicó:

*«Aláh te premie, cristiano,  
 por tu generosa accion,*

*y en sus cielos de oro y perlas  
te guarde el sitio mejor.*

*Besen tu frente las brisas  
que embalsaman su mansion,  
y de la hurí en dulces brazos  
al arrullo encantador,  
logres la eternal ventura  
que pudiera anhelar yo.*

*Goces en su Paraíso  
te dé el Profeta, señor,  
que bien merecen tus actos  
dichosa compensacion;  
y pues la vida me das  
al darme libertad hoy,  
haz que á Sevilla me lleven,  
donde en profunda afliccion  
acaso llora un anciano  
de su hija el deshonor.*

*Allí tengo tres hermanas,  
bellas las tres como el sol,  
puras cuanto puede serlo  
el aroma de la flor,  
dichosas, cuanto yo he sido  
infortunada hasta hoy:  
las tres quizá me maldicen  
oyendo la maldicion  
de mi padre, que no sabe  
lo que á su Zaida pasó,  
y que diera su corona  
por no perder el honor.*

*Mas yo llegaré anhelante  
á sus plantas, y en mi voz  
y en el brillo de mis ojos,  
verán de mi corazon  
el reflejo, y retratada  
la virtud en mi rubor,  
y la pureza en mi frente,  
y en mis labios la expresion  
de un alma vírgen, que nunca  
ante el vicio vaciló.*

*Yo les diré que en Toledo,  
 esclava de Alimenon,  
 ni me rendí por sus dádivas  
 ni por sus frases de amor,  
 y que arrogante he vencido  
 su criminal intencion  
 cuantas veces intentára  
 turbar mi triste dolor;  
 que mal pudo ser amado  
 quien de su lado me hurtó,  
 labrando, con mi desdicha,  
 de mi familia el baldon.»*

Calló Zaida, y á las plantas  
 del rey ALFONSO cayó,  
 besando cien y cien veces  
 sus piés, con febril ardor:  
 asida luego á sus manos  
 en él sus ojos clavó  
 con tal ternura y tan viva  
 y generosa expresion,  
 que turbado, hubo los suyos  
 de volver, y los volvió,  
 por no humillarse ante ella,  
 descubriendo su emocion.  
 Que es fama que el rey ALFONSO  
 tiene en mucho el esplendor  
 de su nombre, y sabe á veces  
 dominar su corazon.  
 Mas ¡ay! la herida, que abriera  
 en él el vivo fulgor  
 de aquellos divinos ojos  
 que como luceros son,  
 en vano cerrar intenta,  
 pues cada dia es mayor  
 y más profunda y más grande.....  
 no tiene ya curacion!  
 Pocos dias trascurridos,  
 en Toledo circuló  
 la nueva de los amores  
 de Zaida y el de Leon:

mas ya *Isabel* se llamaba,  
que ante el verdadero Dios  
gustosa abjurado habia  
de su fé y su religion,  
al saber la triste suerte  
del padre, que la engendró.  
Y..... caprichos de la humana  
existencial.... En la region  
que bate el *Simóun* violento  
con su soplo destructor,  
muerto de hambre y sed, al mundo  
daba su postrer adios  
*Aben-Abed*—que en *Sevilla*  
por largo tiempo reinó,—  
en el instante que *Zaida*,  
su hija, con cristiana unción,  
de *Jesús* ante las aras  
juraba sagrado amor  
al rey Don ALFONSO *sexto*  
que vida y honra la dió.

## BATALLA DE ZALACA

Tal espanto han infundido  
entre toda la morisma  
los triunfos de Don Alfonso,  
que *Aben-Abed*, de *Sevilla*  
comisiona embajadores  
cerca de *Jucéf*, califa  
de Marruecos, cuyo imperio  
invencible y grande brilla,  
des que los almorabides  
hicieron de él su conquista.  
Pídele el moro andaluz  
—desconociendo su ruina,—  
que le ayude con sus huestes  
contra Alfonso de Castilla,  
y *Jucéf*, que no ambiciona  
otra cosa, porque ansía  
extender su poderío  
áun entre su raza misma,

pasa con los africanos  
el Estrecho, y Algeciras  
contempla de nuevas tropas  
legion inmensa y lucida.

Con tan formidable ejército  
á Badajoz se encamina,  
donde ya Alfonso le espera  
con sus legiones há dias.

Encuéntranse los ejércitos  
del Guadiana en las orillas,  
y en los llanos de Zalaca (28)  
entablan sangrienta liza;  
los moros cejan un poco  
á la primer embestida,  
y casi en fuga les pone  
bizarra caballería.

Jucéf, que léjos del campo  
se encuentra, tiene noticia  
de la rota, que amenaza  
á las legiones moriscas,  
y al mando de *Abú-bekir*  
pone su guardia escogida,  
dándole secretas órdenes,  
que al punto se reúlan.

Váse el moro hácia las tiendas  
donde la cristiana insignia  
ondea, y aprovechándose  
de la escasa infantería  
que las guarda, porque entraron  
todos en la lid maldita,  
degüella á los caballeros  
que los *reales* defendían,  
les pone fuego, y en breve  
se convierten en cenizas.

Alfonso, sobrecogido  
por las llamas, que le indican  
la catástrofe, pretende  
dar luégo á su campo vista;  
mas cercado por completo  
y con una grave herida,

al brio de su caballo  
 su cara existencia fia.  
 ¡Zalaca, odiosa Zalaca!  
 nombre de triste mancilla,  
 bien pronto el rey Don Alfonso,  
 á quien la desgracia anima,  
 sabrá borrar el recuerdo  
 de tu infausto y negro día,  
 haciendo morder el polvo  
 á las huestes berberiscas.

### ROTA DE UCLÉS

El anciano Alfonso sexto  
 débil y enfermo se hallaba,  
 llorando á su quinta esposa  
 que entrañablemente amára,  
 cuando supo que *Tenún*,  
 gobernador de Granada,  
 hácia el castillo de Uclés  
 con sus huestes caminaba.  
 Fuera su primer impulso  
 ceñirse casco y coraza,  
 pero sintió que á la sangre  
 sus fuerzas ya no igualaban;  
 que su brazo se rendía  
 solo al peso de la lanza,  
 y además era en la cõrte  
 su presencia necesaria.  
 Llamó entõnces á su hijo,  
 que diez años no contaba,  
 y poniéndole al amparo  
 del noble conde de Cabra:  
 «Vê tú;—le dijo—á probarte  
 en el fragor de las armas;  
 lleva mis bravos guerreros  
 en socorro de la plaza,  
 y, con tu presencia, honra  
 de tu padre y rey las canas;

que los tronos se conquistan  
en los campos de batalla,  
y al cariño de los pueblos  
se conservan y se ensanchan.  
Corre, Sancho, á la pelea,  
castellanos te acompañan,  
y con decir castellanos,  
para su nobleza, basta.

Y vos, conde Don García,  
pensad que os entrego mi alma,  
y no olvideis que aquí queda  
su padre deshecho en lágrimas.  
Su suerte será mi suerte;  
su desgracia mi desgracia,  
y ántes el cielo me falte  
que yo falte á mi palabra.»

Dijo el conde, y con el príncipe  
salió, y á poco dejáran  
la ciudad, marchando al frente  
de las tropas castellanas.

Tenún, con presteza suma,  
las huestes puso emboscadas;  
y cuando aquéllas llegaron,  
de improviso y por la espalda  
acometieron, haciendo  
en ellas crúel matanza.

En balde su ardor probaron,  
que, al principiar la batalla,  
muerto de Sancho el corcel,  
cayó el niño al suelo: en rabia  
y en ira el conde García  
ardiendo, olvida que manda  
el ejército cristiano;  
y cual si sólo pensára  
en la suerte de su príncipe,  
y no en seguir la jornada,  
echa pié á tierra; le cubre  
con su cuerpo; ante su daga  
mortalmente cae herido  
el que se atreve á alcanzarla,  
y así lucha largo tiempo  
vendiendo su vida cara.

Le rodea la morisma,  
«*Ya no hay salvacion*»—exclama,  
y cogiendo entre sus brazos  
al niño, el conde de Cabra,  
se bate como una fiera,  
mientras del hierro le guarda;  
mas cuando mano traidora  
la existencia le arrebatara,  
se deja quitar la suya,  
sin intentar conservarla,  
cumpliendo así el juramento  
que al rey Alfonso prestara.  
Con él, á la par murieron  
seis condes de altiva raza,  
y cientos de castellanos  
de los que envidia la fama.



En el ánimo del rey  
tal pesadumbre infundiera  
la noticia, que, mesándose  
las canas de su cabeza,  
maldijo su propia vida,  
su poder y sus grandezas,  
envidiando del mendigo  
la miserable existencia.  
Desde aquel día, no hubo  
hora tranquila y serena  
para corazón tan noble,  
cuya fama se extendiera  
por los ámbitos del mundo  
pregonando sus proezas.  
Triste pasaba los días,  
triste las noches enteras,  
luchando con el recuerdo  
de la jornada sangrienta,  
que nunca se perdonara  
tan abominable empresa,

pues de la muerte del hijo  
le acusaba la conciencia.  
Y agobiado por el llanto  
y el peso de tal idea,  
fué á sepultar en la tumba  
su infortunio y su tristeza,  
dejando tras de su nombre  
la gloria imperecedera.  
Las conquistas de Toledo  
y de Madrid y de Cuenca  
laureles son, que envidiaron  
los monarcas de su época,  
páginas, que en letras de oro,  
la historia patria conserva.

# ALFONSO VII EL EMPERADOR

1126—1157

## LA TORRE DE CASTELLAR

### I

En Castellar ha logrado  
el astuto aragonés  
encerrar á doña Urraca  
y al niño Alfonso á la vez:  
el *batallador* guerrero  
saborea con placer  
la victoria, y se contempla  
de media España hecho rey;  
pero en sus dorados sueños  
de ambicion y de poder,  
robándole la alegría  
un negro fantasma ve.  
Germina en su mente loca  
un pensamiento cruel:  
lucha constante una idea  
en su corazon tambien,  
y más de una noche, ciego,  
delirante, va á caer  
sobre el sillón blasonado  
que tiene del lecho al pié,  
mesándose los cabellos,  
maldiciendo su honra y ley,

renegando de su nombre  
 y de su sangre despues.  
 «Ese niño».....— con voz ronca  
 y llena de amarga hiel,  
 murmura entre dientes,— «*puede*  
*mi único obstáculo ser;*  
*mañana, cuando le vean*  
*los castellanos doncel,*  
*le aclamarán entusiastas*  
*como á su señor y rey;*  
*y no es lo mismo luchar*  
*en contra de una mujer,*  
*que de un moro, cuando el nombre*  
*de su abuelo ostenta fiel....*  
*¡Ah! de la madre y el hijo*  
*en breve me desharé,*  
*que si la cárcel no basta,*  
*un verdugo puede haber.»*

Y así pasando las noches,  
 y así olvidando su prez,  
 en insomnio continuado  
 vivia el aragonés.  
 Doña Urraca, que entre tanto  
 via las horas correr  
 sin que nadie osar llegára  
 de su prision al dintel,  
 llena de espanto y zozobras  
 por su hijo llegó á temer,  
 y dióse á pensar el modo  
 de salvarle en su niñez.  
 Solo á su lado tenia  
 la nodriza, que de aquél  
 fuera la segunda madre,  
 — como en efecto lo fué—  
 y descubriéndola el triste  
 presentimiento cruel,  
 dijola con voz doliente,  
 pero serena á la vez:  
 — «*Sancha, mientras que declina*  
*el sol á ló lejos, ¿ves*  
*las negras nieblas que empañan*  
*del cielo el azul dosel?*»

No sé porqué tengo miedo,  
 ¡ay, Sancha! no sé porqué  
 las lágrimas á mis ojos  
 se agolpan..... ¿quieres creer  
 que he soñado, que esta noche  
 me robára no sé quién  
 al príncipe, nuestro hijo,  
 y á verle no volveré?.....»—

Un grito dió la nodriza  
 deespanto; cayó á los piés  
 de la ilustre prisionera,  
 y con voz llena de fé  
 y de esperanza, la dijo:

—«Señora, dejadme hacer  
 del príncipe lo que quiera,  
 y al punto le salvaré?»

—«¿Será cierto?»

—«Yo os lo juro.»

—«¿Pero qué piensas hacer?»

—«Yo no estoy presa, señora,  
 y puedo escapar con él.»

—«¡Oh! corre, corre y no tardes;  
 auxilio el cielo te dé.»

Y besando al tierno infante  
 una y otra y otra vez,  
 con esos besos, que sólo  
 las madres pueden tener,  
 se le volvió á la nodriza  
 diciéndola:—«Tuyo es;  
 con él mi vida te entregol»

—«Señora, os la volveré.»

Y salió, á la par que entrando  
 el de Aragón descortés,  
 sorprendiera en doña Urraca  
 una mortal palidez.

En vano pidió respuestas  
 á sus labios el infiel,  
 y la causa de su duelo  
 insistiera en conocer;  
 temerosa, la infelice  
 á mentir no acertó bien,

denunciáronla los ojos,  
y supo el verdugo leer.

## II

*«¡A mí! pajes y escuderos,  
no demoreis la llegada,  
al que más pronto viniere  
le daré cuanto anhelára.»*

Así el de Aragon decia,  
asomado á una ventana,  
por la que viera á lo léjos  
cuál la nodriza se salva,  
miéntras en fatal letargo  
permanece doña Urraca.  
De Castellar, los guerreros  
sobresaltados se lanzan,  
y casi en tropel pretenden  
llegar á la régia estancia;  
mas el rey coge al primer  
balletero que llegára,  
y con voz, que la ira enciende,  
dícele aquestas palabras:

*—«¿Ves allí, cerca del rio,  
que en flores el campo esmalta,  
por negro manto cubierta,  
una mujer que se escapa?»*

*—«Sí.»*—despues de unos instantes  
el rudo mancebo exclama.

*—«Pues afina tu ballesta,  
y si la flecha la clavas  
en sitio, que me asegure  
tu certera y diestra maña,  
pide y tendrás cuanto quieras;  
mas si errares..... tú la pagarás.»*

*—«Allá va»*—dice el guerrero,  
y sale la flecha airada,  
y pasa un segundo, en que ambos  
denuncian terribles ánsias,  
y..... *«¡Calló!»*—el soldado grita,  
y se sonríe el monarca.

Pasados muy pocos días,  
y cuando en la misma estancia  
con el dolor de la madre  
el verdugo se gozaba,  
llegó un paje, precediendo  
á un personaje de extraña  
vestimenta, que en sus manos  
un pliego depositára,  
sobre el que, en sellos, se ven  
del Pontífice las armas.  
Ligera nube sombría  
la frente del rey empaña,  
y brilla en la de su esposa  
rayo de luz y esperanza.  
Rompe aquél el pergamino  
con la punta de su daga,  
y á penas leyera el texto,  
profiere un grito de rabia.

—*«Por nulo mi matrimonio  
aquí, la Iglesia declara.  
¡Maldicion!.... que de su herencia  
vuelva el todo á Doña Urraca.  
Esto el Pontífice dice,  
y esto me ordena haga.  
Aquí mando yo, que mande  
en sus Estados el Papa!»*

Y despidiendo al legado  
con descorteses palabras,  
rompió el pliego, profiriendo  
maldiciones y amenazas.

Mas ya la nueva de Roma  
corria por toda España;  
castellanos y leoneses  
se levantaron en armas,  
y los nobles de Aragon,  
temiendo inmensas desgracias,  
del *Batallador* lograron  
vencer la fiera arrogancia,  
y en libertad y en su trono  
se vió otra vez doña Urraca,

á tiempo, que de su hijo  
en Santiago celebraban  
los valerosos gallegos  
la coronacion sagrada,  
y orgullosa fallecía  
la pobre y valiente Sancha,  
que, herida y todo, á la postre  
salvar al niño lograra.

## II

En el castillo del *Muño*, (29)  
el noble conde de Traba  
y doña Mayor, su esposa,  
al niño Alfonso guardaban,  
desque la pobre nodriza  
su adios al mundo lanzára,  
cuando algunos caballeros,  
con los dos hermanos *Arias*,  
en son de guerra se alzaron  
en la gallega comarca.

Y rodéando el castillo,  
y merced á viles mañas,  
en él penetrar pudieron  
y arrebatár á mansalva  
al príncipe, que Galicia  
por rey y señor jurára.  
Pero don Diego Gelmirez,  
á pesar de su sagrada  
investidura, trocando (30)  
la púrpura por las armas,  
en contra de los facciosos  
juntó hueste tan bizarra,  
que éstos hicieron entrega,  
ántes de dar la batalla,  
de presa de tal valía;  
y allí, do corren las aguas  
del *Ulloa*, que se esconde  
entre juncos y espadañas,

en una escondida aldea,  
que *Cesurez* se llamaba,  
todos los grandes del reino  
juraron concordia santa,  
dando tregua á los rencores  
que há poco les animaban.  
Mas ¡ay! que turbóse en breve  
otra vez la dulce calma;  
y cuando todos veian  
renacer las esperanzas,  
nuevas discordias civiles  
por do quier luto sembraban.  
¡Qué más! la traidora envidia  
que á cuanto toca lo mata,  
y todo lo agosta y seca  
en donde pone la planta,  
supo abrir profundo abismo  
de duda y desconfianza  
entre el jóven Don Alfonso  
y su madre Doña Urraca.

Era por los tristes tiempos  
cuando Don Pedro de Lara  
en relaciones estrechas  
con su noble soberana,  
diera que hablar, por desdicha,  
á gentes desocupadas,  
por ambicion y por cálculo  
segun la pública fama:  
y cuéntase, que aún muy niño  
Alfonso, á su madre amada  
el esplendor de su nombre  
y su trono recordára.

Es lo cierto, que la reina  
la murmuracion villana  
tuvo que acallar, uniéndose  
en matrimonio al de *Lara*;  
y de entonces comenzaron  
las diferencias infaustas  
entre hijo y madre, que fueron  
de muchos disgustos causa,

y ensangrentaron los campos  
de las provincias cristianas.

Si otro rey, que el niño Alfonso  
en tales riesgos se hallára,  
Dios sabe qué hubiera sido  
de su trono y de su patria!  
Combatiendo por un lado  
del de Aragon las mesnadas;  
luchando á la vez brioso  
con las huestes castellanas,  
y reprimiendo facciones  
dentro de su misma casa,  
supo abatir la soberbia  
de todos, dándose maña  
para hacer su monarquía  
noble, grande, respetada,  
merced al heróico apoyo  
y lealtad y constancia  
del obispo de Santiago  
y el digno Pedro de Traba.

### BODAS REALES

Con gran regocijo el reino  
de Castilla y de Leon  
celebra las reales bodas  
de su invicto emperador;  
que difunta Berenguela,  
con quien primero casó,  
y cuyas raras virtudes  
de su patria orgullo son,  
toma por razon de estado,  
quizá más que por amor,  
nueva esposa, en Doña Rica,  
hija del que á la sazón  
era duque de Polonia  
y absoluto dictador.

Al mismo tiempo, la infanta  
Doña Sancha, en casta union  
con el de Navarra presta  
juramento ante su Dios;

y Soria, donde ambas bodas  
tienen santificacion,  
ostenta sus ricas galas,  
lo florido y lo mejor  
de Navarra, de Castilla,  
Cataluña y Aragon.

Ocho dias en el reino  
la fiesta réal duró,  
haciendo, á cual más, las villas  
de su lujo ostentacion;  
y tanta fama cobrára,  
que por el mundo corrió  
como un acontecimiento  
de extraordinaria mencion.

Luis séptimo, rey de Francia  
por entonces, á Leonor  
repudiára, avergonzado  
de su liviana pasion;  
y como á saber llegára  
que del noble emperador  
la hija segunda, modelo  
era de virtud, pensó,  
que siendo tal y tan bella  
nunca casára mejor.

Un mensajero, en su nombre,  
al rey de Castilla envió,  
y éste, consultando ántes  
de Constanza el corazon,  
pues aunque sabe que gana  
con tal enlace alto honor,  
anhela más de su hija  
la dicha, le contestó:  
*«que siendo gustosa ella  
no le ponía objecion.»*

Con respuesta tal, á Francia  
el mensajero volvió,  
y á poco tiempo, seguido  
de una vistosa legion,  
en la ciudad de Toledo  
el rey Luis se presentó.

¡Qué de fiestas y funciones!...  
El castellano su ardor  
en el torneo luciera;  
el moro su precision  
en la sortija; en las cañas  
el francés también jugó;  
y en medio del alborozo  
y del popular clamor,  
solo un grito repetíase,  
solo se oía una voz:  
«¡Viva la reina de Francia!  
¡la hija del Emperador!»

## EL TORNEO

### I

Junto á la márgen del rio  
que lame la altiva cuesta,  
donde la imperial *Toledo*  
sus fuertes muros ostenta,  
casi besando las aguas  
del *Tajo*, donde reflejan  
sus verdes hojas las flores  
que engalanan la pradera,  
una empalizada se alza  
que vasto *circo* semeja,  
formado por estandartes,  
gallardetes y banderas.  
Pintado muro de lienzo  
el perimetro rodea,  
para evitar el bullicio  
y las miradas ajenas;  
y dando vista á la puente  
de *Alcántara*, abiertos deja  
dos anchurosos portillos,  
que tablas macizas cierran.  
En el interior, seis gradas  
que forman vistosa rueda,  
ofrecen cómodo asiento  
á las toledanas bellas;

y un poco más elevada,  
frente por frente á las puertas,  
se alza en lugar preferente,  
una elegante platea,  
ricamente engalanada  
con ramos, flores y sedas,  
donde se ostentan, bordadas  
en oro y en finas piedras,  
con las armas de Castilla,  
las que á Francia representan.  
Apiñada muchedumbre  
todos los espacios llena,  
y si dentro hay miles de almas,  
millones de almas hay fuera.  
Lucen joyas y aderezos  
las damas de la nobleza,  
y sus ojos diamantinos  
las que otras galas no llevan;  
y los nobles caballeros  
y los hidalgos no encuentran  
entre tantas hermosuras  
la más leve diferencia.  
Dos horas há que en silencio  
admirándolas, esperan,  
y ya de esperar cansados  
quieren mostrar su impaciencia,  
cuando á lo lejos se escucha  
el rumor de las trompetas,  
y los ecos de mil vítores  
que los espacios atruenan.  
Abrense de par en par  
los portillos, y penetra,  
en medio de la algazara  
y la confusion más densa,  
un ginete, que en la silla  
de su negro potro y riendas,  
de colorines bordadas,  
las reales insignias lleva  
y ¡Plaza al emperador!  
grita con voz ronca y hueca,  
que la multitud repite  
desenfrenada y contenta,

á tiempo que un movimiento  
general al circo inquieta;  
y cual las olas del mar  
que riza el viento, se observa,  
donde los ojos se fijan,  
un oleaje de cabezas,  
que indica bien á las claras  
la curiosidad que reina.

Y á compás de los clarines  
y de las trompas guerreras,  
vistosa caballería  
por los dos portillos entra,  
en cuyos cascos bruñidos  
los rayos del sol reflejan,  
y de cuyas largas picas  
rojos banderines cuelgan.

Siguen despues en dos haces,  
ostentando sus ballestas  
los unos, y otros las mazas  
cuajadas de puntas férreas,  
los peones castellanos  
y las huestes leonesas;  
van detrás los mesnaderos  
y pajes de la grandeza,  
y luego los *ricos-homes*  
con sus túnicas de fiesta,  
y sus escudos en alto,  
y sus pendones de guerra.

Y por fin, tras un soberbio  
escuadron, que casi lleva  
ocultos sus alazanes  
bajo las mantas de seda,  
aparecen cien esclavos,  
que montan robustas yeguas,  
y en sus rostros se ve el tinte  
de las africanas tierras.

De pronto, como el zumbido  
de repentina tormenta,  
un aplauso prolongado  
en el recinto resuena;

los caballeros sus gorras  
de pluma alzan en la diestra,  
y de las damas, los blancos  
pañuelos al aire ondean.

*Aquel es Alfonso,—dice,  
señalando á su pareja,  
un rubio mozo que tiene  
al lado gentil mozuela.—*

*«El emperador es éste,  
y la emperatriz aquélla.*

*Aquél es el rey de Francia,  
y á su lado va la reina.»*

Así murmuran los jóvenes,  
y los viejos y las viejas.

*«¡Qué hermosa está!»—Dicen ellos.*

*«¡Y qué apuesto es!»—Dicen ellas.*

En estos y otros rumores  
entretiénense las lenguas,  
mientras se ve colocarse  
á la comitiva régia  
en el lugar de antemano  
destinado para ella.

Y en medio de él, en cogines  
de terciopelo, se sientan  
los reyes; mujeres y hombres  
con sus ojos largan flechas,  
y á las curiosas miradas  
pronto los lábios contestan:

*«¡Qué hermosa está!»—Dicen ellos.*

*«¡Y qué apuesto es!»—Dicen ellas.*

*«Aquél es el rey de Francia.*

*Aquélla jóven la reina:*

*ya se han casado, y por eso  
en su honor se da la fiesta.»*

## II

Disimular su impaciencia  
la muchedumbre no puede,  
y en desaforados gritos,  
al fin, estalla la plebe.

Como en órden de combate,  
al pié de la valla, véense  
dos lucidos escuadrones  
de unos cuarenta ginetes,  
divididos en dos bandos,  
que se miran frente á frente.  
Fórmase el uno de nobles  
castellanos y leoneses,  
forrado de hierro el cuerpo,  
cual si á la guerra partiesen;  
componen el otro, hidalgos  
navarros y aragoneses,  
que ciñen, cual los primeros,  
armaduras de igual temple.  
Todos llevan la visera  
calada, y la lanza tienen  
en ristre, como esperando  
un ataque de repente,  
y todos lucen sus bandas  
sobre las cotas y arneses,  
éstos de amarillo raso,  
aquéllos de rasó verde.  
Pasado un rato de espera,  
en que piafan los corceles,  
demostrando la impaciencia  
en que abundan sus ginetes.  
suena un clarín de combate  
en el *circo*, y de repente  
á la vez los escuadrones,  
como fúrias, se acometen.

¡Que es ver cual los fieros potros  
airados el polvo muerden,  
cómo caen, se levantan  
y á caer en tierra vuelven!  
¡Que es ver cómo se confunden  
y se agitan y retuercen,  
con habilidad pasmosa,  
los serenos combatientes!  
¡Que es ver cuál chocan sus lanzas  
sobre los limpios arneses,  
y rotas en cien pedazos,  
cual flechas, los aires hienden!

¡Que es ver, por fin, cuando en tierra  
herido el caballo tienen,  
á pié firme, con el hacha  
furiosos acometerse,  
hasta que hecha la señal  
oportuna y conveniente,  
á recoger van los lauros  
de las entusiastas gentes;  
pues todos con fé y arrojo  
pelearon de igual suerte:  
que todos son españoles,  
y bravos por consiguiente.

Mas ¡ay! que sobre la arena  
se ven restos inocentes  
y mutilados despojos  
de los que hallaron la muerte;  
y es que al lado de la fiesta  
va la desventura siempre,  
y el más osado y más diestro  
suele sucumbir á veces.

## TOROS Y CAÑAS

Pasados unos instantes  
de silencio y de descanso,  
por uno de los portillos  
y ensordeciendo el espacio  
con sus mugidos, penetra  
un toro arrogante y bravo.  
Párase en medio del *circo*,  
á las gentes contemplando,  
cual si ostentacion hiciera  
de su estampa y de su garbo;  
y sobre petro de raza  
sale luego paso á paso  
á lancéarle dispuesto  
un mancebo castellano.  
Llega hasta él con arrojo,  
que infunde á todos espanto,  
y le reta con la punta  
de la lanza, pero en vano;

la fiera inclina humillada  
la cerviz, y con el casco  
de sus piés remueve el piso,  
mientras se va retirando.

Mas de pronto, cual la flecha  
que se dispara del arco,  
arranca, y el caballero  
muestra su potente brazo,  
humillándola á las plantas  
de su soberbio caballo.

Tres veces repite el juego  
sin que saque un arañazo,  
y tres veces le saludan  
estrepitosos aplausos.

Tras él, prueban su destreza  
guerreros, mozos y ancianos,  
que en las *zambras* de los moros  
estas fiestas admiraron,  
y un caballero francés  
del rey *Luis*, fiel vasallo,  
á quien inspira la envidia  
de los extranjeros lauros,  
pide á su señor licencia,  
que al punto le otorga ufano,  
para probar que hay en *Francia*  
quien puede hacer otro tanto.

Sobre la arena del *circo*,  
ginete en corcel tostado,  
aproxímase á la fiera  
con gentil desembarazo;  
más ¡ay! con tan mala suerte,  
que caballero y caballo  
son por aquélla al instante  
en las astas paseados.

Cae aturdido el ginete,  
el potro muerto á su lado;  
y ya el toro se dispone  
á recoger al incauto,  
en medio de un grito horrible  
que exhalan todos los labios,

cuando el primer caballero  
que con el toro ha jugado,  
corre á su encuentro, detiene  
á la fiera de un lanzazo,  
y al extranjero recoge,  
y al vuelo le saca en salvo.  
Un aplauso atronador  
suena; febril entusiasmo  
á las gentes acomete;  
todos á estrechar la mano  
del salvador se apresuran;  
los hombres le dan abrazos  
y las mujeres envidian  
no hacer ellas otro tanto.  
El emperador le manda  
que se descubra al contado;  
hácelo así, y las gentes  
contemplan al veterano  
*Martin Gonzalez*, alcaide  
y señor de *Hita*: agasajo  
el rey *Luis* le otorga; y dáse  
el festin por terminado:  
que no acabára, cual otros,  
con sangre, por un milagro.  
Pasados algunos dias,  
á sus Estados tornaron  
el rey de Francia y su esposa  
seguidos de sus vasallos,  
yendo á visitar primero  
el sepulcro toscó y santo  
donde se guardan los restos  
de nuestro apóstol SANTIAGO.

## DIAS DE GLORIA

Veinte años el rey ALFONSO  
aún cumplidos no tenía,  
cuando difunta su madre  
Doña *Urraca de Castilla*,

en la ciudad de *Leon*  
recibiera pleitesía  
de prelados y magnates  
y de ciudades y villas,  
que á mandar se apresuraron  
representacion legitima.

Solo *Gonzalez de Lara*,  
con parcialidad exígua,  
apoderado en la córte  
del alcázar, resistia

la obediencia, preparado  
á una lucha fratricida.

En vano el conde don *Suero*  
y *Gelmirez* pretendian,  
con su influencia notoria,  
matar la ambicion indigna  
del que encender anhelaba  
nueva discordia en *Castilla*.

A sus oficios patrióticos  
respondió aquél con altiva  
imprudencia, *que si el rey*  
*la fuerte plaza queria,*  
*fuese por ella, que en ella*  
*le esperaban con codicia*  
*los que la enseña rebelde*  
*izada al viento tenian.*

Supo ALFONSO la respuesta,  
más con desden, que con ira;  
y organizando sus tropas  
contra la hueste enemiga,  
salir, y humillar su audacia  
obra fué de un solo día.

Desde entónces, ni un momento  
de reposo halló su vida;  
ora combatiendo al moro,  
con la más tenaz porfia;  
ora de los *portugueses*  
acallando la avaricia;  
ya enfrente del de *Aragon*  
para recobrar las ricas  
ciudades, que arrebatára  
á su madre, en tristes días;

ya batiendo al de *Navarra*;  
ya, en fin, ahogando la hidra  
del feudalismo ambicioso  
que en el interior bullía,  
ni paz dió al cuerpo, ni tregua  
al brazo, ni desceñida  
vió mucho tiempo la cota  
que en las batallas vestía:  
batallas rudas, sangrientas,  
do en contra de la morisma,  
en sus doce expediciones  
á la hermosa Andalucía,  
botin inmenso lograría,  
á más de grandes conquistas,  
con que extendiera los límites  
de su vasta monarquía.  
Más léjos, seguramente,  
á llevar sus armas iba,  
cuando la *Parca* traidora  
cortó el hilo de su vida;  
pues jóven aún, y al frente  
de sus tropas aguerridas,  
léjos de la córte y léjos  
de su amorosa familia,  
murió, cual muere el soldado,  
con la coraza ceñida. (31)



# ALFONSO VIII EL DE LAS NAVAS

1158-1214.

## I

Apénas Alfonso octavo  
salió de la niñez,  
comprendió cuán dolorosa  
su misión debía ser.  
En mano de los señores,  
que recibieran merced  
del rey Don Sancho, su padre,  
las villas de más valer  
y los murados castillos  
se hallaban: guerra cruel,  
miserable y fratricida  
sostenían, y su grey  
huérfana de buen gobierno,  
clamaba en vano por él.  
Por donde quiera tendía  
sus ojos el joven rey,  
bandera de rebelión,  
cuadrillas de mal jaez,  
tercios indisciplinados,  
podía tan solo ver;  
y luego, como fantasmas  
evocados por Luzbel,  
traidores en todas partes  
luciendo su avilantez;  
hidalgos que parecían  
de tal nombre carecer;

señores que embriagados  
por la avaricia y la sed  
de mando, no se cuidaban  
de cumplimentar la ley.  
Grandes que en todos los actos  
mostraban su pequeñez,  
y *pequeños* que sin freno  
se daban á Lucifer,  
vendiendo su brazo al oro  
y á vil infamia su piel.  
Todo era luto y miseria,  
hambre, duelo y desnudez,  
baldon, vergüenza, ignominia  
y rencores por do quier.  
Solo un Alfonso pudiera  
tamaño mal contener,  
y para su eterna gloria  
tuvo Castilla tal rey.

## II

## ¡EL DIA DE ALARCOS!

El rey de los Almohádes,  
con un poderoso ejército  
de bárbaros, se propuso  
pasar un dia el Estrecho;  
y apenas entrára en Córdoba,  
gozosas se le reunieron  
las tropas de Andalucía  
con sus caudillos más diestros.  
Sabedor el castellano  
de la tempestad, que al reino  
amenazaba, tenía  
sus soldados bien dispuestos  
para entrar en el combate  
más tenaz y más sangriento:  
pero débil por el número,  
y á fin de evitar el riesgo,  
con los reyes de Navarra  
y Leon puesto de acuerdo,

solo aguardaba sus huestes,  
cuando el feroz agareno  
se presentó de improviso,  
más que arrogante, soberbio.  
No era hombre el rey Alfonso  
á quien infundieran miedo  
ni el número del contrario,  
ni de la muerte el espectro:  
mucho anhelaba tener  
á su lado, los guerreros  
navarros y leoneses,  
que su ayuda le ofrecieron;  
pero, viéndose retado,  
quiso contestar al reto,  
ántes de infundir sospechas  
de que esperaba refuerzos.

—«*¡Morir nos toca!*»—exclamó,  
dirigiéndose á los tercios  
que ansiaban teñir en sangre  
la punta de sus aceros.—  
«*No se diga, castellanos,  
que hemos dudado un momento:  
ántes la muerte mil veces,  
ántes el martirio horrendo,  
que humillarnos á esa turba  
de bárbaros extranjeros.*  
*¡Sus! y á la lid, mis valientes;  
Castilla y Santiago, á ellos!*»

Dijo; y cual rayo que cruza  
los espacios; como el viento  
que destroza y aniquila  
cuanto se opone á su encuentro,  
salió al escape, seguido  
de sus ginetes, blandiendo  
ya la daga, ya la lanza  
con duro encarnizamiento.  
Tres veces la carga diera  
y tres veces sostuvieron,  
á pié firme, los muslines  
un choque tan violento;

rota la línea enemiga,  
 por fin, á la cuarta vieron,  
 y *Abu-Yáhia* cayó entonces  
 de un bote de lanza, muerto;  
 pero ¡ay! á la vez que ALFONSO  
 iba ganando terreno,  
 los infantes castellanos  
 por *Senanid* casi envueltos,  
 desesperados luchaban  
 faltos de armas y de aliento.  
 En vano ALFONSO el peligro  
 afrontára con denuedo:  
 sobre él cargaron de pronto,  
 nuevas tropas, de aire fiero.  
 Y despues de ver sembrado  
 de cadáveres el suelo, (32)  
 tuvo que tomar la vuelta  
 del camino de *Toledo*.  
 Y cuando en la corte entrára,  
 al ver los brillantes cuerpos  
 que en auxilio suyo iban,  
 su tardanza maldiciendo,  
 con descorteses palabras  
 los despidió de su reino,  
 y á los reyes, sus aliados,  
 les dijo con ronco acento:  
 —«Solo sufrí la derrota,  
 y solo llorarla quiero.»

## III

## LAS NAVAS DE TOLOSA.

Al pié del Muradal, en cuyos picos  
 osténtase la nieve todo el año,  
 llenas de fé, de ardor y de esperanza  
 las huestes españolas acamparon.  
 De subir á la cima, con los suyos,  
 encargóse Don Diego Lopez de Haro,  
 con Don Sancho Fernandez, Martin Nuñez  
 y otros valientes jefes castellanos.

Junto á Castro Ferral, sobre una altura,  
prevenidos los moros encontraron,  
y el choque fué sangriento, porque todos  
eran, á más de rencorosos, bravos.

Vencido, al fin, el árabe soberbio  
bajó la cumbre, é intentára en vano,  
al asomar la luz del nuevo dia,  
recobrar el terreno abandonado.

¡Inútiles esfuerzos! Largas horas  
luchó el muslin con su destino aciago,  
una vez y otra vez, y diez y ciento,  
cuantas quiso atacar, fué rechazado.

Conociendo su error, y de natura  
en las fuertes murallas confiando,  
limitóse á reunir todas sus huestes  
del escabroso puerto al duro paso:  
desfiladero estrecho, donde apénas  
á entrar de frente osáran dos caballos,  
y de defensa fácil y segura

cuanto fuera el ataque temerario.

¡Horrible situacion! En grave apuro  
se halló el potente ejército cristiano,  
viendo, desde la cima de los montes,  
de la *Bética* rica el fértil campo,  
cual sábana de flores extenderse  
y perfumar de aromas el espacio;  
viendo alzarse las tiendas enemigas,  
sus ricos pabellones ostentando,  
y bullir y agitarse, en son de triunfo,  
aquella nube de orgullosos bárbaros,  
y no poder bajar á la llanura  
sin manifiesto riesgo de ser pasto  
de la venganza y cólera, en que arde  
el rey *Muhamad*, que le contempla ufano,  
gozándose feroz con la victoria

que asegurada juzga entre sus manos.

Reunidos en consejo los caudillos  
de la cruz, hubo algunos que opinaron  
volver á las llanuras de la *Mancha*,  
nuevo camino á su ambicion buscando;

pero, al temor de ser ante su pueblo  
sin piedad de cobardes motejados,  
decidieron buscar honor y gloria  
de la segura muerte entre los brazos.  
En tan crítico instante, cual del cielo  
aparicion divina, al castellano  
presentóse un pastor, que por la suerte  
de su sagrada causa interesado,  
le marcó nuevo y fácil derrotero  
entre breñas y riscos y peñascos,  
oculto del muslin á las miradas,  
por el cual descender pudiera al llano.

Y pasó DON ALFONSO de *Castilla*  
con los ilustres reyes sus aliados,  
y vencido el peligro, ante los ojos  
del audaz enemigo estupefacto,  
plantó sus reales con tranquilo aspecto  
su cólera y rencor desafiando,  
sin temor al peligro que le cerca,  
ni pensar en las fuerzas del contrario.

Burladas de *Muhamad* las esperanzas  
de contener las huestes del cristiano  
en el desfiladero, que su tumba  
hubiera sido sin aquel milagro,  
y en cólera rugiendo, la batalla  
presentan los ginetes africanos,  
ansiosos de saciar su fiero encono,  
de la sagrada cruz en los soldados.

El rey ALFONSO, entonces más prudente,  
que lo fuera otra vez al pié de *Alarcos*,  
comprende que su gente necesita,  
tras marcha tan penosa, algun descanso,  
y no contesta al reto, ni tampoco  
al nuevo sol se mueve de su campo  
por ser dia festivo, en que la Iglesia  
celebra sus misterios sacrosantos.

Pero apenas la luz de nueva aurora  
de oro y azul refleja en los espacios,  
los ecos del clarin, que á la lid llama,  
resuenan por los valles y collados.

Y á la febril agitacion del moro  
igualala la del noble castellano,  
y en una y otra parte se ven presa  
los guerreros, de bélico entusiasmo.  
Forma sus tropas DON ALFONSO, y forma  
las suyas el caudillo mahometano;  
pericia militar los dos demuestran,  
actividad igual demuestran ambos.  
Se coloca en el centro el de Castilla;  
en la derecha pone al rey navarro,  
y da al aragonés el ala izquierda  
y la vanguardia al incansable *Haro*.

En rico pabellon de grana y oro  
*Muhamad*, en su adarga reclinado,  
se dispone á seguir, de la batalla,  
cual mero espectador, los lances varios;  
rodéale su guardia berberisca,  
y ante su vista extiéndese á lo largo  
su numeroso ejército, que inunda  
la campiña, cual rio desbordado.

Una vez á la lucha prevenidos  
contémplanse un instante los contrarios,  
se adelantan, se retan y se chocan,  
á tiempo que del sol los rojos rayos,  
rasgando los oscuros nubarrones  
que flotando se ven por el espacio,  
asoman en el cielo, y se reflejan  
en un mar de turbantes y de cascos.

Con ímpetu feroz los dos ejércitos  
se acometen; los gritos de entusiasmo  
resuenan, á la vez que tristes ayes  
de muerte, de dolor, rabia y espanto:  
hienden los aires, con rumor confuso,  
trompas, tambores, hombres y caballos,  
y despide el alfanje damasquino  
chispas, al encontrarse al toledano.  
¡Qué horrible batallar! ¡Cuánto ardimiento!  
¡Cuánto heróico valor! Y cuán mermado,  
desde el primer momento de la lucha,  
ve su poder el moro sanguinario!

Aquí y allá, montones esparcidos  
de restos y cadáveres humanos  
denuncian el teson, con que defiende  
su odiosa causa el árabe fanático:  
aquí y allá, por donde quier se miran  
en sangre tintos los feraces campos,  
sangre que presta al arrogante moro  
nuevo valor y arrojó extraordinario;  
y cuanto más el español avanza  
más enemigos salen á su paso,  
que no parece ya sino que brotan  
del seno de la tierra sus contrarios.  
Ya cejan, ya se embisten, ya vacilan,  
ya cobran nuevo ardor, ya están cercados,  
ya libres otra vez, de nuevo retan  
al que pensó un instante derrotarlos.

Así, indecisa la victoria vaga  
del uno al otro valeroso bando,  
hasta que ALFONSO su preciosa vida  
poniendo á tiro de cualquier villano,  
se arroja en medio de la osada turba  
blandiendo el hacha con acierto tanto,  
que alfombra de cadáveres, va altivo,  
ante los piés de su corcel dejando.

*Don Rodrigo, arzobispo de Toledo,*  
que la cruz de Jesús llevara en alto,  
siguele, de guerrero y de valiente  
como el mejor caudillo, pruebas dando;  
y al ver aquella enseña tan gloriosa  
vacila á su pesar el mahometano,  
y aunque la envuelve en nubes de saetas,  
no recibe la cruz el menor daño.

En tal momento, su furor redoblan  
*Don Pedro de Aragon* y el rey *Don Sancho,*  
y deshechos los moros andaluces  
á la fuga se dan con loco espanto.

Los berberiscos ven sus escuadrones  
víctimas á la par de horrible estrago,  
y huyen tambien, dejando á su caudillo  
al valor de sus negros entregado.

En balde *Muhamad* su honor invoca  
y á morir les incita como bravos.....  
¿Quién resiste el feroz y ráudo empuje  
del huracan, sin ser hecho pedazos?  
Maldice el *almoháde* su destino,  
monta el primer corcel, que encuentra á mano,  
despavorido huye, y le siguen todos,  
en confuso tropel, llenos de espanto.  
Entonces brilla en el azul del cielo,  
de vivas luces despidiendo rayos,  
una cruz, semejante á la que ostenta  
en su diestra el obispo toledano,  
y cuando en alas de la gloria vuelven  
á encerrarse en sus tiendas los cristianos,  
apena echan de ménos un guerrero,  
casi todos están vivos y salvos.  
Y piensan que en lo recio del combate  
luchó por ellos su patron *Santiago*,  
y mellóse el acero del muslime  
entre los férreos pechos castellanos.  
*¡Milagro!*—dicen con fervor creciente;  
en los aires repítese *¡Milagro!*  
y el mundo todo, á proteccion divina  
juzga se debe el triunfo del cristiano.  
Satisfecho con él, el rey ALFONSO,  
del inmenso botin, que ha conquistado,  
reparte los despojos solamente  
entre el aragonés y entre el navarro,  
sin dejar á los suyos más que el timbre  
de victoria tan grande, y el dictado,  
para sí, *de las Navas*, con que eterno  
su nombre graban los anales patrios.

## IV

Despues de dar varios dias  
de regocijo á sus tropas,  
mientras *Muhamad* en festines  
olvidaba su derrota,  
y en el haren consumia  
sus fuerzas y su deshonra,

ALFONSO rindió los fuertes  
de Vilches y de Tolosa;  
tomó á Baños y Bæza,  
puso cerco en toda forma  
á Ubeda, donde quedaron  
los restos de la orgullosa  
y fugitiva legion  
de las Navas, y con honra  
y ricos los tres aliados  
dieron fin á su espinosa  
campaña, y hácia sus reinos  
volvieron con nuevas glorias.  
Mas DON ALFONSO, anhelante  
de abatir la régia pompa  
del muslin, y que odio eterno  
jurára á su raza odiosa,  
salió de nuevo á campaña  
muy pronto, y en breves horas  
rindió á Dueñas y á Alcaráz,  
villa entonces muy famosa;  
en las tierras de Jaen,  
con sus armas victoriosas  
entró, y Alcalá la Real,  
Bailén, Cuevas y cien otras,  
abatieron en sus muros  
la vencida enseña mora.

## V

## RAQUEL

Triste escasez á Toledo  
por entonces afligiera,  
y numerosas familias  
del hambre víctimas eran,  
cuando ALFONSO, que lo supo,  
á su corte dió la vuelta,  
para que su suerte, igual  
á la del vasallo fuera,  
Y aquel guerrero atrevido  
que en arriesgadas empresas  
de su valor y ardimiento  
ha dado ya tantas pruebas;

aquel severo soldado  
 que ha curtido en la pelea  
 su corazon, donde solo  
 fiero corage se encierra,  
 corriendo de casa en casa  
 al desgraciado consuela,  
 y da al hogar alegría  
 tan solo con su presencia.  
 Calma el dolor del hambriento,  
 y á la tímida doncella,  
 y al tierno y mísero infante  
 que huérfano se contempla,  
 acoge caritativo  
 cual ángel de fé en la tierra;  
 y hasta con sus propias lágrimas  
 suele secar las ajenas.

A hora en que la natura  
 adormecida se encuentra,  
 y el silencio de las tumbas  
 en todas partes impera,  
 tras el dintel misterioso  
 de una casa pobre y vieja,  
 que se levanta en el fondo  
 de escabrosa callejuela,  
 óyese un ¡ay! lastimero  
 que el alma de ALFONSO hiela,  
 cuando á la sazón pasára,  
 por delante de la puerta.  
 Párase el Rey, y un segundo  
 clamor á sus oídos llega,  
 y luego tristes suspiros  
 y despues amargas quejas.

—«¿Quién vive aquí?»—dice al page  
 que á corta distancia lleva.

—«Raquel, la hermosa judía,»  
 respetuoso aquél contesta.

—«¿Vive sola?»—

—«Con su padre.»

—«¿Y en qué el hebreo se emplea?»

—«En préstamos á los pobres:  
 es un avaro que encierra

*en sus arcas más tesoros  
que pueden guardar las vuestras.»*

—«Entonces, no será el hambre  
lo que motive esas penas,  
que denuncian los suspiros  
que á nuestros oídos llegan.»

—«¡Quién lo sabe!.... ¡Es tan avaro!....»

—«Y ¿quizás morir consienta  
á su hija?.... Si así fuese  
morir ahorcado le hiciera.  
Probemos.»

—«Ved, mi señor,  
que es profana esa vivienda.»

—«A un cristiano no hay ninguna  
en donde el dolor se alberga.»

Y poniendo fin al diálogo,  
dió tres golpes en la puerta  
con el puño de su daga;  
al instante abrióse aquella,  
y dando al fiel escudero  
várias órdenes secretas,  
entró solo, ántes que nadie  
reconocerle pudiera.

En un mezquino aposento,  
cuyo ajuar, solo miseria  
al primer golpe de vista  
del curioso representa,  
tendido en humilde lecho,  
un viejo, de barba lüenga,  
apergaminado rostro  
y sucia y calva cabeza,  
exhala el postrer suspiro  
de su mísera existencia,  
á la luz pobre y mezquina  
de mal velada linterna.  
Dé pié, con los ojos fijos  
en el rey, sin darse cuenta  
de cómo entrado allí habia  
sin ella abrirle la puerta,  
yace una mujer hermosa  
y tan jóven como bella,

en cuyo rostro y figura  
todas las gracias se ostentan.  
Negras como sus pestañas  
y cual los ojos que velan,  
son los sedosos cabellos  
que por sus espaldas cuelgan,  
más finas que el alabastro  
y más blancas que la cera.  
Viste túnica, ceñida  
con cordones de oro y seda,  
que más descubre, que guarda  
sus formas puras y angélicas.  
Brilla en su marmórea frente  
de la virtud el emblema,  
y con sus labios convida  
á dicha y ventura eternas.  
Mirala ALFONSO, y no pueden  
sus ojos dejar de verla:  
asombro y temor le causa  
tan peregrina belleza,  
y solo al ver que es preciso  
que á la medrosa doncella  
explique de cualquier modo  
su inesperada presencia,  
rompe el silencio, y la dice  
con frase melosa y tierna:  
—«Perdonad si aquí importuno  
un noble corazón llega,  
y culpád á vuestros ayes  
si el verme os causare pena,  
que ellos son los que me han hecho  
llamar antes á esa puerta,  
y veros y amaros, casi  
desde el punto en que os viera.  
—¡Ah, Señor!—interrumpióle  
la hermosa niña;—que os duela  
mi situación tan amarga.....  
dad al pensamiento tregüa,  
y respetad este asilo  
en donde la muerte reina.  
—¡La muerte!....

— *Ved ese anciano,  
¿su rostro nada os revela?*

— *¡Ha muerto!*

— *Murió hace poco,  
cuando escuchasteis mis quejas.*

— *¿Y ha muerto de hambre?....*

— *De frío.*

— *¡De frío!.... ¿Tan pobre era?*

— *Pobre, porque no mermaba  
en un escudo sus rentas;  
rico, porque de oro y joyas  
tiene sus arcas repletas.*

— *¿Y cómo vos consentisteis  
que sin abrigo muriera?*

— *En vano quise las llaves,  
con que su tesoro encierra,  
arrancarle; no creyendo  
morir, las guardó secretas;  
y cuando vió que le iban  
abandonando las fuerzas  
quiso hablar y ya no pudo  
en vano agitó la lengua;  
en vano con sus miradas  
pretendió darme las señas  
donde las guardaba, ocultas  
á las miradas ajenas;  
con las llaves dar no pude,  
las arcas de hierro eran.....  
¿Qué hacer?.... Horrible agonía!  
¡qué noches, señor, tan negras!»  
Y agobiada por el duelo,  
y en mar de llanto deshecha,  
con frases entrecortadas  
siguió la linda doncella  
de la vida de su padre  
contando la hora postrera.  
Y el rey, absorto, embebido  
en la relacion aquella,  
dejó nacer en su mente  
una ilusion dulce y nueva;*

y cuando la luz del día  
despertaba su conciencia,  
ya en su corazón reinaba  
*Raquel*, la preciosa hebrea.

---

Amores son pasajeros  
los que forja la ilusión,  
que no es obra de un instante  
abrasarse en casto amor:  
algun tiempo, entre las redes  
de *Raquel*, el rey pasó,  
seducido por las gracias  
de su rostro y de su voz.  
Mas de generosas miras,  
y de noble corazón,  
no era fácil que rindiera  
ante un capricho su honor;  
y bien pronto el castellano  
de su sueño despertó,  
volviendo á ser lo que fuera  
al frente de su nación.  
Hechizos mil la judía  
le opusiera con primor  
para retardar más tiempo  
su heroica resolución,  
que era heroico libertarse  
de genio tan seductor  
y joya de tal valía;  
pero ALFONSO se venció  
á sí propio, y al olvido  
relegando su pasión,  
supo demostrar al mundo  
que aun, en su falta mayor,  
y hasta en sus debilidades,  
para ser grande nació.  
Y ordenando á sus guerreros,  
bajo el cristiano pendón,  
en busca de nuevos lauros  
contra el árabe marchó,

saliendo, con nuevos brios,  
nuevo ardimiento y teson,  
á los campos de batalla  
desde el campo del amor.

## VI

Ha tiempo la idea noble  
Don Alfonso acariciaba  
de armar contra el sarraceno  
toda la region cristiana;  
resuelto á llevar á cabo  
empresa que tanto halaga  
á su ardimiento guerrero,  
como á la fe de su alma,  
con el rey de Portugal  
una entrevista prepara  
en la ciudad de Plasencia,  
para obtener su alianza,  
y de acuerdo establecer  
las bases de la campaña.  
Mas en mitad del camino,  
en una aldea ignorada, (33)  
acometido de pronto  
por enfermedad extraña,  
bajó al sepulcro en dos dias,  
cuando en edad se encontraba  
de ornar, con nuevos laureles,  
su sien, y honrar á su patria  
con nuevas glorias, que hicieran  
mayor su envidiable fama.  
De luto vistió Castilla,  
y en Aragon y en Navarra  
los más valientes soldados  
vertieron copiosas lágrimas,  
que solamente al anuncio  
de noticia tan infausta,  
acudiera á su memoria  
el recuerdo de *las Navas*.

## ALFONSO IX EL VALEROSO

1188—1230

Mientras daba ALFONSO octavo  
gloria al castellano trono,  
las gradas del de *Leon*  
subia el noveno ALFONSO:  
y así como aquél mostraba  
su bélico ardor al moro,  
éste probado tenía  
en los combates su arrojo,  
y soñaba con la gloria  
de ir mermando poco á poco  
un poder tan arrogante,  
que era del cristiano aprobio.  
En la ciudad de *Carrion*,  
con régia pompa y decoro,  
gustoso armó caballero  
el rey de Castilla á ALFONSO,  
y la flor de la nobleza,  
y los caballeros todos  
de los dos reinos hermanos,  
y aun extranjeros famosos (84)  
hicieron con su presencia  
más solemne y ostentoso  
el acto, en que el leónés  
dió al castellano sus votos.  
Allí mismo, entrambos reyes  
juraron retar al pronto,

en combate decisivo,  
al musulman orgulloso;  
y en breve salieron juntos  
con sus soldados heróicos,  
y en tierra de *Extremadura*  
hicieron mover el polvo  
al árabe, cuantas veces  
se atrevió á verles el rostro.  
Cruzaron luego á *Granada*,  
dando la vuelta en redondo  
hácia los campos de *Murcia*,  
y siempre ambos victoriosos  
volvieron á sus Estados  
con magníficos despojos.

Por entonces, y merced  
del *Santo Padre* al enojo,  
el leonés, que adoraba  
á su esposa como un loco,  
se vió á la fuerza obligado  
á celebrar su divorcio;  
porque así se lo impusieron  
los prelados, y á más, todos  
los señores, dominados  
por el mandato apostólico:  
que era prima hermana suya  
*Doña Teresa*, y notorio  
es que no aplaude la *Iglesia*  
semejantes matrimonios.

Para calmar los pesares  
de su pecho generoso  
volvió el leonés á la guerra  
haciendo sentir su encono  
de tal suerte al africano,  
que, pisoteado y roto  
vió el pendon de su enemigo,  
tantas veces victorioso.

Tales triunfos repetidos  
conquistáronle muy pronto  
el nombre, con que la historia  
le proclama VALEROSO:

mas por desdicha, escuchando  
la voz de sus ambiciosos  
vasallos, volvió sus huestes  
del árabe territorio,  
para entrarlas en Castilla,  
y en son de guerra, el odioso  
estandarte de discordia  
izar en los muros toscos  
de fortalezas, testigos  
un día de hechos gloriosos.

Tras leves escaramuzas,  
en que mostraron su arrojo  
por igual los castellanos  
y leoneses celosos,  
de armas, hombres y vituallas  
hicieron inmenso acopio,  
decididos los rivales  
á dar á la lucha coto  
en ruda y campal batalla,  
y ya los dos ardorosos  
ejércitos, frente á frente  
se encontraban uno de otro,  
cuando, gracias á los ruegos  
y consejos amistosos  
de los prelados y condes  
de ambos reinos, acomodo  
hallaron fácil y franco  
de deponer tales ódios.

Y merced al casamiento  
de *Berenguela* y ALFONSO,  
castellanos y leoneses  
estrecháronse con gozo  
en santa alianza, cuando iban  
quizás á hundir en el lodo,  
el recuerdo de sus glorias,  
de sus hechos más heróicos.

## EL DIVORCIO

Poco durára el contento  
de Leon y de Castilla,  
porque el nuevo matrimonio  
tampoco el *Papa* autoriza.  
En vano protesta el pueblo  
y en vano ALFONSO suplica;  
inexorable el *Pontífice*  
sostiene su negativa.

Mucho ama aquél á su esposa,  
porque de su amor es digna,  
y mucho teme tambien  
del *Santo Padre* la ira;  
y luchando entre su amor  
y la fe cristiana oscila,  
y en tamaña incertidumbre  
van trascurriendo los dias.

En tanto lleva sus armas  
á *Portugal*, y conquista  
ricas plazas, que á su paso  
convierte en monton de ruinas,  
*Extremadura* contempla  
á poco sus aguerridas  
huestes, y *Cáceres*, *Mérida*  
y *Badajoz* se le humillan.

En este tiempo, su amada  
esposa, que estaba en cinta,  
da á luz al augusto infante,  
que, andando luego los dias,  
con el nombre de *Fernando*  
nuestra Iglesia canoniza.  
Difunto su suegro ALFONSO  
sube al trono de Castilla  
su esposa, cuyas virtudes  
gloriosa fama publica;  
y más tarde, *San Fernando*  
le sucede y se realiza  
en él la union, para siempre,  
de Leon y de Castilla.

En tanto que estos sucesos  
lugar tienen, la maldita  
discordia vuelve á asolar  
nuestras fértiles campiñas;  
que la revoltosa raza  
de los *Laras* se enemista  
con la reina *Berenguela*,  
y la lucha fratricida  
estalla, con gran contento  
de la humillada morisma.  
Recrudécense los ódios,  
aumentanse las rencillas,  
merced á las tristes mañas  
de la ambicion y la envidia;  
y cuando ciñe á sus sienes  
*Fernando el Santo* la altiva  
corona, con que anhelantes  
los castellanos le brindan,  
aún se siembra la cizaña,  
aún los malvados se agitan,  
y crece, entre padre é hijo,  
la desconfianza impía.  
Mas los dos, á cual más nobles,  
en circunstancias tan críticas,  
se manifiestan; comprenden  
su error, y al par sacrifican  
un amor propio, que halaga  
sólo á la raza enemiga;  
y hacen paces y confunden  
sus huestes, y desafian  
y vencen y despedazan  
á las tribus berberiscas.  
El leónés, agobiado  
por la edad y las fatigas  
de una incesante campaña,  
creyendo tener encima  
la muerte, dirijese  
á *Santiago de Galicia*  
rindiendo santo tributo  
á la fe; mas, repentina  
enfermedad le sorprende  
en la ruta que seguía,

y fallece en *Villanueva*  
*de Sarriá* á los pocos días; (35)  
no sin dejar á la ciencia  
un monumento, que admiran  
propios y extraños, loando  
su notable iniciativa;  
la ilustre Universidad (36)  
de Salamanca, obra digna  
de un ALFONSO, y lo bastante  
para que de orgullo sirva  
á la nacion española  
andando el tiempo, y de altiva  
cuna á preclaros ingenios,  
que despues la immortalizan.

# ALFONSO X EL SABIO

1252-1284

## ESPERANZAS

Apénas pasado el luto  
de la muerte del rey Santo,  
todo es fiestas en Castilla  
y locura y entusiasmo;  
que es el príncipe querido  
de magnates y vasallos,  
y todos en él su gloria  
y su esperanza cifraron.  
Hijo del genio, protege,  
con justa y pródiga mano,  
al campeón de la ciencia,  
como al héroe del trabajo.  
Allí donde brilla el genio  
audaz dirige sus pasos,  
sin detenerse á pensar  
si es su amigo ó su adversario;  
y el judío, que anda errante  
por todo el orbe cristiano,  
su estigma crüel, terrible  
sobre la frente ostentando,  
corre ansioso ante sus plantas  
con los tesoros preciados,  
que al secreto de la ciencia  
arrancára en muchos años.

Y el árabe, que en ardiente  
fantasía arrebatado,  
dejóse llevar en sueños  
á un mundo de mil encantos,  
llega también á presencia  
del monarca castellano,  
al compás de laud sonoro  
haciendo vibrar sus cantos.  
Y así la raza guerrera,  
que fué casi palmo á palmo  
de su primitiva cuna  
la tierra reconquistando,  
descansa de sus fatigas,  
dulce tregua da á sus brazos,  
y de aquel sosiego en alas,  
remóntase á los espacios  
donde lucen los destellos  
del noble saber humano.  
Y el mismo rey, que así viste  
la armadura del soldado  
y empuña con rudos bríos  
el acero toledano,  
como maneja la pluma,  
y de entendimiento claro  
y de profundos estudios  
demuestra estar adornado,  
colócase á la cabeza  
del movimiento cristiano,  
que la senda del progreso  
va, con sus luces, marcando.  
Por eso, pasado el luto  
de la muerte del rey Santo,  
Castilla, que ya conoce  
á su príncipe ilustrado,  
arde en regocijo y fiestas  
y locura y entusiasmo.

## VICTORIAS

Pero si grande es el genio  
y el valor del nuevo rey,  
tan grande cual su valia  
su instinto ambicioso es.  
Gira anhelante los ojos  
en derredor de su grey,  
y para su empuje y brios  
el mundo mezquino ve.  
Los reyes de *Andalucía*  
reconocen tal poder  
y le rinden vasallaje  
y tributos á granel;  
que vencidos y diezmados  
por la cristiana altivez,  
tienen que doblar las frentes  
ante el victorioso rey.  
Procura entonces ALFONSO  
su grande imperio extender  
llevando la cruz sagrada  
hasta los muros de *Argel*,  
que de su padre *Fernando*  
el sueño constante fué.  
Mas la guerra de *Gascuña*  
le hace en su plan detener,  
y engriese con los triunfos  
que alcanza sobre el *francés*,  
logrando que el de *Inglaterra*  
temiendo vencido ser,  
cual cuñado le proponga,  
á su hijo Eduardo, y despues  
del matrimonio, que en dote  
la *Gascuña* se le dé.  
No ménos feliz la suerte  
se muestra propicia á él  
en la guerra, á do le arrastra  
la audacia del *portugués*;  
pues entrando sus legiones  
en el territorio aquél,

conquista el *Algarbe*, y casa  
á *Doña Beatriz* también  
con el monarca, que llega  
humillado ante sus piés.  
Grande y bella la fortuna  
le sonríe por lo quier;  
el rey de *Niebla* le presta  
acatamiento, y *Aben  
Alhamar*, el de *Granada*,  
se compromete á poner  
una legion á sus órdenes  
de la berberisca grey,  
para sujetar del todo  
á los moros de Jerez,  
que en *Arcos de la Frontera*  
se alzáran, sin comprender  
que vanos son sus esfuerzos  
en contra de ALFONSO DIEZ.  
Y cuando en sueños de gloria,  
deja su mente correr  
buscando nuevo horizonte  
á su ambicioso interés;  
y cuando piensa que puede  
su voluntad imponer  
sobre los tronos más firmes,  
de ilustre y honrosa prez,  
llega el voto de *Alemania*  
que le aclama por su rey,  
y con él sus esperanzas  
entonces cumplidas ve.

## AMBICIONES

Mucho halaga al de Castilla  
de *Alemania* la corona,  
y ya á partir se prepara,  
dejando á su digna esposa  
al frente de los destinos  
de la nacion española,  
cuando sus propios hermanos  
de repente se lo estorban,

levantando, con audacia,  
pendon de guerra en su contra.  
Al infante *Don Enrique*,  
que contra la gente mora  
de su grande bizarría  
diera pruebas bien notorias,  
colocan á la cabeza  
de las sublevadas tropas,  
ayudado por el moro  
de *Niebla*, y la gente de otras  
comarcas, que consideran  
su humillacion vergonzosa.  
Mas ¡ay! apenas divisan  
al mismo rey, que en persona  
dirige los movimientos  
de sus huestes animosas,  
entibian sus fieros ímpetus,  
y aunque á lidiar se acomodan,  
apenas les queda tiempo  
para llorar su derrota.  
Corre el rey moro vencido  
á lamentar su azarosa  
desgracia en el fondo de *Africa*,  
y á llorar va su deshonra  
el infante *Don Enrique*  
á la noble *Zaragoza*:  
mas allí reina *Don Jaime*,  
que es de España orgullo y gloria,  
y con la traicion no quiere  
ni pactos, ni ceremonias.  
Y humillado y abatido  
tiene que salvar las costas  
de la tierra, en que su cuna  
meciése un tiempo orgullosa,  
y á servicio del de *Tunez*  
tiene que poner por obra  
aquel valor, que fué un día  
de su patria ilustre honra,  
so pena de morir victima  
de la miseria afrentosa:  
que así el premio de sus faltas  
siempre los traidores logran.

## ROTA DE MARTOS

Desembarazado el rey  
de los cuidados domésticos,  
después de dejar á su hijo  
por gobernador del reino,  
encaminóse á Lyon,  
donde concilio ecuménico  
celebraba por entónces  
Clemente cuarto; y no léjos  
de su reino se encontraba  
el monarca, cuando artero  
Muhamed, el granadino,  
pactó con el de Marruecos  
alianza, y unidas de ambos  
las huestes, en ira ardiendo,  
por los campos andaluces  
entraron á sangre y fuego.  
A esta invasion repentina,  
que no esperaban por cierto  
los de Castilla, fiados  
en el pacto, que habian hecho  
quien daba honor á su trono  
el compromiso cumpliendo,  
y quien con dolo y perfidia  
se olvidára de él tan luego  
hace frente *Nuño Lara*,  
arrogante caballero  
que años ántes, contra el rey,  
cual otros nobles soberbios,  
opusiérase; y que entonces,  
de ALFONSO á la gracia vuelto,  
era *Adelantado* de Eciija,  
en las fronteras del reino.  
Y aunque eran sus fuerzas pocas,  
cual era mucho su aliento,  
y más que á la ley del número  
fiaba á Dios su derecho,  
sin contar los enemigos  
que le arrojáran el reto,

valeroso, como siempre,  
con los suyos fuése á ellos.  
¡Triste jornada! Don Nuño,  
como si tuviera empeño  
en borrar de su memoria  
la defeccion de otros tiempos,  
todo el campo recorria  
con increíble denuedo:  
aquí y allá á sus soldados  
animaba con su ejemplo;  
aquí y allá, en el peligro  
encontrábase el primero,  
y en todas partes sembraba  
de cadáveres el suelo,  
abriendo do quier camino  
con la punta de su acero.  
Mas ¡ay! á traidores golpes  
cayó su caballo muerto;  
y en pié, solo y abatido  
y cercado por completo  
de enemigos, que anhelaban  
saciar en él su despecho,  
murió, como tantos héroes  
de castellano abolengo,  
luchando mientras su brazo  
pudo sostener el hierro.  
En tanto lugar tenian  
combates duros, sangrientos,  
*Don Fernando de la Cerda*  
organizaba su ejército,  
encomendando á *Don Sancho*,  
arzobispo de *Toledo*,  
las mesnadas de *Madrid*,  
*Talavera* y otros pueblos,  
con las cuales el prelado  
salió del moro al encuentro,  
lleno de fe y esperanza  
y entusiasmo y ardimiento.  
Despues de rudas jornadas  
le alcanzó, cerca del pueblo  
de *Martos*, que se batia  
con bravura y con denuedo;

y allí animoso y valiente,  
sin dar descanso á sus tercios,  
le presentó la batalla,  
que tuvo fin bien sangriento.  
Era desigual la lucha  
que ambas partes emprendieron  
con la más tenaz porfía,  
con el más feroz denuedo.  
Pero apenas comenzada,  
fué *Don Sancho* prisionero  
de aquellos rudos salvajes,  
de sangre y horror sedientos,  
que, cual hostigados tigres,  
sobre el cristiano cayeron.  
Orgullosos con el triunfo,  
y del campo el moro dueño,  
entre los jefes musulimes  
y los de Granada árteros,  
disputábanse la gloria,  
con encarnizado empeño,  
de custodiar, con sus lanzas,  
al cautivo de *Toledo*.  
Nadie escuchaba al contrario,  
nadie cedía en su empeño,  
y todos fiar querían  
á las armas sus recelos,  
cuando *Aben Atar*, un moro  
de no grande valimiento,  
acercóse al arzobispo,  
y con el alfanje, al suelo  
echó su blanca cabeza,  
gritando con ronco acento:  
—«*Por Alá, que no es razon,  
que se maten, por un perro,  
los mejores capitanes  
de Granada y de Marruecos.*»

Sin proceder tan salvaje,  
que puso al enojo término,  
allí, sin vida, quedáran  
numerosos agarenos.

Mas la justicia divina,  
 vengando al cristiano pueblo  
 de jornada tan sangrienta  
 y de crimen tan horrendo,  
 hizo que *Don Lope Diaz*  
 sorprendiera al satisfecho  
 árabe, cuando gozaba  
 en repartirse el inmenso  
 botin, con que la fortuna  
 premió su traidor esfuerzo.  
 Y cargando con los suyos  
 el castellano guerrero,  
 rompió las pujantes filas  
 de aquel poderoso ejército;  
 y despues de arrebatarle  
 la cruz de los de *Toledo*,  
 obligóle á huir vencido,  
 y deshonorado y deshecho.

### EL REGRESO

Conocida la desgracia  
 de los guerreros de *Martos*,  
 aceleró su carrera  
 el infante *Don Fernando*  
 con las gentes, que hallar pudo  
 en un cortísimo plazo.  
 Mas ¡ay! que no bien hubiera  
 en *Ciudad-Real* entrado,  
 cuando, efecto del calor  
 de la estacion, y el cansancio  
 del camino, cayó enfermo,  
 y su mal fuera tan rápido,  
 que en pocos dias bajó  
 á la tumba, siendo amado  
 de todo el reino, y hallándose  
 casi en la flor de sus años.

Cuando nueva tan terrible  
 supo el infante *Don Sancho*,  
 hijo segundo del rey,  
 de carácter duro y bravo,

al frente de nuevas tropas  
de valientes castellanos,  
salió en direccion de *Córdoba*  
y *Sevilla*; á buen recaudo  
las plazas de la frontera  
puso, previsor y cauto,  
y decidido á cortar  
la vuelta al rey africano,  
organizó una escuadrilla,  
con la que hubiera logrado  
su empeño, si *Abú Jucéf*  
no evitára á tiempo el caso,  
retirándose á *Algeciras*,  
y huyendo precipitado.

Así las cosas marchaban  
mientras DON ALFONSO EL SABIO  
en el *Languedóc* seguia  
exponiendo al *Padre Santo*  
sus títulos y sus méritos  
y sus derechos sagrados  
á la corona imperial  
y de *Süevia* al ducado,  
sin que lograra otra cosa,  
despues de tales quebrantos,  
que volver sin la amistad  
del *Pontífice romano*.

Así fué, que á su regreso,  
por el pueblo ya olvidados  
sus méritos, sus servicios  
y hasta sus heróicos actos,  
no encontró aquella acogida  
ni aquel amante entusiasmo,  
con que volviera á la corte  
desde el enemigo campo;  
que á sus glorias sucedieran  
las de su hijo *Don Sancho*,  
y contára éste en el reino  
infinitos partidarios,  
que respetuosos, del mismo  
DON ALFONSO demandaron

la declaracion de hacerle  
su heredero, en contra y daño  
de los hijos, que vivian,  
del difunto *Don Fernando*.  
Mucho costó al rey ALFONSO  
decidirse á dar un paso,  
que era opuesto á sus designios,  
y á sus leyes tan contrario;  
pero celoso, ante todo,  
de la paz de sus Estados,  
decretó lo que pedian  
sus animosos vasallos.

### AMARGURA DEL REY

Pero ántes, cual si quisiera  
pretender nuevo favor  
de sus pueblos, á *Algeciras*  
las miradas dirigió.  
Vió en ella á la *media luna*  
acrecentar su esplendor;  
y juntando dos ejércitos,  
de ambos el mando otorgó  
al noble infante Don Pedro,  
de sus hijos el menor.  
Mas ¡ay! el hambre, la peste,  
la miseria y el atroz  
rugir del trueno, mermaron  
de sus huestes el valor,  
y por tierra y mar vencido,  
la vuelta el infante dió.

Con lágrimas en los ojos  
y oprimido el corazon,  
del desastre de Algeciras  
la nueva al rey sorprendió,  
y es fama que cuando á solas  
en su espléndida mansion,  
libre de ajenas miradas  
DON ALFONSO se quedó,

sostuvo con su conciencia  
combate duro y atroz  
el paternal sentimiento  
de su hidalgo corazon.  
—«*Es mi hijo,—murmuraba,—  
de esta desgracia el autor;  
mas, porque sea hijo mio  
¿no he de castigarle yo?*»

Así el noble DON ALFONSO,  
orgullo de su nacion,  
se entregaba á la tristeza,  
á la duda y al dolor,  
cuando acudiendo de súbito  
celestial inspiracion  
á su mente:—«*Haré justicia*»—  
con ronco acento exclamó.  
Enjugóse con la diestra  
el abundante sudor  
que por su frente corria;  
tocó un timbre, y á su son  
dos pajes se presentaron,  
rubios, como el rubio sol,  
á quienes órdenes claras  
y concisas prescribió.

Al punto de su memoria  
el desastre y el rigor  
se borran, y reclinando  
su cuerpo en muelle sillón,  
ensimismado, abstraído,  
á los estudios volvió,  
dando rienda á sus instintos  
y tributo á su afición.

Mas fué momentánea dicha  
la que entonces disfrutó,  
pues cuando más se esperaba  
de su estudio y de su amor  
á las letras, de repente  
la muerte le sorprendió.

## ¡INMORTALIDAD!

No bien DON ALFONSO EL SABIO  
este mundo abandonára,  
donde solo ingratitudes  
pudo cosechar su alma,  
comprendió toda Castilla  
el vacío, que dejaba  
quien fué superior al siglo,  
que, con su ciencia, ilustrára.  
Durante las cortas horas  
que, en su existencia agitada,  
los negocios del Estado  
libremente le dejaban,  
y robando siempre al sueño  
el reposo, en que descansa,  
á estudios los más profundos  
con ahinco se consagra.  
Entonces, por los espacios  
de la ciencia, remontaba  
su imaginación ardiente  
y su inteligencia magna.  
*«Si Dios al formar el mundo  
conmigo se aconsejára,  
mejor hubiera salido  
esa obra tan admirada»* (37).

Exclamar así solía  
el orgulloso monarca,  
á solas en su retiro,  
con su conciencia en batalla,  
cuando el sistema celeste  
de *Ptolomeo* estudiára,  
comprendiendo el gran absurdo  
que ante la ciencia encerraba.  
Entonces surgió en su mente  
la idea de aquellas *Tablas  
astronómicas*, que llevan  
su nombre; y á dobles marchas  
hizo venir del *Egipto*  
los astrónomos de fama,

que las formaron, siguiendo  
la inspiracion del monarca.  
La redaccion, grandes sumas  
exigia, mas su audacia  
venció al fin, y un monumento  
de gloria legó á su patria.  
Como escritor, dió señales  
de suficiencia no escasa; (38)  
y como insigne poeta,  
dejó sus preciosas *Cántigas*.  
Mas donde brilló su genio,  
con todas sus ricas galas,  
fué en la ciencia de las leyes,  
justas, prudentes y sabias,  
con que abrió, para su reino,  
un porvenir de esperanzas. (39)  
Aun hoy, pasados seis siglos,  
el mundo entero proclama,  
ante propios y ante extraños,  
la gloria de aquel monarca:  
aun hoy sus hechos se admiran,  
aun hoy sus obras se ensalzan,  
aun hoy sus leyes son leyes  
que rigen á toda España.

# ALFONSO XI EL JUSTICIERO

1312—1350

## MINORIDAD

Un año apenas contaba  
—cuando murió Don Fernando—  
ALFONSO ONCENO, y en Leon  
y Castilla proclamado  
fué por el pueblo, en su suerte  
y hasta en su nombre fiando.  
Tristes sus primeros dias,  
y más que tristes aciagos  
por la maldita discordia,  
para su reino pasaron;  
pues el infante Don Juan,  
y los *Laras* por un lado,  
y del otro Don Felipe  
con sus ardientes aliados,  
en lucha continua, el suelo  
de la patria ensangrentaron,  
por conseguir la tutela  
pue hábiles y expertas manos,  
aunque débiles de suyo,  
retener siempre lograron: (40)  
solo el infante Don Pedro,  
noble y valiente soldado  
en los campos de batalla  
la triste suerte velando  
de Castilla, venció al moro  
en combates arriesgados,

sin preocuparle las luchas  
de ambiciosos cortesanos,  
Su temeridad y arrojo  
al árabe amedrentaron,  
y hasta murió, como un héroe,  
dentro de su propio campo,  
en ira y coraje ardiendo  
al mirarse abandonado  
de los mismos, para quienes  
conquistára tantos lauros. (41)  
Mas ya el joven DON ALFONSO  
iba á cumplir trece años,  
y huérfano de su madre  
y de su abuela, á quien tanto  
debió el reino, por las prendas  
de que Dios la hubo dotado,  
celoso de dar sosiego  
á sus sufridos vasallos,  
y castigar la codicia  
de los nobles castellanos,  
para convocar las Córtes  
tuvo suficiente ánimo,  
así que el dorado cetro  
empuñó con fuerte mano.

## MAYOR EDAD

De Valladolid las Córtes,  
entre vítores y aplausos,  
la mayor edad de ALFONSO  
discutieron y juraron,  
sin que cesáran por eso  
las turbulencias de ingratos,  
que á sus abuelos debían  
posicion, honra y Estados.  
Al fuerte de *Valdencbro*,  
con gruesos muros cercado,  
que servía de refugio  
á algunos de los villanos,  
marchó en seguida el monarca  
ansioso de castigarlos

Le sitió, y tomó á la fuerza,  
y al cuchillo fueron dando  
la vida, los que opusieron  
su fuerza al régio mandato.  
Este suceso, á los viles  
bandidos llenó de espanto,  
y viéronse los caminos  
libres, y libres los campos.  
Lo mismo despues hiciera  
en Búrgos, con unos cuantos  
revoltosos, que á entregarle  
el alcázar se negaron;  
y de este modo, bien presto  
hizo ver al castellano,  
que en su corazon no habia  
compasion para el malvado.  
Merced á grandes promesas,  
y á repetidos regalos,  
ganó al rebelde *Don Juan*,  
tan temido como osado;  
y hasta resuelto tenía  
unirle en sagrado lazo  
con su hermana *Lëonor*,  
que era de beldad dechado,  
creyendo que así afirmaba  
la paz entre sus vasallos.  
*Álvaro Nuñez Osorio*,  
el favorito mimado  
del monarca, tan honrosas  
intrigas tuvo á su cargo,  
que una página sombría  
legó á la historia..... ¡Insensato!  
De *Bélver*, *Don Juan el Tuerto*  
encaminóse hácia el campo  
que ocupaban victoriosas  
las tropas del soberano,  
á fin de rendir, ante este,  
homenaje, y en sus manos  
poner la espada, que triunfos  
en dias no muy lejanos

consiguiera; y recibido  
fué en Toro, con agasajos  
y festines, que su orgullo  
de nuevo sobrexcitaron;  
mas no bien cumplido habia  
ante la corte aquel acto,  
cayó muerto por las dagas  
de dos hombres, que apostados  
aguardábanle, vendidos  
al dinero de *Don Alvaro*.  
Esta perfidia produjo  
tal efecto en los aliados  
rebeldes, que en mucho tiempo  
no se logró dominarlos:  
y entendiendo DON ALFONSO  
que eran sus esfuerzos vanos  
para rendir el orgullo  
de *Don Juan Manuel*, cansado  
de tal soberbia, pidió  
al de Portugal la mano  
de su hija *Doña Maria*,  
á *Constanza* repudiando. (42)  
Y el rebelde, sin valor  
para vengar sus agravios,  
fué ante el moro de Granada  
á ocultar su triste llanto,  
de su Dios y de su patria  
en mal hora renegando.

## EL MOTIN DE SORIA

Por aquel tiempo llegára  
*Garcilaso de la Vega*  
á Soria, en nombre del rey,  
para guardar la frontera.  
*Don Juan Manuel*, alarmado,  
apénas supo la nueva,  
emisarios encubiertos  
hizo llegar á las puertas  
de la ciudad, con objeto  
de divulgar dentro de ella,

que aquel capitan famoso  
no llevaba otra encomienda  
que castigar, con esceso,  
á la flor de la nobleza.  
La voz cundió entre las gentes,  
produciendo alarma inmensa:  
los señores principales  
temieron que verdad fuera,  
y amotinaron al vulgo  
con ilusorias promesas.  
En el antiguo convento  
de San Francisco, la iglesia  
en honra del Dios de paz  
celebraba santa fiesta:  
allí estaba *Garcilaso*  
de hinojos, ante la excelsa  
majestad del *Rey de reyes*,  
que mundos y espacios llena.  
Los varones más ilustres,  
las damas de más belleza,  
todo cuanto en *Soria* habia  
de notable, á la hora aquella  
con la oracion del guerrero  
mezclaba sus preces tiernas.  
De pronto, rumor confuso  
fuera del templo resuena;  
mézclanse los improprios  
á las atroces blasfemias;  
se abren, saltando en astillas,  
con estrépito las puertas,  
y muchedumbre asquerosa  
y repugnante penetra,  
en confusion imponente,  
con lanzas, picas y teas.  
Lléganse al altar derechos,  
y al pié del ara, comienza  
horrible carniceria;  
por mano de tales fieras  
muerto á puñaladas cae  
*Garcilaso de la Vega*;  
su tierno niño le sigue,  
sin que su edad le proteja,

y *Quiñones*, y otros veinte,  
que de batallas sangrientas  
les salvára su ardimiento  
en ocasiones diversas,  
al puñal del asesino  
rinden sus nobles cabezas.  
Triste jornada, que á un tiempo  
de horror y de luto llena,  
y hace caer sobre el nombre  
del *Infante*, infamia eterna.  
Mas ¡ay de los asesinos!  
en Castilla un rey impera  
que sabe hallar al culpable  
en los antros de la tierra.

## EL TESORO DEL REY

Ajustado el matrimonio  
con la hija del *portugués*,  
el cual con *Doña Leonor*  
iba á casarse á la vez,  
entretenido en el cerco  
de *Escalona* estaba el rey  
(que era á la sazón la corte  
del traidor *Don Juan Manuel*),  
cuando supo con certeza  
que de la frontera al pié,  
le aguardaba su futura,  
ansiosa de unirse á él.  
Concertado se tenía,  
ya de antemano también,  
que en la raya de ambos reinos  
se hubiera á un tiempo de hacer  
entrega de las dos novias;  
y ante este precepto, fué  
por DON ALFONSO enviado  
su tesorero *Jucéf*  
á *Valladolid*, en busca  
de la infanta; mas la ley  
de la desgracia, que á veces  
se impone al santo deber,

hace que el judío vuelva  
al lado de su amo y rey,  
sin cumplir el cometido,  
fiando la vida á sus piés.  
Por su religion odiado  
era, cual pocos, *Jucéf*,  
y aún más por las relaciones  
de cariño puro y fiel  
que al conde de *Trastamara*  
le unieran en su niñez;  
y apenas en Valladolid  
se presentára, en tropel  
las gentes le persiguieron,  
haciendo la voz correr  
de que la *infanta* no iba  
á enlazarse al *portugués*,  
sino al conde, aborrecido  
de la castellana grey.  
Mal al judío le fuera  
en tal lance, y en cruel  
rebelion ardiera presto  
la ciudad, sin la altivez  
de la *infanta*, que se opuso  
al suplicio del infiel,  
declarando, que resuelta  
estaba á permanecer  
en medio de sus vasallos,  
mientras de su honor y prez  
dudáran, creyendo fácil  
su matrimonio, con quien  
el objeto de su encono  
habia llegado á ser.  
A esta promesa, la vida  
debió el judío, y despues  
privado de su destino  
por el mismo ALFONSO fué,  
cediendo al clamor del reino,  
que no miraba muy bien  
un cargo de confianza  
en hombre de tal jaez.

## DOÑA LEONOR DE GUZMAN

## I

Es de noche, están desiertas  
las calles de la ciudad,  
y ni el más leve rüido  
llega la calma á turbar.  
Embozado hasta las cejas  
marcha un apuesto galan,  
que procura. á todo trance,  
su semblante recatar.  
De pronto, al pié de una reja  
que á una angosta calle da,  
en la que no se distingue  
ni una entrada, ni un portal,  
párase con cierto anhelo,  
que en vano disimular  
pretende, y lanza un suspiro,  
que descubre su ansiedad.  
Es un trovador de amores,  
gentil y apuesto galan,  
á quien espera su dama  
con inquietud sin igual:  
es un amante arrullado  
por dulce felicidad,  
que desafía la lluvia  
y el furioso vendabal,  
por recoger de los labios  
de su adorada beldad  
una frase de ventura,  
un beso de amor quizás.  
Con mano trémula, ardiente  
tres golpes seguidos da,  
y aparece tras la reja  
una mujer celestial,  
cuyos ojos son dos soles  
en la densa oscuridad,

—«¡Mi amor!»

—¡Mi vidal

—¿Qué tienes?....

—Melancólico pesar,  
que roba mis esperanzas  
con insistencia tenaz.

—¿Me adoras?

—Como los ángeles  
á Dios pueden adorar.

—¿Sufres por mi causa?

—Mucho.

—¿Dudas de mi amor?

—Jamás.

—Entónces.....

—¡Ay! mi familia  
ha llegado á sospechar.....

y cela mis pasos todos.....

y me acosa sin piedad.

—¿Has descubierto mi nombre?

—¿Me lo has dicho tú quizá?

—Es cierto.....

—No desconfío  
de tí.... de tu lealtad:

sé que eres noble, y un noble  
no sabe en falso jurar.»

Así hablaron los amantes  
con ternura angelical,  
sin dar tregua, ni un momento,  
á su dulce suspirar;  
las manos entrelazadas,  
sus ojos como un volcán,  
los labios casi rozándose,  
sus almas creyendo ya  
que gozaban en el mundo  
de eterna felicidad.  
Y así siguieron hablando  
con arrobamiento tal,  
hasta que la luz del alba,  
con su hermosa claridad,  
llegóse traidoramente  
sus sueños de oro á turbar.

«¡Adios!» á un tiempo exclamaron  
con acento sepulcral,  
como si entre ellos de pronto  
surgiera una eternidad;  
y tras un tierno suspiro  
que ambos dieron á la par,  
el eco de un beso ardiente  
llevóse la brisa audaz.

## II

No pasára mucho tiempo  
de la escena sin igual,  
en que la luna testigo  
fué de amor tan singular,  
cuando este de boca en boca  
corria por la ciudad,  
siendo objeto de las burlas  
*Doña Leonor de Guzman.*

Era la jóven doncella  
de candor y gracia tal,  
que si muchos la admiraban  
la envidiaron muchas más.  
Nacida en hidalga cuna,  
de nobleza proverbial,  
su escudo limpio y honrado,  
emblema de lealtad,  
fué timbre de aquella raza  
orgullosa y militar,  
que llevara hasta el delirio  
su amor al poder real.

Y en tanto el rumor cruzaba  
las calles de la ciudad,  
y temblaban los *Guzmanes*,  
cual nadie les vió temblar  
en los campos de batalla  
frente al enemigo audaz,  
*Doña Leonor* y su amante  
se adoraban más y más.

Pasó algun tiempo; una noche  
 que el silencio sepulcral  
 á la ciudad envolvía  
 en misterio singular,  
 llegóse junto á la reja,  
 donde esperábale ya  
 impaciente su adorada,  
 el encubierto galán.  
 Lo que hablaron no se sabe;  
 lo que pudieron hablar  
 se adivina, por el llanto  
 que vertiera la beldad.  
 El jóven desconocido,  
 sin poder disimular  
 su emocion, al despedirse  
 de aquel ángel de bondad:  
*«Vendré—dijo—y si aun me adoras  
 eterno mi amor será;  
 si me faltas, yo te juro  
 que de mí te acordarás.»*

## III

La luna en carro de plata  
 cruzaba la inmensidad;  
 Sevilla entera dormía,  
 y brisa primaveral  
 en sus alas se llevaba  
 el amante suspirar  
 de la tímida doncella  
 que esperaba á su galán.  
 Llegó por fin; dos palabras  
 se cruzaron nada más  
 entre los tiernos amantes;  
 la reja se oyó cerrar,  
 y la calle paséando  
 quedó el doncel, ébrio ya  
 de dicha, al ver satisfecho  
 su loco y eterno afán.

A poco, pasó á su lado una dueña, y sin dejar su marcha:—«*Seguidme*»—dijo con voz sorda y gutural. Siguióla el mancebo á cierta distancia, volviendo atrás con gran frecuencia su rostro, como quien teme encontrar miradas, que le denuncien á la vil curiosidad.

Dieron vuelta á una calleja triste, angosta por demás, en la que apenas dos hombres pudieran juntos pasar, donde se hallaba un postigo entreabierto, por el cual desaparecieron la dueña y el misterioso galan.

. . . . .

Al cabo de algunas horas, cuando la luz matinal empezaba el horizonte por oriente á colorar, abrióse el mismo postigo, salió el doncel, tendió audaz por la desierta calleja una mirada; echó á andar recatándose el semblante con insistencia tenaz, y á pocos pasos hallóse, frente por frente y casual, con los fieros alguaciles que rondaban la ciudad. «*¡Alto al rey!*»—digeron ellos, —«*¡El rey soy!*»—con ademan imperioso y voz robusta replicó aquél.

—«*¡Voto va!*

*¡Lo veremos.*»

—«*¡Lo veremos!*»

repitió airado el galan;

y desnudando su daga,  
sin descubrirse jamás,  
la hundió en el pecho de algunos  
con denuedo sin igual.

«¡El rey!»—exclamaron todos—  
«la muestra bien clara está,  
pues nadie, como él, maneja  
daga tan fina y fatal.»

Y huyendo despavoridos,  
sin volver la vista atrás,  
al monarca allí dejaron  
en completa libertad.

El mismo día, en la corte  
murmuraban, sin cesar,  
de los amores del rey  
con *Doña Leonor Guzman*.

## LA ORDEN DE LA BANDA

Todo es fiestas y algazara  
en la ciudad de los condes,  
allí donde el *Cid* viviera,  
do se venera su nombre,  
y sus huellas van buscando  
curiosas generaciones.  
Jamás *Burgos* vió tal pompa,  
ni contempló tanto noble,  
ni encerró tanta belleza  
detrás de sus torreones;  
que lo mejor de Castilla  
ansioso á sus puertas corre,  
para dar, con su presencia,  
más brillo y justo renombre  
al acto, asaz concurrido,  
en que se inaugura la *Orden* (43),  
*de la Banda*, para premio  
de hechos bizarros y heroicos.  
Los más bravos capitanes  
y los *grandes* de la corte;

las damas de más apuesta  
gallardía y alto porte,  
á penetrar se apresuran  
en el monasterio, donde  
*Ruy Diaz*, de ALFONSO SEXTO,  
con su corazon de bronce,  
arrancó aquel juramento  
sacrosanto, que llevóle  
á las suspiradas gradas  
del trono de sus mayores.  
Allí DON ALFONSO ONCENO,  
cuyo aire arrogante y noble  
á los amigos encanta  
cuanto al adversario impone,  
cercado de los obispos,  
los abades y priores,  
los magnates, caballeros  
y maestros de las *Ordenes*,  
á más de los respetables  
y dignos procuradores  
de *Astúrias, Leon, Galicia*  
y *Extremadura*, recorre  
tan venerado recinto  
en distintas direcciones,  
repartiendo rojas *bandas*  
á ilustres progenitores  
de casas, que conquistaron  
sus títulos y blasones  
en los campos de batalla,  
á fuerza de dar mandobles.  
Crúzanse al punto con ellas  
los agraciados señores,  
y el virtuoso prelado  
al mismo rey se la pone,  
despues de hacer juramento,  
ante Dios y ante los hombres,  
de cumplir, y que se cumplan  
por todos las prescripciones  
de un capítulo, al que solo  
podrá llegar quien su nombre,  
de caballerescos actos  
la justa fama pregone.

Y tras el rey juran luego  
los que á su lado componen  
la órden nueva, que al soldado  
abre nuevos horizontes,  
brindándole premio honroso  
en pago de sus acciones.  
Y saludan las hermosas  
á los caballeros nobles,  
rebosando la alegría  
en sus tiernos corazones;  
y la multitud, que llena  
calles, plazas y balcones,  
con aplausos á su vez  
entusiasmada responde.

### VICTORIA DEL SALÁDO

Era el amanecer de un día hermoso;  
los rayos de oro y de carmin unidos  
reflejaban su encanto misterioso  
en la corriente diáfana del río.  
Por campos y montañas se esparcian  
ecos de amor, cual mágicos sonidos  
y cruzaban en bandas numerosas  
alegres y pintados pajarillos.  
Fresca la brisa y retozona y suave,  
jugaba con las ramas del vecino  
bosque, arrancando de sus verdes hojas  
débil y melancólico suspiro.  
Y la flor, entreabriendo su corola,  
perfumaba el espacio, con el rico  
aroma de sus mieles, que embriaga,  
cual misterioso néctar, los sentidos.  
¡Qué cuadro tan feliz! Nunca á la aurora  
ornára tan espléndido atavío;  
jámas el campo se mostró tan bello,  
y el monte tan frondoso ni tan rico.  
¡Quién dijera que allí, donde la vida  
brindaba, al parecer, goces tan íntimos,  
viniera luego á levantar la muerte  
su atroz espectro, su poder maldito!

¡Quién dijera que allí, donde las flores  
que abrillantára el húmedo rocío,  
miles de tumbas ocultáran luego  
del fiel guerrero los despojos fríos!  
¡Ay!... ya del sol los fulgurantes rayos  
doraban los espacios infinitos,  
cuando la voz de la guerrera trompa  
dejó sentir sus fúnebres sonidos.  
Aquí y allá se aprestan á la lucha,  
baten las tiendas con febril delirio,  
y véñse al punto ejércitos enteros,  
en recta formacion, con sus caudillos.  
El audaz castellano se dispone  
á vadear el cauce cristalino,  
y se prepara el bárbaro africano,  
con todas sus legiones, á impedirlo;  
avanza el portugués hácia *Tarifa*,  
y el moro de *Granada* estrecha el sitio,  
confiando en hacerla esclava suya  
ántes que llegue de socorro indicio.  
Cargan los escuadrones de Castilla  
con tal furor, tan imponente brío,  
que cede el de *Marruecos*, y el ejército  
arriba al otro lado sin peligro.  
Comprende aquél su error; con ánsia loca  
se defiende tenaz en el recinto  
donde alzára orgulloso el campamento,  
que poco falta para ver perdido.  
DON ALFONSO comprende que es llegado  
el momento, que ansiaba con ahinco,  
y al frente de sus tropas, se abalanza  
en medio de sus fieros enemigos.  
Estos le cercan; á los pocos golpes  
cae el jinete al suelo, y alaridos  
de salvaje alegría, por el campo  
resuenan, cual del trueno el estampido;  
pero el monarca en pié sobre los restos  
de su pobre corcel, fiero y altivo,  
con la daga desnuda y abrazando  
débil escudo para tal peligro:  
«¡Atrás!»—les dice con acento ronco;—

*viles sectarios del error impío,  
ya vereis lo que son, y lo que valen  
esos nobles vasallos, que acaudillo;  
ya vereis cómo nada les arredra,  
y huís de su llegada al solo aviso;  
y ellos verán también el rey que tienen  
en frente de su bárbaro enemigo.»*

Y les acosa, á tiempo que penetran  
en el estrecho y peligroso círculo  
bravos varones, que á su rey salvando,  
esparcen por do quiera el exterminio.  
Desde entonces la lucha crece y crece.....  
tiñe la sangre el abundoso río,  
y ante el empuje del audaz cristiano  
disipase el valor de su enemigo.  
Derrotado el *muslin*, y en cien girones  
roto el pendon, que levantára altivo,  
ardiendo en ira y en cobarde saña  
huye del campo, do se vió vencido.  
Ve clara su impotencia y se resigna  
á ocultar con astucia su destino,  
hasta que vuelve, de vergüenza lleno,  
á pisar el desierto con sus hijos.  
Tal fué la gran *batalla del Salado*,  
en que, dando mil pruebas de heroísmo,  
humilló DON ALFONSO, para siempre,  
el temible poder del berberisco.

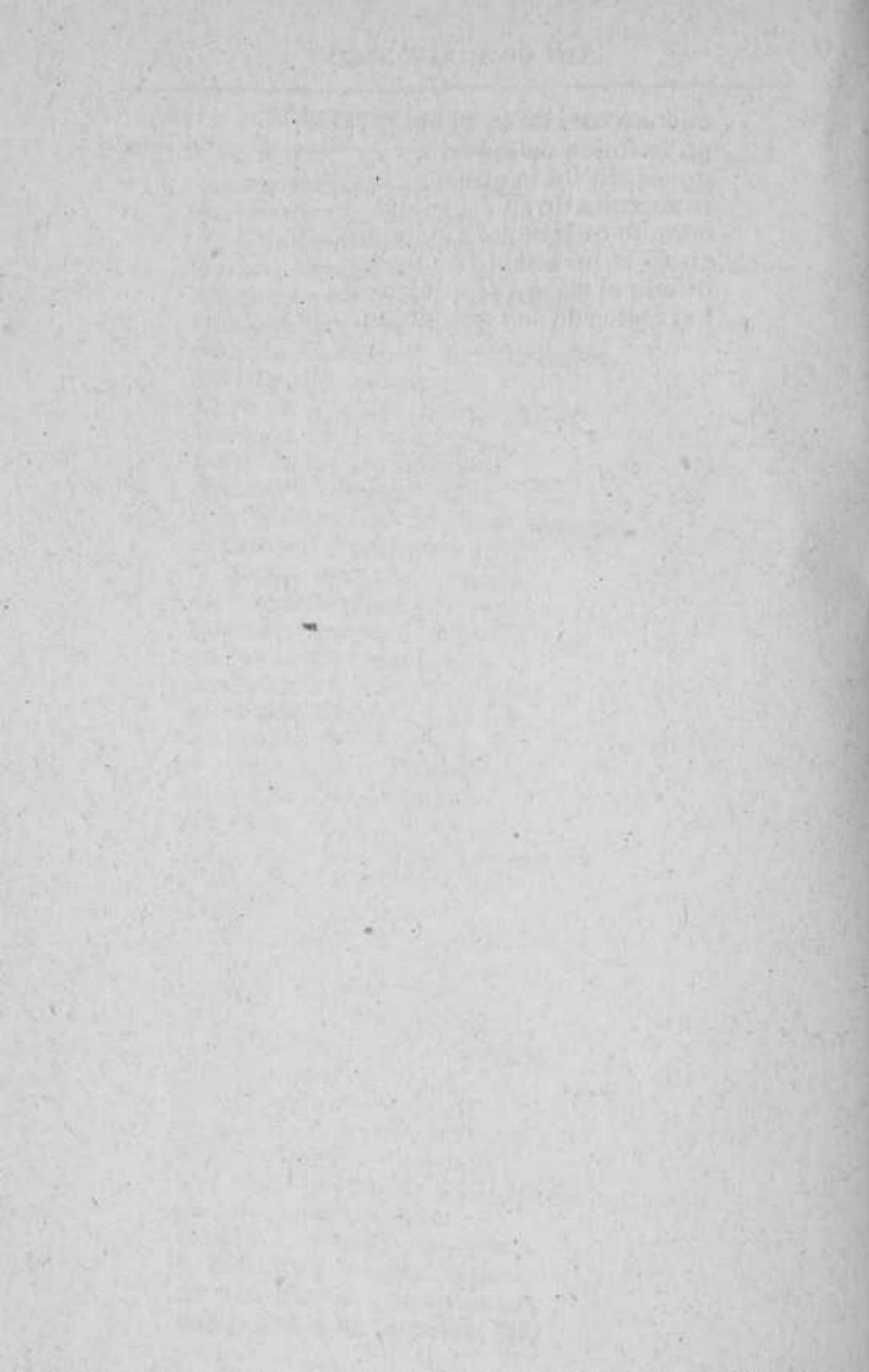
## TOMA DE ALGECIRAS

Libre ya del africano,  
que orgulloso pretendiera  
del audaz *almoravide*  
renovar las glorias muertas,  
siguió DON ALFONSO ONCENO  
con tal fortuna su empresa,  
que al terminar la campaña,  
*Rute, Torre de Mastrera,*  
*Benamegí, Carcabuey,*  
y otras muchas fortalezas

en sus muros ostentaban  
de *Castilla* la bandera.  
El *Guadamecí*, testigo  
de una batalla soberbia,  
en que la escuadra alfonsina,  
unida á la portuguesa,  
hundió en el mar, de *Marruecos*  
las orgullosas galeras,  
llevó en sus ondas tranquilas  
los ecos de la refriega,  
para cantar las hazañas  
de las victoriosas *velas*,  
que, en nombre de Dios, seguían  
al famoso *Bocanegra*. (44)  
Y luego, tras año y medio  
de innumerables proezas,  
que sembraban el espanto  
en las tropas agarenas,  
á ALFONSO y á sus secuaces  
abre *Algeciras* las puertas,  
en medio del entusiasmo  
y aclamaciones inmensas.  
Solo faltaba al monarca,  
para dar cima á la bella  
esperanza, con que al trono  
de sus mayores subiera,  
someter á *Gibraltar*,  
que, merced á la sorpresa,  
en manos del sarraceno  
un día infausto cayera.  
Sitió la plaza, anhelando  
dar término á sus empresas  
con sus tercios escogidos  
y la flor de su nobleza;  
mas desarrollada en breve  
una horrorosa epidemia,  
fué víctima el mismo ALFONSO  
de su temeraria idea,  
muriendo cuando la vida  
le brindaba las grandezas  
de una gloria, que su brazo  
conquistára en la pelea; (45)

---

cuando casi de la edad  
en la dulce primavera,  
goces sin fin le ofrecia  
la fortuna de su estrella;  
cuando quizás para siempre,  
abrió la insaciable huesa  
donde el *muslin* sepultára  
los restos de sus grandezas.



# ALFONSO XII EL PACIFICADOR

1875

## LA CATÁSTROFE

La segunda Isabel, dechado augusto  
de bondad, de ternura y de hidalguía  
bajára con nobleza de su trono,  
yendo á buscar en la nacion vecina  
santa hospitalidad, de que en su patria  
los mismos hombres, que exaltó, la privan,  
cuando ya entre los discolos cundiera  
tras de vil ambicion, la torpe envidia.

.....  
Negras sombras se extienden sobre España  
llenas de horror, funestas y malditas;  
cierne sus alas en el ancho espacio  
el génio vil de la discordia impía.  
Zumba el cañon, y á sus siniestros ecos  
tiembla la patria, en que nació *Padilla*,  
sangre española por los montes corre,  
sangre española riega las campiñas:  
y luto y muerte por do quier sembrando  
la cobarde ambicion, en fratricida  
lucha, desgarrá ignominiosa y torpe  
los gloriosos blasones de Castilla.  
El crimen, el saqueo, el pandillaje  
impunemente en las ciudades privan,  
y las siniestras llamas del incendio,  
que fiero y criminal encono atiza,  
á pavesas reducen santas leyes,  
alumbran bacanales infinitas,

y mancillado en el fangoso cieno  
el nombre deja de la patria.  
Donde las olas de la mar serena  
ríentes reflejaron otros días  
de la opulenta y fiel *Cartago-nova*  
las murallas que alzara el bravo *Amilcar*,  
negro pendon ondula en las almenas,  
que á la venganza y al terror incita,  
y en son de guerra, la ciudad rechaza  
el poder del derecho y la justicia.  
De las nobles comarcas de Valencia  
la lealtad y la honradez emigran;  
allí del asesino el brazo armado  
renueva los horrores de *Montilla*;  
y al dirigir en derredor miradas,  
los que, ante todo, por la paz suspiran  
perciben solo ensangrentados restos,  
donde sacia su furia la anarquía.  
Y para colmo de dolor y espanto,  
allende el *Ebro*, con brutal perfidia  
un fanático ejército amenaza  
matar la libertad con la mancilla.  
Y corre, en tanto, por do quier la sangre,  
cunde el pavor, aumenta la agonía,  
y nuestra armada, de baldon cubierta,  
al abismo del mar se precipita.  
¡Ay de mi patria!... Condenada llora  
las culpas de sus locas tentativas,  
y en vano busca el sol de la esperanza,  
que la vuelva, en sus rayos, la alegría.  
Hombres de génio, de entusiasmo ardiente,  
de hidalgo corazón, sanas doctrinas  
y generosa fe, para los cuales  
es la honra nacional más que la vida,  
pretenden mitigar tantos horrores  
encauzando por sendas muy distintas  
la patria, de tal suerte mancillada  
por la mano cruel del anarquista.  
Mas ¡ay! áun cuando el órden restablecen,  
y el respeto á la ley do quiera brilla,

advíertese el vacío, en que se arrastra  
la noble España, de dolor transida.  
Es que falta el emblema sacrosanto  
de sus glorias, grandezas y conquistas;  
es que no existen el augusto trono  
ni un monarca, que sabio la dirija.  
Y al que siente en sus venas de la patria  
el fuego, solo un nombre le eclectriza,  
y hácia el punto, que allende el *Pirineo*  
guarda el tesoro, que la España ansia,  
dirige sin cesar fervientes votos  
do la esperanza y el amor se anidan.  
«*Él es, él es, el que salvarnos puede,*»  
un eco general y sordo grita  
en la conciencia de la antigua Iberia,  
que ve su paz y libertad perdidas.  
Y el eco estalla con su voz de trueno,  
y la nación responde, y abre altiva  
al desterrado príncipe las puertas  
de su patria, hasta entonces oprimida.

### ENTRADA TRIUNFAL

La ciudad noble y heróica  
que en los albores del mundo,  
del conquistador romano  
humillára el fiero orgullo,  
el nombre de ALFONSO DOCE  
proclama sin disimulo,  
y corre de valle en valle  
el grito, que dió *Sagunto*.  
España toda se apresta  
á recibir con gran júbilo  
al que vuelve á sus hogares  
cual príncipe recto y justo,  
sin ódios y sin rencores  
para partido ninguno,  
sin que su vuelta á la patria  
señale el menor disgusto,  
sin que una gota de sangre  
empañe su hermoso triunfo.

Que los hombres que rigieran  
á la sazón, y en tan duros  
momentos, nuestros destinos  
estiman su honor en mucho,  
y patriotas, ante todo,  
se sacrifican con gusto,  
ántes de dar un pretexto  
que sirviera, como escudo,  
al osado *Pretendiente*  
para aproximarse astuto,  
con sus tropas mercenarias,  
de la corte ante los muros.

*Madrid* se viste de gala,  
véñese en las calles al punto  
arcos de laurel, ornados  
de gallardetes sin número;  
en los balcones tapices  
cuelgan con ricos escudos,  
y las banderas ondean  
al viento, en vario conjunto.  
Pabellones de guirnaldas,  
alfombras de verde musgo,  
monumentos emblemáticos  
con gloriosos atributos.....  
todo, en fin, cuanto atestigua  
la alegría, se ve junto  
á la carrera, que debe  
seguir el régio concurso.  
Millares de almas se apiñan  
en las calles; el robusto  
mancebo tiende sus brazos  
al anciano, que inseguro,  
quiere presenciar la entrada  
triunfal del monarca augusto;  
y los niños y mujeres  
se mezclan en el confuso  
mar de cabezas, cual ramas  
que agita el cierzo sañudo.

Suena el clarín; en las gentes  
de la impaciencia el reflujó  
se nota; la comitiva  
llega; sobre *eroso bruto*

que, pñafando, se ufana  
del peso, que en sus robustos  
lomos sustenta, se admira  
al jóven rey, y un diluvio  
de flores, versos, palomas,  
inunda el espacio al punto.  
Con apostura arrogante,  
sin vanidad, sin orgullo,  
al popular entusiasmo  
contesta, y se aumenta el júbilo:  
y entre el voltëar sonoro  
de las campanas, y el rudo  
estampido de los bronces,  
se mezcla el rumor confuso  
de los vítores y aplausos,  
que son del pueblo el saludo  
al rey, que sube á las gradas  
de antepasados augustos.

## LA PAZ EN ESPAÑA

La guerra civil en tanto  
ostenta el negro pendon  
en las provincias del Norte,  
donde lucha con ardor  
ejército numeroso,  
aguerrido y de teson.  
Desdeñando de la corte  
el fausto y el esplendor,  
apénas tomára ALFONSO  
de su alcázar posesion,  
siente el deseo de guerra  
cual todo buen español,  
y corre á dar al soldado  
con su presencia, valor.  
¿Qué la esplendidez le importa  
de su grandiosa mansion,  
cuando al aire, y la intemperie  
sufriendo, el frío y calor,

hay un ejército entero,  
que, de la patria á la voz,  
va regando con su sangre  
los campos de la nacion?

¿Qué le importan los halagos  
del poder, cuando el clamor  
del infeliz moribundo  
lanza el postrimer adios?

*«Si mis soldados padecen,  
debo sufrir tambien yo,  
porque su patria es mi patria  
y sus penas mi afliccion.  
Las madres por ellos gimen....  
¡Cuán fundado es su temor!  
nunca un rayo de esperanza  
penetra por su mansion!*

*Si yo comparto el peligro  
con los hijos de su amor,  
y do estos la vida arriesgan  
á arriesgar la mia voy,  
¿no llevará mi conducta  
lenitivo á su dolor?*

*«Tambien el rey va á la guerra»—  
dirán todos á una voz;—  
«á la condicion del pobre  
igual a su condicion.....»  
No compartir las fatigas  
con mis tropas, deshonor,  
para el rey de España fuera,  
siendo jóven como yo.  
La voz del deber me llama,  
á que siempre respondiô  
la raza de los ALFONSOS.....  
y de ella vástago soy.»*

Dice; y le arrastra el impulso  
de su noble corazon,  
y en alas de su entusiasmo  
corre al campo del honor.  
A su juvenil aspecto,  
el soldado, que jugó

en cien combates la vida,  
y de su bélico ardor  
atestigüan cicatrices  
que solo el tiempo cerró,  
siente renacer de nuevo  
su entusiasmo, su valor;  
arde en deseos de guerra,  
y jura en nombre de Dios,  
que ha de vencer ó morir,  
cuando en la lucha, á la voz  
de DON ALFONSO, respondan  
la voz ronca del cañon,  
el crujido de las armas  
y el parche del atambor.

En las cumbres de Navarra,  
donde su tumba encontró,  
luchando, como los héroes,  
del ejército la flor;  
en *Lácar, Puente la Reina*, (46)  
y otras ciudades, que son  
recuerdo de aciagos dias,  
de vergüenza y de dolor,  
entra triunfante el monarca  
despues de reñida accion,  
entre palmas y laureles,  
como entra el conquistador.  
Tambien la *ciudad sagrada*, (47)  
que al enemigo sirvió  
de corte y baluarte un dia,  
se rinde sin condicion  
al rey de España, que llega  
á sus puertas con ardor.  
Y vencida y humillada  
se desbanda *la faccion*,  
sin escuchar las promesas  
y halagos de *su Señor*, (48)  
que fugitivo se esconde  
en la vecina nacion,  
dando término á una guerra  
de desventura y horror.

Reina la paz, que se anuncia  
con las salvas del cañon,  
y en entusiasmos y vítores  
prorumpo el pueblo español.

El rey regresa á la corte  
cual general vencedor,  
y por do quiera que pasa,  
oye la espontánea voz  
del pueblo, que grita unánime:  
«¡Gloria al Pacificador!»

## LA PAZ EN CUBA

Consolidada la paz  
en las provincias del Norte,  
y en el *Centro* y *Cataluña*  
abatidas las facciones,  
gran interés DON ALFONSO  
muestra por los españoles,  
que allende el mar, son en Cuba  
víctima de los rigores  
de una lucha de nueve años, (49)  
que ha aniquilado sus hombres,  
consumido su riqueza  
y deshonrado su nombre.  
¿Cuándo será el bello día  
que en su lejano horizonte  
el sol de la libertad,  
al romper con sus fulgores  
las densas y opacas nubes  
que el cielo de Cuba esconden,  
anuncie la paz bendita  
de aquella comarca noble  
y el triunfo definitivo  
de sus valientes varones,  
que ante el altar de la patria  
á sacrificarse corren....!

No lucha allí de una raza  
diversa, el instinto innoble,  
lucha la ambicion, que agita  
las encontradas pasiones;  
mas como todos son hijos  
de madre amante, que dióles  
con su nobleza el orgullo  
que anima á los españoles,  
la razon y la prudencia  
pueden más que los cañones,  
y el nombre de un rey amado  
á todo se sobrepone.

Cesa la lucha; la sangre  
por los campos ya no corre,  
al fragor de los *ingenios*,  
*blancos* y *negros* se acogen.  
Vuelve el *guajiro* á su choza,  
vuelve el indio á sus labores,  
y el eco de los cantares  
mata el eco de los *bronces*.

¡Gloria al héroe del *Zanjon*  
y á sus bravos batallones,  
y á los nobles *voluntarios*  
dignos de inmenso renombre!

¡Oh! rey; destinado estabas,  
por la ley de tus mayores,  
á ceñirte esos laureles  
de gloria, deslumbradores.

Eres fuerte y animoso;  
en tu espíritu responde  
al suspiro de la patria  
y al brillo de sus blasones,  
el eco del entusiasmo  
de tu corazon de bronce  
y de los dignos ALFONSOS  
las gloriosas tradiciones.  
Bendiga tu nombre el cielo,  
como bendice tu nombre  
el pueblo, que te saluda  
con sus entusiastas voces;

---

y fija en él tus miradas  
si alguna codicia innoble  
ó vil traicion pudieran  
robarte las ilusiones;  
que él cifra en tí su ventura,  
es ingénuo, honrado y noble,  
y será su cuerpo escudo  
del cuerpo de ALFONSO DOCE.

## CONCLUSION

Salud, ilustre rey, á cuyo nombre  
de los ALFONSOS la inmortal historia  
evocarse parece, y dar más brillo  
al mágico esplendor de tu corona!  
Ellos su genio en indelebles huellas  
dejaron asentado con sus glorias;  
glorias que envidia el extranjero osado,  
y España cubre de laurel y rosas.

Guerreros, en los campos de batalla  
compraron con su sangre la victoria;  
legisladores, á la patria dieron  
leyes, que á sus costumbres se acomodan:  
leyes que entrañan la justicia, y nunca  
á los pueblos oprimen ni deshonran,  
que rigen por igual desde el palacio  
hasta la humilde y miserable choza.  
Políticos profundos, convencidos  
de que los fueros al derecho estorban,  
lograron abatir los privilegios  
de turbulenta aristocracia odiosa.

La adulacion cobarde, que se humilla  
vil y rastrera, en diferentes formas,  
rechazan con horror, porque comprenden  
que el que adula á su rey, le engaña y odia.  
Y ántes que merecer del cortesano  
audaz y corrompido la lisonja,  
anhelan los aplausos populares,  
que desde el fondo de las almas brotan.  
Y asi consiguen que el mezquino reino,  
que tuviera por cuna á COVADONGA,  
se extienda desde *Gades* al *Pirene*  
en tres siglos no más de lucha heróica.

Representante digno de esa raza  
de jigantes monarcas, que colocan  
el nombre de Castilla sobre el mundo  
que en su redor se agita y se destroza,  
eres ¡oh, rey! y de la patria mia  
puedes reverdecer sus auréolas,  
inspirando tus actos en los actos  
de aquellos reyes de feliz memoria.  
Ellos lucharon en la triste noche  
de la ignorancia audaz, supersticiosa,  
y supieron vencer, abriendo al dia  
horizontes de luz y paz y gloria.  
Ellos lucharon cuando el reino era  
monton de ruinas y de piedras toscas,  
y habia en cada valle una laguna,  
y una batalla cierta en cada loma.  
Tú llegas, cuando brilla en los espacios  
la libertad, que entre sus manos, rotas  
ostenta las cadenas de otros siglos,  
que ni en la tumba su vergüenza borran.

---

Cumple, ¡oh, rey! tu destino, despreciando,  
con noble orgullo, cortesanas pompas;  
busca en el seno de la patria amada  
la voz, que guie tus acciones todas.  
De los que medren á tu lado, duda  
cuando te lancen entre oscuras sombras,  
y ten valor para privarte de ellos,  
sin que te arredren sus protestas locas.  
Prefiere á los vasallos, hombres libres  
que tu fortuna consideren propia,  
y bendito tu nombre á las edades  
eternamente legará la historia.

FIN DE LA OBRA.

The first part of the history is devoted to a description of the country and its inhabitants. The author describes the various tribes and their customs, and the different parts of the country. He also mentions the various wars and battles which have taken place in the country.

The second part of the history is devoted to a description of the government and the laws of the country. The author describes the different forms of government which have been used in the country, and the various laws which have been enacted.

The third part of the history is devoted to a description of the commerce and industry of the country. The author describes the different kinds of goods which are produced in the country, and the various ways in which they are transported to other parts of the world.

The fourth part of the history is devoted to a description of the religion and the customs of the country. The author describes the different religions which are practiced in the country, and the various customs which are observed.

The fifth part of the history is devoted to a description of the military and the navy of the country. The author describes the different kinds of weapons which are used in the country, and the various ships which are in the navy.

The sixth part of the history is devoted to a description of the arts and the sciences of the country. The author describes the different kinds of arts which are practiced in the country, and the various sciences which are studied.

The seventh part of the history is devoted to a description of the education of the country. The author describes the different kinds of schools which are in the country, and the various ways in which the children are educated.

The eighth part of the history is devoted to a description of the health and the medicine of the country. The author describes the different kinds of diseases which are common in the country, and the various ways in which they are treated.

The ninth part of the history is devoted to a description of the climate and the weather of the country. The author describes the different seasons of the year, and the various kinds of weather which are experienced.

The tenth part of the history is devoted to a description of the population of the country. The author describes the different kinds of people who live in the country, and the various ways in which they are counted.

## NOTAS

(1) El Auseba, que se alza majestuosamente en Asturias, á dos leguas de Cangas de Onís.

(2) Don Julian, padre de Florinda ó *la Cava*, que al saber la deshonra de su hija, en los ilícitos amores con Don Rodrigo, se concertó con los árabes, y les abrió traidoramente las puertas de la patria.

(3) La residencia de la córte era Cangas, llamada entónces Cánicas, y hermo-

---

seada solo por los monasterios é iglesias, que los reyes fundaban.

(4) Esta expedicion tuvo lugar el año 743, y los cristianos vieron, por vez primera, el rio Duero.

(5) 757.—Murió á los setenta y cuatro años de edad y diez y ocho de reinado. Aumentó considerablemente las fuerzas y la gloria de la pequeña monarquía de Pelayo, y fué sepultado en la iglesia de Santa María, de Cangas, al lado de su mujer Ermesinda, hija de aquel héroe. Tuvo tres hijos: Fruela, Bimarano y la princesa Adosinda.

(6) Esta dinastía cayó del trono de la inmensa monarquía de los árabes, cuyo

centro era Damasco, y fué reemplazada por la de los Abasidas. De la ruina de la familia destituida, se escapó Abderrahman, y vivió algun tiempo oculto en los aduares de la tribu de los Zénetes. Los moros de España, proclamándose independientes, le aclamaron por su califa, estableciéndose en Córdoba, donde fundó la nueva monarquía Musulmana, que tantos dias de luto causó á nuestra patria.

(7) Abderrahman ben Moawiah ó el Bení Omeya, nieto de Hissem, décimo califa de los Omeyas, tenía veinte años cuando huyó de Damasco.

(8) Tio del califa usurpador.

(9) En la Mauritania, capital de la tribu de los Zénetes, donde habia nacido Tarik, el conquistador de España.

(10) Tribu adicta á los Omniadas; y que les servía de escolta real.

(11) Don Alfonso era sobrino de Bermudo el *Diácono*, á quien debia el trono, que ocupó á la edad de veinticinco años, despues de haber demostrado héroe valor en lucha con los moros: dícese que nunca pensó en casarse, para no tener sucesion, y por no privar de sus derechos á la corona á los hijos de su bienhechor.

(12) Esta maravillosa Cruz se venera en la catedral de Oviedo. El primero, que

denunció como milagrosa la obra, fué el monje de Silos, á quienes siguieron despues Pelayo de Oviedo y otros cronistas.

(13) Este monje se llamaba Pelayo, y hacía vida penitente en el sitio llamado, desde entónces, *Campus stellæ*, por las luces, que, sé supone, bajaron desde el cielo. Estaba situado en la diócesis de la antigua ciudad de Tria, en el país de los caláicos, la cual se cree fué la que hoy se llama Padron.

(14) Theodomiro era obispo de Tria. Sabedor de tales apariciones, quiso examinarlas por sí mismo; halló ser verdaderas, y movido de inspiracion celestial, comenzó á desmontar el bosque, y halló en su centro una ermita, y en ella un sepulcro, que encerraba el cuerpo del apóstol.

tol, el primero que predicó el Evangelio en España. Estos sucesos se verificaron el año 808.

(15) Esta gloriosa accion tuvo lugar en 829, y si se ha de creer á los historiadores, ascendieron á cincuenta mil los cadáveres de los mahometanos, entre ellos, el del jefe Mahamud. El castillo de Santa Cristina, del que poco ántes se apoderaran los moros, fué entrado por asalto, y se hizo inmenso botin de los despojos del enemigo.

(16) El conde Fruela Bermudez era gobernador de Galicia; se rebeló contra Don Alfonso, con ánimo de arrebatarle el trono; levantó ejército, y marchó á Oviedo, de donde tuvo que escapar el rey; pero los señores de Astúrias, que no que-

rian reconocerle como soberano, le asesinaron, y Don Alfonso fué restituido á su trono.

(17) Muhamad, rey de Córdoba, envió por entonces (869) dos ejércitos numerosos contra Don Alfonso: el primero á las órdenes de Abulmundar, su hermano, penetró por tierra de Campos hasta dar vista á Leon; el segundo, al mando de Alcanátel, lugar-teniente del de Córdoba, atravesó el Duero, de Portugal, y por el camino de Astorga, llegó á Vierzo, con ánimo de invadir la Galicia. Don Alfonso, apostado en medio de los dos, derrotó á ambos y les exterminó por completo.

(18) Esta batalla se considera como una de las más terribles ganadas á los

moros, pues casi todo su ejército, que constaba de 60.000 hombres, pereció en la lucha y en el alcance. Entre los muertos, se contaron Abulcasim, caudillo de los moros, y Abderrahman, uno de los más esforzados capitanes. Jornada tan sangrienta fué célebre, por mucho tiempo, entre los cristianos, con el nombre de «Día de Zamora,» y tuvo lugar el año 904.

(19) Don Alfonso abdicó en Don García, su hijo mayor, á los sesenta y dos años de edad, y despues de cuarenta y cuatro de reinado, por no sumir su reino en las amarguras de una guerra civil.

(20) Su cuerpo fué trasladado á Astorga, donde recibió sepultura. Al año siguiente, murió en Oviedo su hijo Don García, que solo reinó tres años.

(21) En esta época, los reyes de Asturias toman el título de reyes de Leon, por haber añadido ya estos Estados á su corona, y éste á su vez lo cambia, más tarde, por el de Castilla, segun va realizándose, con sus conquistas, la unidad nacional.

(22) Almanzor, ávido de venganza, reunió el ejército más poderoso, que hasta entónces habia mandado, á cuyo efecto trajo de Africa muchos cuerpos de excelente caballería, que desembarcaron en Algeciras, y en un puerto de los Algarbes, llamado aun, por los mismos árabes, Santa María de Ossonoba.

(23) Los historiadores hacen subir las pérdidas de los árabes á 30.000 caballos y 100.000 infantes. Esta victoria señala

una de las épocas más notables de nuestra historia, porque afirmó el poder cristiano, y debilitó poderosamente el imperio de los Abenumeyas. Tuvo lugar el año 1001.

(24) El haber salido Don Alfonso al campo, sin haberse armado, privó al reino de un excelente príncipe. Fué sepultado en la iglesia de San Juan Bautista, llamada despues de San Isidoro, en Leon, donde él mismo habia ordenado trasladar, á un panteon magnífico, los restos de sus antecesores. Murió á los treinta y tres años de edad y reinó veintiocho.

(25) 1070.—En esta batalla, la generosidad de D. Alfonso para con su hermano le perdió, pues habiéndole derrotado, prohibió que se le fuera al alcance.

Don Sancho, haciendo alto, recogió sus tropas dispersas durante la noche, y por consejos del Cid, cargó sobre los vencedores de improviso; los leoneses huyeron y Don Alfonso tomó asilo en la iglesia de Santa María de Carrion.

(26) Madrid.

(27) El hecho, que dejamos apuntado, es cierto, y añaden los historiadores, que los caudillos del tercio, llamados Diaz Sanchez de Quesada y Fernan-García de la Torre, deseosos de cobrar la gracia del rey, tomaron las más eficaces medidas, y al dia siguiente de su llegada á los reales de Don Alfonso, escalaron muy de mañana el muro de la Puerta de la Vega, y enarbolaron, sobre ésta y la de Guadajajara, las banderas cristianas. Entró Don

Alfonso en la villa triunfante, y habiendo reconocido á los capitanes Quesada y García de la Torre, ordenó que las armas de Segovia fuesen colocadas sobre las expresadas puertas, en memoria de tal suceso.

(28) O *resbaladero*, por haber en ellos una pendiente considerable, y los cristianos de Zagalla, Cazalla ó Sacrálias.

(29) Estaba situado el castillo en un campo cerca de Sepúlveda, vecino á la Sierra, y en este fueron vencidos los castellanos por las tropas del rey de Aragon en 1111.

(30) Arzobispo de Santiago, que demostró ser un infatigable guerrero.

(31) Hallándose ocupado Alfonso el Emperador en el cerco de Granada, se sintió repentinamente enfermo, encargó el mando de las tropas á su hijo Don Sancho, y se volvió; pero al pasar el puerto del Muradal, en un pueblo llamado *la Fresneda*, se agravó y falleció el 21 de Agosto, á los cincuenta y dos años de edad, y treinta y uno de reinado. Los historiadores árabes le dieron el título de *Héroe de los cristianos*.

(32) Esta acción tuvo lugar en 1195, y puso en gran riesgo los Estados cristianos de España; pues acometidos en su centro, que era Castilla, presentaban entonces una presa fácil á los almohades, si hubiesen seguido el curso de su victoria; pero Jacob se contentó con rendir la plaza de Alarcos, y con el botín se volvió á Sevilla.

(33) *Gutierre Muñoz*, aldea del territorio de Arévalo; allí le acometió una fiebre maligna, de la que murió á los cincuenta y ocho años de edad y cincuenta y seis de reinado. Fué sepultado en el monasterio de las Huelgas de Búrgos, que él fundára.

(34) Entre ellos el príncipe Conrado, hijo del emperador Federico Barbaroja, que se hallaba á la sazón en Castilla, como prometido esposo de Doña Berenguela, hija mayor de Alfonso VIII.

(35) Falleció el 23 de Setiembre de 1230, á los cincuenta y nueve años de edad, y cuarenta y dos de reinado: fué sepultado en la catedral de Santiago.

(36) Fundada por dicho rey Don Alfonso de Leon en el año 1223.

(37) Este dicho que se le atribuye, aunque atrevido y malsonante en lo material de la expresion, no es más que una refutacion irónica del método complicado de los epiciclos.

(38) Cultivó la historia y mandó escribir una *Crónica general de España*; tambien escribió algunos libros sobre filosofía, cosmografía y física, contribuyendo mucho á la perfeccion del lenguaje.

(39) El *Código de las Partidas*, obra portentosa, por la filosofía y el estilo, para el siglo, en que se escribió, llenó un vacío

notable en la legislacion, creando un cuerpo nuevo de derecho, en que todas las materias están metodizadas y establecidas sobre los verdaderos principios del derecho comun. Sin embargo, previendo los obstáculos, que su publicacion hallaria, quiso tantear el terreno, promulgando el *Fuero Real*, dado como código municipal á Valladolid, el cual está fundado en las mismas máximas que, con más extension, se desenvuelven en las Partidas. La tentativa no salió bien, pues el *Fuero Real* fué mal recibido; pero apenas murió el monarca, empezó su libro á ser tan estimado como merecia, aun cuando no tuvo fuerza de ley hasta el reinado de su biznieto Don Alfonso oncenno.

(40) Su abuela Doña María de Molina y su madre Doña Constanza.

(41) Estando de acuerdo con el infante Don Juan sitiando á Granada, como el moro colocase á éste en grave aprieto, le pidió volase en su auxilio; pero los soldados de Don Pedro no quisieron moverse en socorro de un príncipe, á quien aborrecían. En vano Don Pedro recorrió á caballo, y espada en mano, todos los escuadrones, excitándoles á que le siguiesen; nadie se movió. La ira, el cansancio y la vergüenza de desamparar á Don Juan hicieron tal efecto en el ánimo del esforzado caballero, que cayó desmayado del caballo, y á poco falleció.

(42) Hija del infante Don Juan Manuel, con la que estaba casado.

(43) Era una orden de caballería, y se llamaba así por la *Banda* que llevaban, de

un lado á otro, los caballeros. Esta institucion se dirigia á conservar el espíritu caballeresco, propio de aquellos siglos; pero solo duró con esplendor mientras reinó Alfonso onceno, y despues fué olvidada.

(44) Almirante genovés, que mandaba quince galeras á sueldo del rey de Castilla.

(45) Falleció el 26 de Marzo de 1350, á los treinta y nueve años de edad y treinta y ocho de un reinado glorioso. Fué sepultado en la catedral de Córdoba.

(46) En dichas alturas sucumbió valerosamente, poco ántes, el marqués de Duero Don Manuel de la Concha.

(47) Estella, cuartel general de los ejércitos carlistas, corte del Pretendiente y residencia de su gobierno.

(48) Don Carlos María de Borbon y Este, primo de nuestro augusto monarca.

(49) Esta insurreccion tuvo su origen en Yara á últimos de 1868.

#### ADICION

(\*) El número de cristianos, muertos en esta memorable jornada, fué de 25, cosa tan admirable como cierta, pues consta de la relacion, que envió al Sumo Pontífice el mismo Alfonso VIII, y todos los historiadores convienen en el número. Los árabes perdieron 200.000 hom-

bres; los cronistas musulmanes confiesan 170.000, diciendo, que en el alcance pereció más gente que en la acción. Esta tuvo lugar el 16 de Julio de 1212, en cuyo día, desde entonces, conmemora la Iglesia el triunfo de la Santa Cruz.

(\*\*) Los moros africanos se retiraron hácia Gibraltar y los granadinos á Málaga, llevando siempre á la espalda las lanzas de los castellanos y portugueses. Esta batalla tuvo lugar el 30 de Octubre de 1340, y costó á los moros 200.000 combatientes é inmensas riquezas, que el vencedor halló en los reales, y libertó á España del riesgo de volver á caer bajo el yugo sarraceno.

# ÍNDICE.

	Págs.
DEDICATORIA. . . . .	3
INVOCACION. . . . .	5
INTRODUCCION. . . . .	7
ALFONSO I, <i>el Católico</i> .. . . .	13
Abderrahman. . . . .	19
ALFONSO II, <i>el Casto</i> . . . . .	23
Batalla de Lutos. . . . .	24
La Conspiracion. . . . .	25
La Cruz de los Angeles. . . . .	29
Descubrimiento del cuerpo del apóstol San- tiago.. . . .	32
ALFONSO III, <i>el Magno</i> . . . . .	43
ALFONSO IV, <i>el Monje</i> .. . . .	57
ALFONSO V, <i>el Noble</i> .—El Rapto. . . . .	65
Sancho García. . . . .	68
Almanzor. . . . .	69
Jornada de Calatañazor. . . . .	71
ALFONSO VI, <i>el Brabo</i> . . . . .	77
El Destierro. . . . .	79
Melancolia. . . . .	81
El Cerco de Zamora. . . . .	82
Bellido Dolfos. . . . .	84
Zaida. . . . .	86
El Mensaje. . . . .	88
La Marcha. . . . .	91
La Jura en Santa Gadea. . . . .	92
Despedida del Cid. . . . .	95
Conquista de Toledo. . . . .	96
La Virgen de la Almudena. . . . .	98
Amores reales. . . . .	102

	<u>Págs.</u>
Batalla de Zalaca. . . . .	105
Rota de Uclés. . . . .	107
ALFONSO VII, <i>el Emperador</i> .—La Torre de Castellar. . . . .	111
Bodas reales. . . . .	118
El Torneo. . . . .	120
Toros y cañas. . . . .	125
Días de gloria. . . . .	127
ALFONSO VIII, <i>el de las Navas</i> . . . . .	131
El día de Alarcos. . . . .	132
Las Navas de Tolosa. . . . .	134
Raquel. . . . .	140
ALFONSO IX, <i>el Valeroso</i> . . . . .	147
El Divorcio. . . . .	150
ALFONSO X, <i>el Sabio</i> .—Esperanzas. . . . .	153
Victorias. . . . .	155
Ambiciones. . . . .	156
Rota de Martos. . . . .	158
El Regreso. . . . .	161
Amargura del Rey. . . . .	163
¡Inmortalidad!. . . . .	165
ALFONSO XI, <i>el Justiciero</i> .—Minoridad. . . . .	167
Mayor edad. . . . .	168
El Motin de Soria. . . . .	170
El Tesoro del Rey. . . . .	172
Dofia Leonor de Guzman. . . . .	174
La Orden de la Banda. . . . .	179
Victoria del Salado. . . . .	181
Toma de Algeciras. . . . .	183
ALFONSO XII, <i>el Pacificador</i> .—La catástrofe. . . . .	187
Entrada triunfal. . . . .	189
La Paz en España. . . . .	191
La Paz en Cuba. . . . .	194
Conclusion. . . . .	197
NOTAS. . . . .	201

CASA EDITORIAL DE GREGORIO ESTRADA  
DOCTOR FOURQUET, 7, MADRID

---

BIBLIOTECA  
ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

82 tomos publicados

Por suscripción, á 4 rs. tomo en rústica, y á 6 en tela.—Tomo sueltos, á 6 y 8 rs., respectivamente.

---

REVISTA  
POPULAR DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Precios de suscripción:* Un año, 40 rs.—Seis meses, 22.—Tres meses, 12.

---

EL CORREO DE LA MODA  
PERIÓDICO ILUSTRADO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA.

El más útil y más barato de cuantos se publican de su género. Tiene cuatro ediciones.

*Precios de suscripción en Madrid:* 1.<sup>a</sup> edición, un año, 30 pesetas: seis meses 15,50: tres meses 8: un mes 3.—2.<sup>a</sup> id., un año 18: seis meses 9,50: tres meses 5: un mes 2.—3.<sup>a</sup> id., un año 12: seis meses 6,50: tres meses 3,50: un mes 1,25.—4.<sup>a</sup> idem, un año 26: seis meses 13,50: tres meses 7: un mes 2,50.

---

EL CORREO DE LA MODA  
EDICION ESPECIAL PARA SASTRES

*Precios de suscripción: Grande edición.*—En Madrid: Un año 13 pesetas 50 cént.—En Provincias y Portugal: Un año 15 pesetas.

---

DICCIONARIO POPULAR  
DE LA  
LENGUA CASTELLANA  
POR  
D. FELIPE PICATOSTE

*Precio:* 5 pesetas

Se vende en la Administración, calle del Doctor Fourquet, número 7, Madrid.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

76

54c